Mundo Argentino

Agosto 16 de 1933

20 centavos en toda la República



"El peón se había alejado, y aquella soledad llena de árboles y pájaros cantores les entraba en el alma como una embriaguez."

De la novela corta de ambiente nacional

PALOMA

De

ERNESTO MARIO BARREDA

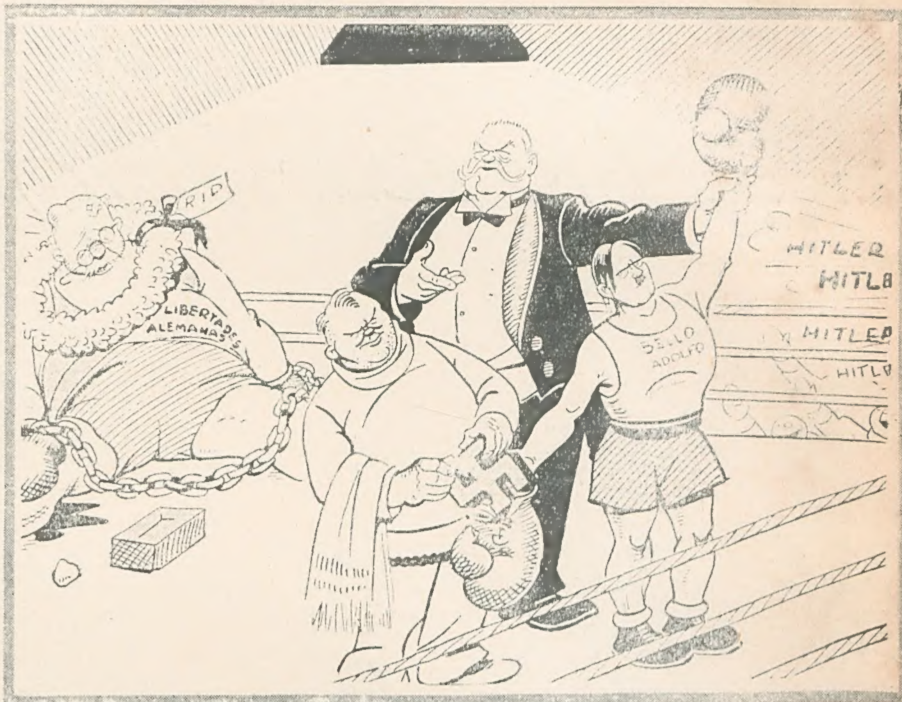
El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el EXTRANJERO



1 LA INDIA

Gandhi. — Yo quisiera entrar allí; pero tú, perro amigo, no me lo permites

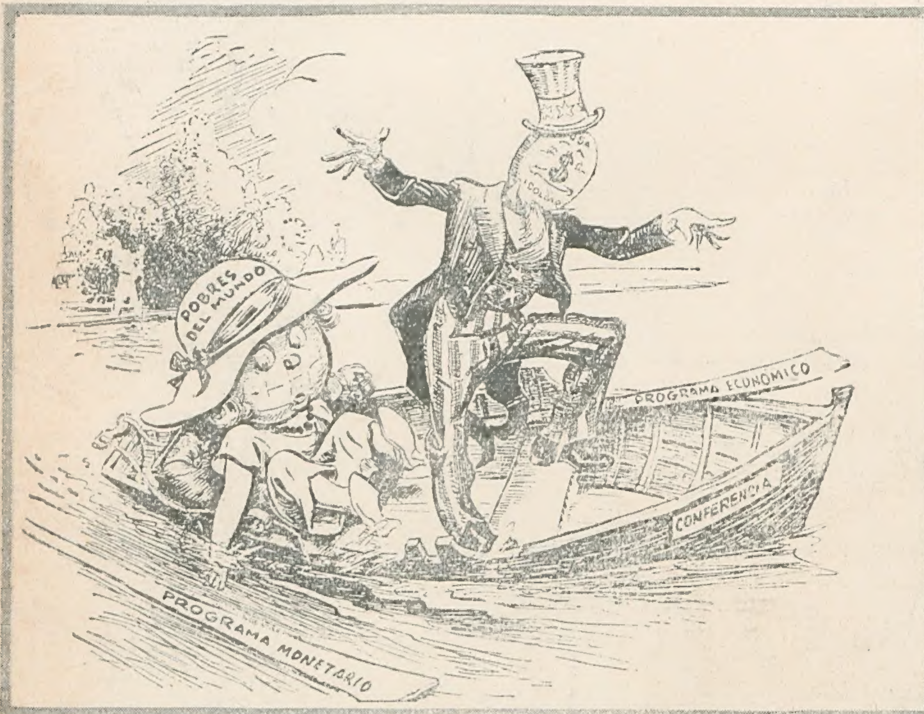
(De "Morning Post")



2 ALEMANIA

Hitler. — Oye, querido: no me quites todavía eso del guante, pues aún no estoy seguro de la derrota de mi adversario.

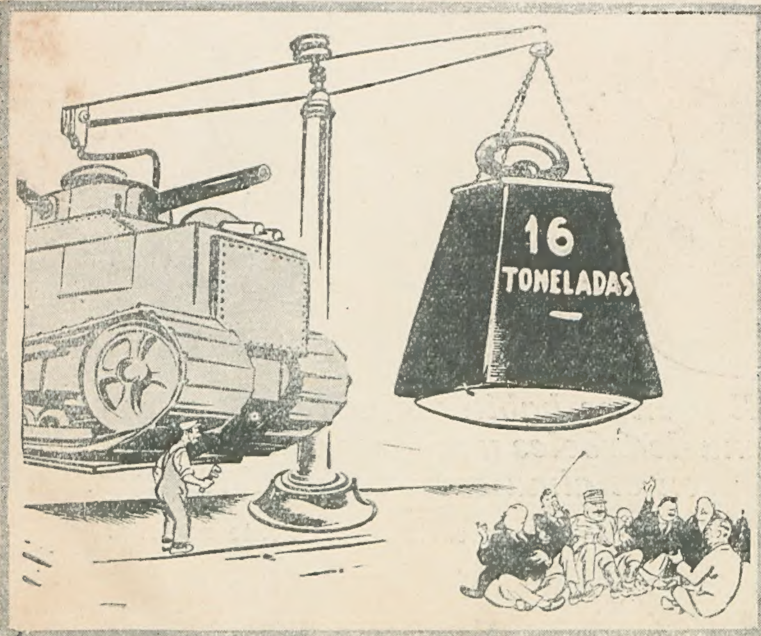
(De "Daily Express")



3 ESTADOS UNIDOS

La dama. — ¡Por favor, Tío Sam, no saltes de esa manera, que peligra la embarcación!

(De "News Worlt")



4 LA CONFERENCIA DEL DESARME

— Francisco, quite una onza de tuercas y convierta esa máquina en inofensiva...

(De "Evening Standard")



5 HITLER Y EL PUEBLO

Hitler. — Nuestra magnífica revolución está ya completa.
El ciudadano alemán. — ¿Esta usted seguro?

(De "Punch")

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

(1) El virrey de la India se niega a escuchar a Gandhi mientras éste persista en su tesonera desobediencia, y ésta, como un perro demasiado fiel, lo tiene sujeto del cuello a su amo mediante una cadena que no se ha de romper en tanto Gandhi aliente un soplo de su vida sacrificada a un ideal.

(2) Las libertades alemanas han sido anuladas por el puño de Hitler, que escondía en su guante de boxeador la cruz svástica, símbolo del fascismo, y **que el triunfador, no muy seguro de la derrota de su contrincante, no quiere que desaparezca de su mano todavía.**

(3) Sin duda alguna, la Conferencia Económica de Londres ha recibido un recio golpe con el rechazo de Roosevelt al no acordar una estabilización temporaria del dólar. **El Tío Sam, con sus oscilaciones, pone en peligro la barca donde navegan los demás pueblos del mundo, que desean tranquilidad.**

(4) Todo lo que se adelanta en la Conferencia del Desarme es ver si los delegados se ponen de acuerdo en si el **peso máximo de diez y seis toneladas es cifra demasiado alta para la diferenciación entre tanques defensivos y ofensivos mientras todos se arman.**

(5) Hitler, con su desbordante optimismo, cree que todo ya está arreglado en Alemania, pues el movimiento por él encabezado ha llegado a su culminación. **Pero el pueblo no parece compartir esa opinión y declara que su situación es peor que la de antes.**



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES



AÑO XXIII — BUENOS AIRES, AGOSTO 16 DE 1933 — Nº 1178

Este gobierno debe asegurar la estabilidad de los empleados públicos

El viejo y debatido problema del empleado nacional está tratado en este artículo en forma que no ofrece dudas acerca de su indispensable y urgente solución. Este gobierno debe asegurar la estabilidad de los servidores del estado. Los argumentos que se hacen en tal sentido son de aquellos que no tienen réplica. Es, pues, natural esperar que se les tome en cuenta y que, así, logren un resultado concorde con la necesidad imperiosa que les dió origen. Lo pide la opinión sensata del país.

A pocas semanas de la terminación del período parlamentario y cuando se sabe que el debate de las leyes más urgentes, absorberá la totalidad de las sesiones ordinarias que faltan, fluye la necesidad de recordar, que el país todavía está esperando, la llamada ley de estabilidad de los empleados públicos, incluída sistemáticamente en la plataforma electoral de los partidos populares, y prometida por la mayoría de los gobiernos que se han sucedido hasta hoy.

¿Con qué argumentos que no se hayan invocado sería posible abonar una vez más la excelencia de esta ley?

Desde el punto de vista del interés individual, ya es sabido que no hay dos opiniones encontradas. Ningún ciudadano después de quince o veinte años de servicios administrativos, puede ser puesto en la calle con el solo fin de procurarse el gobierno la vacante que necesita para ubicar a un correligionario.

LA FUNCION BUROCRATICA MECANIZA AL HOMBRE

Es de tal naturaleza que al cabo de cierto tiempo ese empleado, sustraído en cierto modo al resto de las actividades sociales, ya no puede improvisarse en nuevas funciones del comercio o de la industria. Además, respaldado en un destino que creyó definitivo, ha formado su hogar — como es beneficioso que acontezca — y ha contraído obligaciones siempre respetables. Un año y otro año se ha ido acostumbrando a considerar su condición de empleado público, como un destino en la vida. De modo que cuando una cesantía se encarga de persuadirlo cruelmente de que ese destino no era definitivo, y comienza a asediarlo el fantasma de las privaciones, la vergüenza de la desocupación y el miedo de tener que volver a empezar, comienza el drama. El implacable drama que promueve la desesperación en miles de hogares, afectados por las cesantías en masa.

Porque no se trata, la mayoría de las veces, de un caso aislado, sino de un conflicto social. Asimismo, desde el punto de vista gubernamental el mal también es grave.

La marcha de la administración se resiente con estos cambios arbitrarios. No rinde lo mismo un empleado que llega mediante una recomendación del comité a ejercer una función pública, que aquel que logra su nombramiento en virtud de una rigurosa competencia. No se desempeña nunca con la misma contracción el que sabe que su empleo es precario, que aquel que tiene conciencia de su estabilidad y entiende que de sus propios méritos depende exclusivamente su mejoramiento.

Hay más: con empleados capaces y laboriosos se podría reducir considerablemente el numeroso ejército burocrático, y perfeccionarse todos los servicios de la administración pública. Es evidente que la idoneidad simplifica y ajusta la tarea que cada uno debe cumplir. Ahora bien: dentro del régimen actual los empleados que han llegado a serlo por recomendación, no tienen ni siquiera el estímulo de aprender, de adquirir aptitud, puesto que viven en el sobresalto de la inminente cesantía a cada cambio de gobierno.

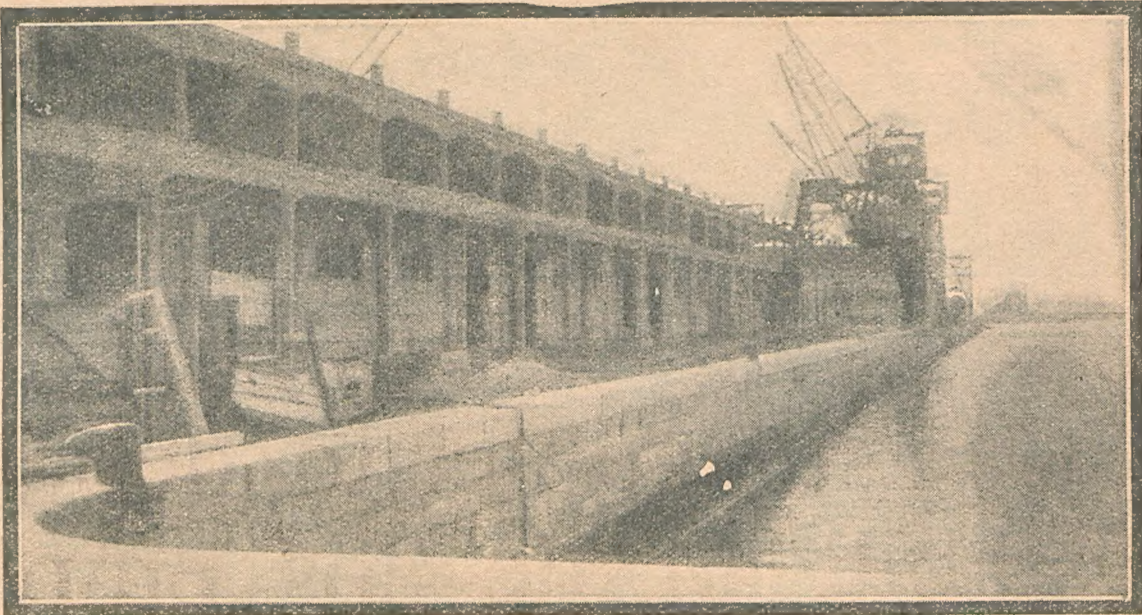


EL ELECTORALISMO ES NEFASTO PARA EL ESTADO

Las pocas reparticiones públicas que en alguna forma han resistido la presión electoral — como el Banco de la Nación, por ejemplo, — son las que mejor marchan. La política cuando invade las funciones administrativas, lo corrompe y lo desquicia todo. Mientras los caudillos electorales conserven

(Continúa en la página 23)

Nuestra experiencia portuaria a través de cincuenta años aconseja ir pensando en una solución de fondo, pues el puerto de Buenos Aires no debe ser considerado como una de las más productivas fuentes de recursos del Estado, sino como un servicio público indispensable a la riqueza y la prosperidad de la nación.



No menos de 1.500 hombres exige la vigilancia de la zona ribereña desde el Riachuelo hasta Palermo, por donde viene a demostrarse que la dilatada extensión es

Hay que REMOZAR el

QUÉ es el puerto de Buenos Aires? No sería fácil dar con una definición para complacer esta pregunta aparentemente tan sencilla. Y no sería fácil porque se trata de un organismo privado de fisonomía, digamos así, que se ha ido estructurando con el correr de los años, poco menos que al acaso sin sujeción a un verdadero plan racional, hasta el extremo de llegar a abarcar una extensión de ribera que no guarda proporción alguna con su aprovechamiento ni con su capacidad. Pero es necesario empezar haciendo un poco de historia para objetivar el proceso de esta formación, antes de entrar en el examen de sus deficiencias.



Primera conferencia de don Eduardo Madero sobre el puerto, que tuvo lugar el 7 de agosto de 1861. Aparecen aquí reunidos: N. de la Riestra, V. Alsina, C. E. Pellegrini, M. J. Guerrico, A. Lezica, Eduardo Madero, A. Lanús, V. Arning y C. Pellegrini.

EL PRIMITIVO PUERTO DEL RIACHUELO

En 1875 la legislatura de la provincia de Buenos Aires sancionó una ley autorizando a invertir hasta medio millón de pesos fuertes en la canalización del Riachuelo y otras obras complementarias, con miras a la construcción de los diques necesarios, cuando se comprobara el éxito de estos trabajos preliminares.

Así fué que en noviembre del año siguiente comenzaron las obras bajo la dirección del ingeniero Luis A. Huergo. Pero es el caso que comenzaron a aparecer en seguida las dificultades, no siempre resueltas con el criterio más conveniente para el destino de estas obras. La clara visión con que el ingeniero Huergo perfilara, ya entonces, las necesidades portuarias de Buenos Aires no halló, por cierto, correspondencia en las autoridades de la época, quienes se resolvieron por la implantación portuaria actual, cuyos numerosos inconvenientes se pusieron de manifiesto en cuanto empezó la explotación.



Grúas, rieles, puentes, alambrados y vagones, que dificultan en las horas de movimiento el acceso al puerto, que pierde entonces este dominical aspecto apacible y se convierte en un verdadero laberinto, del que parece que resultará imposible salir.

Importante es destacar, para robustecer aquel aserto, que,

EN 1885, A LOS DIEZ AÑOS JUSTOS, HUBO QUE PENSAR OTRA SOLUCIÓN.

Se trataba de dotar a la capital de un gran puerto y el contrato firmado con la empresa de Eduardo Madero el 12 de diciembre de 1885, tuvo principio de ejecución el 1º de abril de 1887. Por fin el 31 de marzo de 1898, o sea once años después, quedaron terminadas las obras.

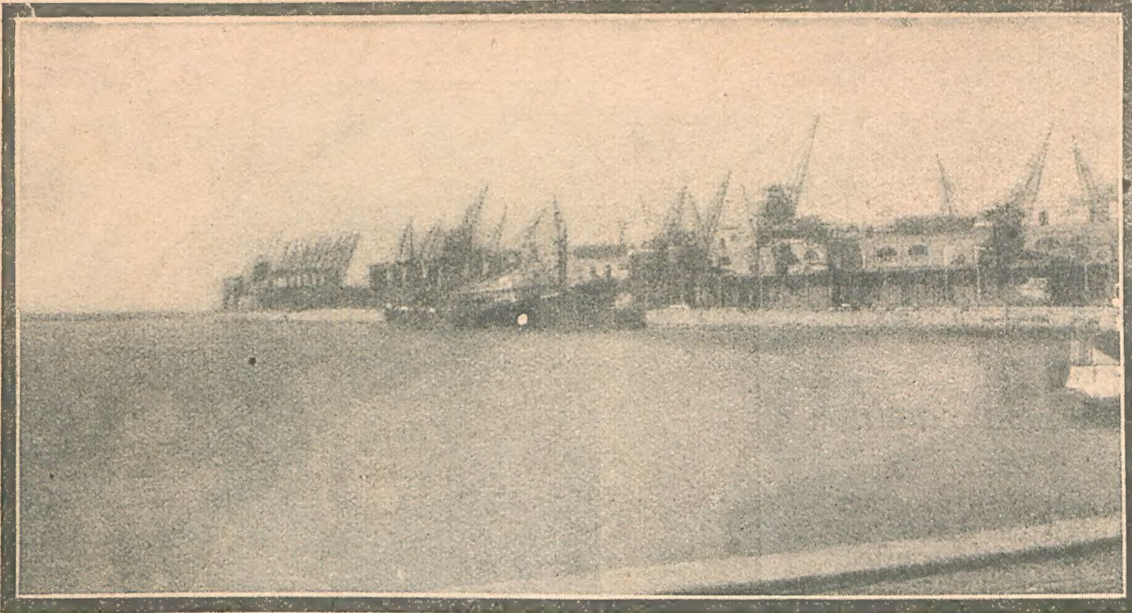
(Se compone este puerto, como se sabe, de dos amplias dársenas: la Norte y la Sur, cuatro diques esclusables, dos diques de carena y malecones de defensa. En total son 9.580 metros de muelle, y algo más de 7 metros en la mayor profundidad.)

Pero he aquí que también esta fué una solución precaria para la insospechada expansión de Buenos Aires y del país. A los primitivos galpones de mampostería se sumaron los de cemento armado. Aparecieron los elevadores de granos que, ejecutados en distintas épocas, respondían a distintos tipos de construcción, y fueron emplazándose arbitrariamente. Otro tanto aconteció con las vías férreas que lo fueron penetrando sin sujeción a un verdadero plan racional, al extremo de plantear, con el tiempo, como luego veremos, problemas poco menos que insolubles. Y para remate de todo esto, ya

EN 1908, VUELTA A RESOLVER LA CONSTRUCCION DE UN NUEVO PUERTO.

UNA NOTA de

Benigno Herrero Almada



uno de los principales defectos de las sucesivas soluciones portuarias halladas hasta ahora. Agréguese a esto que las embarcaciones tropiezan con toda suerte de dificultades para entrar y salir de los diques, y que los trenes de carga llegan hasta allí sufriendo grandes demoras a causa de las complicadas maniobras que deben realizar, y, encima, las tasas exageradas, y se podrá decir con justicia que el puerto de Buenos Aires es acaso el puerto más caro del mundo.

que parezcan a juicio de los técnicos que se hayan consultado.

El problema hay que plantearlo y resolverlo dentro de los términos de la pregunta que formulamos al principio: ¿Qué es el puerto de Buenos Aires?

Es un puerto que sólo en guardacostas, policía, marineros y serenos exige la concurrencia de no menos de mil quinientos hombres para vigilarlo, un puerto donde los barcos tienen toda clase de dificultades para entrar y salir de los diques, donde los trenes tienen acceso mediante complicadas y lentas maniobras que entorpecen el rigor de los horarios y retardan todas las operaciones correlativas, y donde por fin las tasas son tan abultadas, que han permitido calificarlo como "el puerto más caro del mundo".

Se trata, sin embargo, del puerto que absorbe el 82 por ciento de la importación total del país y el 48 por ciento de la exportación.

Se robustece la elocuencia de estas cifras con las que expresan el creciente movimiento de la navegación, pues los 4 millones 250 mil toneladas correspondientes al año 1898, se convirtieron el año 1930 en 14 millones 183 mil toneladas.

Proporcionalmente, según lo dejamos referido, ha ido creciendo el puerto, mediante la sucesiva agregación de soluciones parciales, hasta cubrir

PUERTO de Buenos Aires

Hacía diez años justos que estábamos usando el que acabamos de describir. Sin embargo, en tan corto espacio de tiempo, la importancia de las operaciones realizadas y la gran afluencia de vapores de ultramar demostraron su insuficiencia. Era indispensable construir otro gran puerto que permitiera el acceso a los modernos transatlánticos. Un puerto holgado para embarcaciones de treinta pies de calado. Y en 1908 se sanciona la ley 5944, autorizando al Poder Ejecutivo a poner manos a la obra.

Se llama a licitación, y se adjudican las nuevas obras a la empresa Walker y Cía. por la suma de 24 millones 163 mil pesos oro, en números redondos.

Emplazado hacia el Norte del existente, el Puerto Nuevo aseguraría, una vez terminado, 5.500 metros de muelle, y un antepuerto de tales dimensiones, que permitiría a los barcos evolucionar dentro de un círculo de 500 metros de diámetro, superficie suficiente para cualquier maniobra de los mayores buques que lo frecuenten.

Las necesidades del comercio exportador durante la conflagración europea sugirieron la conveniencia de habilitar una parte del puerto en construcción antes de terminar el año 1917.

Y, finalmente, se prosiguieron las obras de acuerdo al convenio aprobado por el Poder Ejecutivo en mayo de 1920.

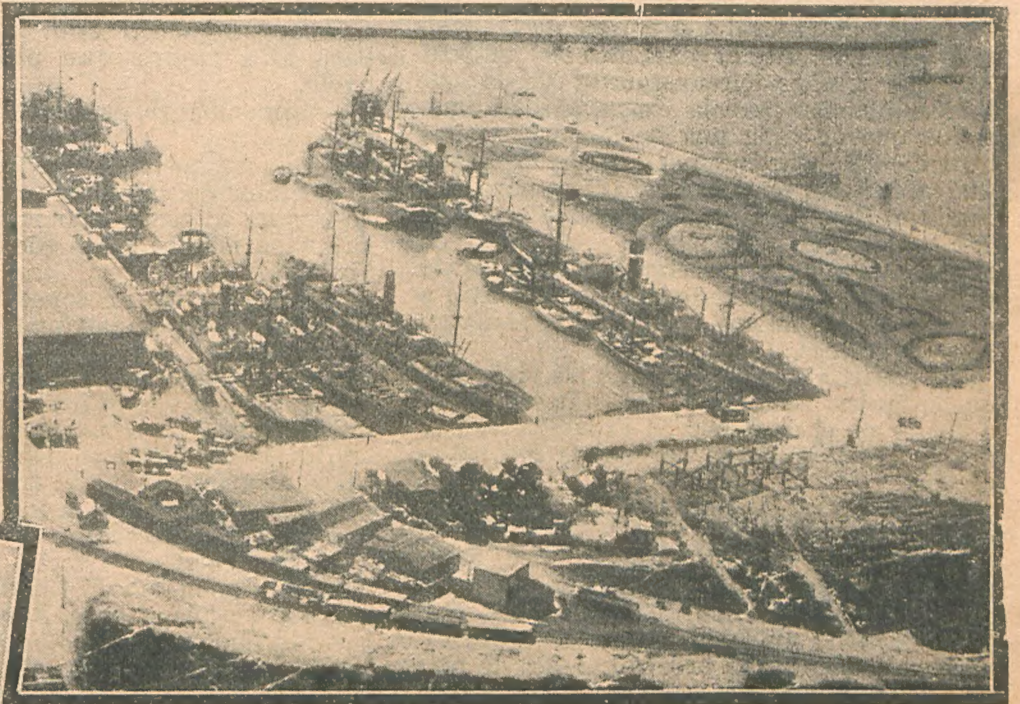
Fluye de esta reseña una conclusión incuestionable:



Ya en 1875 el ingeniero Luis A. Huergo, que dirigió la ejecución de las obras del puerto del Riachuelo, manifestaba sus inteligentes temores por la implantación portuaria actual, sin hallar correspondencia alguna en las autoridades de la época.

Como en tantos otros órdenes de cosas argentinas la imprevisión ha sido el rasgo dominante. Puede decirse que recién en la ejecución de Puerto Nuevo aparece por primera vez el deseo de mirar un poco hacia el futuro. Y decimos un poco, nada más, porque esta es la hora en que el Ejecutivo proyecta la inversión de ochenta y tantos millones de pesos en nuevas obras portuarias encaminadas a complementar y transformar lo existente, de acuerdo a las necesidades inmediatas reveladas por la experiencia, y sobre la base de un plan cuya estructura no responde a una concepción integral de lo que esas necesidades aconsejan.

Ahora bien: demasiado cara hemos pagado la experiencia que dejamos referida, para seguir amontonando soluciones fragmentarias. Ni el Congreso, ni el Ejecutivo tienen el derecho de embarcarse en nuevas improvisaciones, por tentadoras



Sólo aquí, en Puerto Nuevo, es posible la solución orgánica que MUNDO ARGENTINO preconiza; la solución racional que permita estructurar definitivamente nuestro puerto con miras al porvenir, indudablemente cada vez más promisor.

LA ZONA RIBEREÑA DESDE EL RIACHUELO HASTA PALERMO.

El principal defecto consiste entonces en la extensión inútil que hemos cubierto con galpones, grúas y elevadores, cuya vigilancia exige un personal numeroso (no menos de 1.500 hombres), y en la dilación de las operaciones dificultadas por las largas distancias.

Sin contar con que hemos establecido de este modo una verdadera barrera entre la ciudad y el río. Esa hermosa obra pública que es la avenida Costanera, permanece, a causa del puerto, poco menos que confinada de la metró-

(Continúa en la página 9)

¿Qué hombre está libre del hechizo de...

Una SIRENA

...si ésta se le cruza en su camino?



UN taconeo menudo y nervioso obligó a Banegas a suspender su trabajo frente a la máquina de escribir y a volver la cabeza. Entonces sus ojos se encontraron con los de aquella rubia oxigenada, antipática, que con harta frecuencia pasaba por su oficina al entrar o salir de la de su jefe, que era la inmediata.

Cada vez que la veía, un gesto de desdén le hacía fruncir los labios. ¡Qué antipatía más grande le tenía a esa mujer! No le había hecho nada..., ¡nada absolutamente, porque ni siquiera se dignaba saludarlo!, pero no le era posible pasarla. No le encontraba ningún atractivo como mujer, y, para colmo, se le antojaba que era una "vivilla" que explotaba a los hombres sin conciencia ni moderación.

Banegas no ignoraba el porqué de las visitas de aquella mujer al señor Rimmel, su jefe. Era una amiga circunstancial de la que el buen hombre parecía encantado. Se imaginaba que en cada una de aquellas visitas el bolsillo del señor Rimmel quedaba exhausto. ¡Qué labia debía tener la muy artera para desplumarle! Bueno; Banegas no se hubiera atrevido a afirmar si era ella la artera o si, en cambio, él era un grandísimo tonto. Lo cierto era que jamás la rubia oxigenada se volvió a su casa con las manos vacías, defraudada en sus aspiraciones.

Una tarde, después de una de las visitas de aquella mujer, Banegas se vió en la necesidad de entrar en el despacho de su superior, y lo encontró restregándose las manos con satisfacción.

—¿Qué ocurre, Banegas? —le preguntó al verlo entrar.

—Tengo que contestar esta carta y, naturalmente, no puedo hacerlo sin que usted me diga cuál es su decisión.

—Ahora no me hable usted de negocios, Banegas. Tengo otras preocupaciones de mayor importancia. —Y frotándose las manos una vez más, agregó: —¡Estoy contentísimo! ¿Sabe usted quién es esa joven que acaba de marcharse?

Banegas fingió ignorarlo, y repuso, acaso con demasiada audacia:

—No la conozco, pero no me parece nada bueno.

El señor Rimmel le miró un poco sorprendido:

—Veo que Margot no me ha engañado. Usted la quiere mal. ¿Y por qué?

—Yo no la quiero ni bien ni mal...

—Sí; ella me ha dicho más de una vez que al pasar por su oficina usted la mira con desdén, con odio, como si quisiera fulminarla con la mirada...

—Tanto como eso, no, lo confieso. Pero no me gusta esa mujer.

—¡Pues es un encanto, sin embargo! Estoy satisfechísimo de ella.

—Podrá estarlo, en efecto; pero usted perdone esta confianza, señor Rimmel; a mí me parece que esa mujer lo explota a usted. Que todas sus visitas obedecen a lo mismo..., a sacarle dinero.

—A eso viene ciertamente; pero la pobre no hace más que pedirme para sus necesidades. Y si no me lo pide a mí, su único amigo, ¿a quién se lo iba a pedir? Es posible que me exija demasiado, pero ¿y si le gusta vivir bien? No creo que deba sacrificar su tren de vida por el temor de pedirme lo necesario. Si yo fuera un miserable..., entonces, vaya con Dios. Pero no lo soy, no puedo serlo..., y para ella menos que para nadie.

—Sin embargo, es usted casado...

—¡Es verdad! Eso es lo único que lamento. Haberme echado la soga al cuello cuando no hay nada más hermoso que la libertad.

—Yo no tengo un concepto tan despectivo del matrimonio, señor Rimmel. Hace ocho años que me he casado, y, francamente, no me siento arrepentido de haberlo hecho. ¡Al contrario! En mi hogar encuentro calor, alegría, paz... Y, francamente, no creo que a usted le ocurra lo contrario.

—¡Quién sabe!

Este "¡quién sabe!" fué demasiado elocuente para Banegas. Sin duda su jefe no había tenido la suerte de encontrar la esposa ideal que sabe sobreponerse a todas las demás mujeres; y esa, por lo visto, era la causa por la cual aquel hombre buscaba, fuera del hogar, el calor y la felicidad que no había encontrado nunca dentro de él.

Desde entonces su modo de juzgar a su superior y a la rubia oxigenada fué otro muy distinto. Cuando la veía pasar por su oficina, al entrar o salir de la del señor Rimmel, la miraba con ojos más indulgentes. Ya no le parecía tan antipática ni tan explotadora. Si a cambio de lo que él le pasaba para vivir, ella le alegraba la vida deparándole unos goces que no debió buscar fuera de los límites del hogar, nada encontraba ya de censurable en aquellas relaciones.

Y así fué cómo, poco tiempo después, el señor Rimmel le palmeó en la espalda, diciéndole:

—Estoy muy satisfecho de usted, amigo Banegas. Margot me ha hablado muy bien de usted. Dice que ahora la mira usted con ojos de amigo.

—Usted perdone, pero...

—No; si no es que yo crea que la mira usted con ojos de hombre, sino que ya no le resulta tan "antipática".

—Yo no he dicho que lo fuera, señor Rimmel.

—Aunque lo hubiera dicho; usted es muy dueño de sus pensamientos, y yo no me permitiré ponerle mordazas cuando tenga que decirme algo. Desde luego que no quisiera que por esto se permitiera usted decirme una inconveniencia.

—¡Ni qué decir que no me permitiré jamás semejante cosa!



Desde entonces su modo de juzgar a su superior y a la rubia oxigenada fué otro muy distinto.

CUENTO
Por ROBERTO PASO MARTINEZ

El señor Rimmel volvió a palmearle en la espalda.

—Pues como le decía, Margot está encantada de usted. Dice que ahora es usted otro: más atento, más indulgente para con ella..., y me ha pedido algo para usted que no he podido negarle.

—No comprendo, señor Rimmel — se excusó Banegas, confuso.

— Me ha pedido que le aumente el sueldo... De modo que, a partir de este mes, usted podrá llevar un poco más de pan a sus hijos.

— Un millón de gracias por esa bondad, señor Rimmel. Usted y ella son muy buenos para conmigo.

—¡Chisth! Nada de agradecimientos. No hablemos más de eso.

Si mucha era ya la simpatía con que Banegas miraba a la rubia oxigenada, a partir de ese momento ésta fué aún mayor. Al sentirla llegar se alzaba de su asiento y le hacía un saludo cortés, al que ella respondía con una sonrisa cautivadora; con una de esas sonrisas con las que, sin duda, había logrado ganar la voluntad del señor Rimmel...

Llegó el invierno con sus días fríos y húmedos y la gripe empezó a inmolar víctimas. Una de ellas, ¿por qué no?, fué el señor Rimmel. Una mañana dejó de concurrir a la oficina. Entonces Banegas, en su calidad de secretario, se dispuso a atender sus asuntos: dos veces por día concurría a su casa, a informarle de la marcha de los negocios y a ponerle a la firma los documentos, que él a veces firmaba haciendo grandes esfuerzos.

En estas idas a la casa de su superior, Banegas tuvo la oportunidad de conocer a su esposa. Al encontrarse por primera vez frente a ella, una viva emoción sacudió todo su cuerpo. La señora de Rimmel era una mujer vistosa, simpática, muy dulce y muy abnegada. Le dió la impresión de ser una verdadera ama de casa y, sobre todo, una sincera enamorada de su marido. Al juzgarla así, Banegas estaba muy seguro de no equivocarse. Las huellas de las largas vigilias que aparecían impresas en sus ojos y en sus mejillas, lo confirmaban. Además, según ella misma le había dicho, no se separaba de junto al lecho del enfermo, atenta a sus menores movimientos.

Banegas, desde el primer momento, sintió una gran simpatía por ella. Y esta simpatía, por contraste, anulaba la que hasta entonces había sentido por la "otra", por Margot. De haber tenido valor para ello, ¡de qué buena gana le hubiera contado las andanzas del señor Rimmel con aquella perjura!

"Cuando se tiene una mujercita así — se decía — es un crimen engañarla. El señor Rimmel es un canalla, un cínico. No se merece el cariño de esta mujercita. ¡Y yo que creí todo lo contrario!, ¡que sería una mala, una fea, una estúpida!... No, no tiene perdón de Dios!"

Durante la ausencia del señor Rimmel la rubia oxigenada no faltó una sola tarde a la oficina. Lejos de sentirse apenada por la enfermedad que le había atacado, se mostraba cada vez más irascible.

— Yo necesito dinero — le decía a Banegas. Dígaselo usted cuando vaya a verlo. ¡Ne-ce-si-to di-ne-ro! Repítaselo bien claro. No creo que ha de figurarse que una pueda vivir del aire.

— Se lo diré, se lo diré...

Pero era tanto el rencor que había llegado a despertar en su corazón, que nunca quiso decirle a su jefe que la "otra" acudía todos los días a la oficina y le obligaba a reclamarle dinero para ella. Y mientras le ocultaba a él esta triste verdad, a ella le engañaba con una mentira que le llenaba de satisfacción:

— No he podido decirle una sola palabra. Está tan decaído, que lo creí imprudente; además, su esposa no se aparta de su lado...

— ¡El diablo se trague a esa mala sombra! — gruñía ella. — Pues es necesario que usted se lo diga. ¡Yo necesito dinero! ¡Tengo que comer! ¡Tengo que vivir!...

Frente al señor Rimmel, Banegas se veía en figurillas para no mentar a la "otra". A las preguntas que le dirigía respondía con evasivas.

— Sí, suele ir por allá... ¿Firmó las cartas que le traje ayer?...

— Sí; ya están firmadas. ¿Qué dice Margot? ¿Pregunta por mí? ¿Se muestra apenada?

— A mí no me dice nada... ¿Qué contesto a los señores del Río sobre su pedido de crédito?... — Y para evitar que insistiera sobre "ella", continuaba: — Ha estado el señor del Corral a pagar una cuota de su deuda..., y también el apoderado de la "Mutual"...

(Continúa en la página 27)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

¿SABE SU PADRE LO OCURRIDO? Si se ha enterado del lamentable suceso, es al único que le corresponde remediarlo. Que llame a su novio y le explique las causas apremiantes que lo obligaron a tener que recurrir a su ayuda, prometiéndole la devolución de lo pedido y haciéndole comprender que usted nada tiene que ver en este enojoso asunto. Si no fué fingido el amor que le demostró durante cuatro años, hecha la aclaración, volverá, no le quepa duda. Espero que termine su tormento y me comunique que ha recuperado su felicidad.

Contestando a "Rubia de ojos grandes", de San Fernando.

● ●

NO CREO en las predicciones de las cartas; tal vez sea la casualidad la que hace que a veces coincidan con lo que nos pasa.

Ya que a usted le parece que es amor lo que ahora siente por ese hombre, continúe su trato, pero sin arriesgarse demasiado, pues ello podría dar lugar a comentarios desfavorables. Sin embargo, si él vuelve a manifestarle que "nunca llegarán a entenderse", sería conveniente no seguir adelante.

Contestando a "Charmant", de Rosario.

● ●

SI SU MAMÁ se opone a que atienda a ese nuevo pretendiente, obedézcala; ella tendrá sus motivos para tal exigencia. Es mejor realmente que consiga primero las cartas que escribió al ingrato. Envíe un emisario de toda su confianza para que se las entregue, y una vez que las tenga en su poder, haga cuenta que rompió el último lazo que aún la ligaba a ese hombre indigno de su cariño y que tan pronto la reemplazó por otra. Es preciso, amiguita, poner un poquito de fuerza de voluntad y olvidar.

Escríbame siempre que necesite desahogar su corazón.

Contestando a "Jazmín del cielo", de Elortondo.

● ●

EN REALIDAD, es indigna del cariño de ese noble muchacho a quien hizo muy mal en engañar, y ahora, próxima al casamiento, recién se da cuenta de que no se siente con valor para dar ese paso, pues la atormenta la noticia del regreso del "otro". ¿Qué puedo aconsejarle yo? A usted le corresponde decidir su porvenir, pues me parece que mi intervención en este caso sería inconveniente.

Tengo el agrado de comunicarle que publicaré su poesía.

Contestando a "Mea culpa".

● ●

ENVÍELE una linda canasta de flores o una artística bombonera. Con cualquiera de esos dos obsequios quedará perfectamente, y creo que estarán al alcance de su bolsillo.

Contestando a "El morocho del Ford", de capital.

● ●

1º **ACTUALMENTE** no se usa que se lleve la cola a la novia. La pareja de niños debe ir adelante de la novia al entrar en la iglesia.

2º El precio depende del arreglo que se haga en la iglesia.

Contestando a "Encantada", de Arrecifes.

● ●

TIENE USTED una idea errónea de las mujeres. Si tuvo la desgracia de tropezar en la vida con una mala mujer, no quiere decir que todas sean iguales. Las hay buenísimas, abnegadas, capaces de los mayores sacrificios; la habilidad estriba en saber elegir. Yo espero que no tardará en encontrar la que le hará cambiar completamente de opinión. Si eso sucede, ¿me escribirá?

Contestando a "Odio a las mujeres", de Olavarría.

● ●

NO ME ENVIE esa poesía, pues no publico acrósticos.

Cdo. a "A. M. F.", de Rosario.

Tus besos

(Colaboración)

Mis ojos, que tú llamas "esmeraldas
con reflejos de mar y oro de cielo",
quedarían más ciegos que la muerte
sin los claros fulgores de tus besos.

Mi noble corazón, crisol que funde
la esencia de tu amor tranquilo y bueno,
como un frágil cristal se rompería
si el calor le faltara de tus besos...

Y mi alma también, amado mío,
habría de morir sin los destellos,
que recoge mi boca cuando finge
estuche de coral para tus besos...

Y puesto que te quiero y que me quieres,
que no falte, mi bien, a este amor nuestro,
ni la luz, ni el encanto, ni la gloria
que florecen al ritmo de tus besos.

Por ALMAZUR

ENLACE



Señorita Nelly Faro y señor Adrián I. Labró Pédéflous, momentos después de haber sido oficiada la ceremonia religiosa de su enlace.

Foto Pérez

CUANDO SE RECIBE solamente participación de enlace, no hay obligación de enviar regalo, excepto en el caso en que la amistad con los contrayentes sea muy íntima.

Contestando a "Inseguro", de capital.

● ●

ES VERDAD lo que me pregunta: es distinto ser amigo a ser su novio. Ya que es usted tan joven y su situación pecuniaria bastante crítica, encuentro muy correcto su proceder. Sin embargo, puede continuar cultivando la amistad de esa chica, y en sus conversaciones se le brindará la oportunidad de manifestarle su manera de pensar. Si ella es inteligente y comprensiva, sabrá dar la interpretación debida a sus palabras, y esperará.

Cdo. a "Sick of Love", de Salta.

● ●

LO MAS ACERTADO en su caso sería que tratara de mejorar su situación financiera, porque así nada podría oponerse a la realización de la felicidad soñada, pues los dos son mayores de edad. Siendo, sin embargo, un imposible lo que le propongo, procure conquistarse a su futuro suegro, haciéndole ver lo sincero de su cariño y sus propósitos de arreglar lo referente a sus finanzas.

Cdo. a "No, no, no", de capital.

● ●

HAGASE EL TRAJE de una tela de seda de color gris, azul, lavanda, verde o beige. Elija el que más le agrade.

Reciba mis mejores votos por su felicidad futura.

Cdo. a "Indecisa", de Tucumán.

● ●

PUEDE IR acompañada por su mamá o alguno de sus familiares a enterarse de la salud del enfermo.

Cdo. a "Porota", de Guaviraví.

● ●

ESPERE a que vuelva; esta ausencia servirá para poner a prueba su amor. Si cumplidos sus deberes con la patria, nota que su amor no ha declinado, entonces que hable con sus padres.

Cdo. a "Enamorada campesina", de San Andrés.

● ●

ENCUENTRO MAL que haya aceptado los galanteos de ese muchacho, porque ello puede dar lugar a enconos desagradables y duraderos que nunca deben existir entre hermanas. Yo opino como sus padres. Usted es dueña de hacer lo que le parezca.

Cdo. a "Ojos verdes", de San Andrés.

● ●

LA DIFERENCIA DE EDADES no puede ser un obstáculo para el amor. Si ese joven es bueno, honrado, trabajador y la quiere tanto como me dice, debe tener paciencia y esperar a que los hechos vayan convenciendo a su mamá de que no hay motivo para empecinarse en la oposición. Traten de buscar la forma de tener de vez en cuando una entrevista; busquen para ello el apoyo de su papá.

Cdo. a "Primer amor", de Rosario.

● ●

HIZO MAL en escribir esas dos cartas. El la había ofendido; le correspondía, pues, darle una reparación si tenía interés en que usted no desconfiara. Como ve, nada de eso ha ocurrido; por el contrario, respondió a su llamado con el silencio. No piense más en él. Las fotografías devuélvaselas cuando se las pida, y si no arrójelas al cajón de las cosas olvidadas.

Cdo. a "Ilusión de Maipú", de Mendoza.

¡Amor!... El amor diviniza lo humano y humaniza lo divino

Hay que remozar el puerto de Buenos Aires

(Continuación de la página 5)

poli siendo así que debiera ser su contorno inmediato. La circunstancia de que sólo sea posible el acceso a aquella mediante uno de los tres puentes conocidos (el de Viamonte, el de Cangallo o el de Belgrano), adquiere su verdadera fuerza de expresión, cuando se recuerda que los tales puentes interrumpen el tráfico de peatones y vehículos 38 mil veces al año, por espacio de 3.580 horas. Por análogas razones la comunicación entre los diques es asimismo dificultosa. Y sobre todo una cosa sería llegar al río por anchas avenidas y otra es hacerlo sorteando murallones, alambres, puentes, rieles y carros.

INCONVENIENTE MAS SERIO ES EL ACCESO FERROVIARIO

Pues como quiera que sea aquel es un inconveniente estético en cierto modo. Pero el que resulta del deficiente acceso ferroviario es un obstáculo grave cuya solución no puede demorarse.

Ya en 1925 decía el ingeniero Baldassari: "La planta del puerto de Buenos Aires ofrece dificultades insalvables respecto a la instalación del tercer riel para satisfacer el intercambio. Diversas iniciativas han sido estudiadas buscando una solución satisfactoria sin resultado positivo y en la actualidad las operaciones de los vagones de trocha angosta que ingresan al puerto, se verifican mediante un transbordo que se efectúa en el dique número 4."

Hay que tener en cuenta que la longitud total de vías férreas, en la zona portuaria, es de 120 kilómetros, y que anualmente entran al puerto (en los años prósperos) entre 85 y 95 mil vagones cargados, vale decir una cifra que no justifica proporcionalmente la congestión de que hablamos. ¿Cuál es la causa entonces? La dispersión del sistema actual, que precipita la ausencia de coordinación en los servicios. Decía no hace mucho el ingeniero Briano que "los trenes entran y salen en el puerto cuando pueden, sin que ello sea posible con el rigor exigible a una explotación ferroviaria esmerada." Agréguese a esta circunstancia, que no disponen los elevadores de granos del servicio adecuado que les correspondería y calcúlese lo que representaría como aprovechamiento de tiempo y de personal y hasta de material rodante, la centralización de este disperso sistema, el día que todas las operaciones portuarias pudieran circunscribirse a un recinto como el de Puerto Nuevo.

EL ACTUAL REGIMEN TARIFARIO

A los vicios de estructura, se añaden para rematar una situación verdaderamente remorosa, los que provienen de la organización portuaria, y cuyo símbolo más expresivo es el obscuro régimen de tasas vigente.

Pocos saben lo que cuesta la entrada y salida de un barco al puerto de Buenos Aires, lo que pagan las empresas armadoras en concepto de derechos y de servicios por uno sólo de los grandes transatlánticos que se detienen no más de tres días entre nosotros. He aquí las respetables cifras de una planilla que corresponde a "L'Atlantique":

Derechos de entrada (faros, balizas y sanidad)	$ 23.103.50
Derechos de permanencia y muelle (3 días)	„ 6.027.30
Servicio de inmigración a Montevideo	„ 540.—
Servicio extraordinario del Dpto. Nac. de Higiene	„ 620.—
Pasajes a Montevideo p/el personal de ambas reparticiones	$ 259.60
Pilotaje (2 prácticos: 1 de turno y otro especial)	„ 1.485.80
Remolcadores	„ 2.087.56
TOTAL	$ 34.124.66

Por mucho que se reduzca esta cifra hasta ajustarla al tonelaje de los barcos comunes siempre subsistirá una manifiesta desproporción entre el servicio que se presta y el que se cobra y no puede ser de otro modo.

LAS TASAS VIGENTES SON ABSURDAS

Los derechos portuarios fijados por las leyes respectivas en pesos oro sellado responden a la siguiente tabla:

Visita de sanidad (por tonelada de registro)	$ 0.02
Faros y balizas (por tonelada de registro)	„ 0.14
Entrada (por tonelada de registro)	„ 0.30
Permanencia (diarios, por cada 10 toneladas)	„ 0.10
Muelle (diarios, por cada 10 toneladas)	$ 0.20

Semejante escala de cifras fué aconsejada hace veinte años por la necesidad de costear el puerto, pero el puerto se ha costeado ya con creces y... las tasas en lugar de diminuir han aumentado.

No hace mucho tiempo un barco que entraba demorado a puerto hubo de pagar 200 pesos extra, para desembarcar cinco pasajeros con sus respectivos equipajes, lo que representa ¡cuarenta pesos por pasajero!...

Más aún: la institución del sábado inglés acabó por rematar la voracidad fiscal y así se da el caso de que un barco para descargar con cuatro guinches a un depósito oficial, durante las cuatro horas del sábado a la tarde, se vea forzado a cometer un gasto extra de mil trescientos pesos.

En estas condiciones nuestro puerto sigue siendo tratado como una de las más productivas fuentes de recursos del Estado.

Ultimamente el Poder Ejecutivo ha dispuesto que una comisión financiera proyecto la modificación de aquellas tarifas "por considerarlas excesivas". Se trata de una declaración que robustece las afirmaciones más avanzadas en este sentido. Pero tampoco de aquí, puede esperarse la solución, porque el puerto de Buenos Aires es caro no solamente por la elevación de las tarifas, sino también por la acumulación de gastos eventuales originados por la lentitud de las operaciones y las dificultades emanadas de una administración insuficiente.

EL INGENIERO NIJHOFF FUE CONTRATADO PARA ESTUDIARLO

Entre otras diligencias sensacionales decretadas por el gobierno provisional figuró esta. El ingeniero Nijhoff, consejero de La Haya y de Bruselas, fué traído expresamente para asesorarnos en esta materia, y su informe producido en octubre de 1931, le costó a la Nación un desembolso tan considerable que merecería ser aprovechado, si es que contiene buenas conclusiones.

Desde luego lo que al país interesa es una solución orgánica de este enorme problema, que dejamos planteado, una solución racional que nos lleve a remozar la actual estructura portuaria con miras al porvenir, y a mejorar, ajustar y abaratar sus servicios, asegurándole al puerto la autonomía indispensable.

Una tragedia de amor a través de un manojo de cartas privadas



LAS RECOPILÓ **Elvira Ferreira**

CARTA 22ª



De Susy Montero a Claudio Martínez.

Amigo mío.

Hago un alto en el silencio profundo en que mi vida se halla encerrada desde hace largos días, y me asomo a su recuerdo con el deseo suave y triste de ampararme un poco en su ternura. Las palabras de su carta me han dicho mucho de usted. Sólo el dolor nos hace comprensivos, y es sólo así que yo he podido medir la nobleza de su alma. Claudio querido, cuando le miro en mi interior así como en esta hora, nada es más caro a mi recuerdo y a mi emoción.

Yo no sé lo que hay en mí. A veces quisiera desentrañar mi corazón y mirar lo que en él se agita. ¿Por qué he cambiado tanto en este último tiempo? Porque son tan contradictorias mis acciones, porque me inclino hacia donde mi alma sabe que ha de tropezar. Claudio, yo presiento para mi vida largos días de niebla, de desolación y desesperanza. Presiento que ya nunca más he de tener el reposo necesario para obedecer a la más pura emoción. Todo se neutraliza en el análisis y estoy calculando sobre la posible felicidad de mi vida. Desde hace días he rodeado mi casa de silencio, y junto a la cama de mi enferma he querido substraerme de toda otra preocupación. He querido ser para este ser tan bueno y cariñoso lo que ella ha sido para mí durante años. Lo he logrado en parte castigándome yo misma al advertir que incesantemente mi imaginación se iba por caminos difíciles y tortuosos. Sentada, a media luz, un tanto abatida por la falta de descanso, mis ojos no se han cerrado fácilmente, y entre mis párpados he visto ir y venir una sombra y no he podido comprender si su paso era de buen o mal augurio, pero esa mirada ansiosa que me reclamaba en el silencio austero de este cuarto en donde quizá ha pasado ya la muerte con su ojo avizor, ha entrado hasta el fondo de mi ansiedad y ha inquietado mi alma, hasta hace poco tranquila.

Yo no sé lo que hay en mí, yo sólo sé que en este instante he tenido la imperiosa necesidad de acercarme a su amor calmado y puro para defenderme del requerimiento ostensible de esa sombra que tiene un cuerpo y un alma.

¡Claudio, qué pequeña me siento! ¡Qué pequeña y qué deleznable materia me cubre! He vivido años creyéndome superior, amparada por una fuerza que era mi dicha, una fuerza que me hacía valiente y recta para rechazar mis propios pensamientos cuando éstos no llevaban la dignidad que yo me debía. ¡Cuán pobre cosa soy ahora! Me complazco en imaginar cosas que me llenan después de vergüenza, y es tan viva la fuerza de mi deseo como ayer la de mi rectitud.

¿Cómo y por qué se ha infiltrado en mis venas este mal corrosivo que me convierte en una mujer despreciable?...

Si yo le dijera que este análisis de sentimientos me lleva a comprender que es su amor lo que me salva de mí misma, usted creería que estoy divagando. Sin embargo, es así. Usted me salva con su amor, y esa manera de contenerme yo no sé si en mí es también amor. La pregunta me salta y me sorprende con su contradición. ¿Es a usted a quien amo? Y entonces, ¿por qué sufro por los besos del otro?...

¡Claudio, Claudio! ¿Por qué te has ido, por qué no estás aquí? Quizá, si tu estuvieras junto a mí, defendiéndome de mis pensamientos con tu presencia, calmada yo no sería la pobre muje que soy en este instante.

¿Por qué te has ido, por qué has sido tan dócil? ¿No comprendes que a veces es preciso hacer valer la fuerza del amor que está dentro del pecho? Tú has aceptado fácilmente todo lo que yo te he propuesto. ¿Por qué no te has defendido defendiéndome?... Ahora estás lejos. ¿Sabes, acaso, si en este momento no serías muy necesario a mi vida? Quizá mi cabeza sólo espera tu hombro y mis manos cansadas el refugio tierno y cálido de las tuyas. ¿Dónde estás; piensas en mí? ¿Qué extraña sugestión te envuelve que te hace codiciable a mi ternura de este instante?... Claudio, ¿por qué no estás aquí?... Tu carta la he leído mil veces, y sus palabras han caído en el abismo de mis sueños atormentados como gotas de paz entre los labios ardientes. ¡Amigo mío, dime tú que esto que pasa en mi alma me llevará por el buen camino! Dime tú si después vendrá la paz. Dime si podré volver a mirarte después de la confesión que te hago... Tú estás lejos y yo estoy lejos de todos por mi propia voluntad; si alguna vez esta voluntad me flaqueara y me sintiera hundir en el vacío sin nombre donde se hunden los irresponsables, nadie me perdonaría, porque nadie sabría hasta qué punto la tortura me ha empujado; pero tú, tú que en el momento decisivo has dejado el camino libre y has aceptado lo impuesto como si las cosas del amor no debieran discutirse, tú te sentirás culpable y sufrirás conmigo.

Yo te amo, yo te amaba antes de esto y tú lo sabías. ¡Qué poca fuerza te ha dado tu amor que nada has hecho para defenderlo!

Tus manos han caído lacias al costado del cuerpo, y de tu boca sólo han salido palabras de dolor calmado y de resignación; pero el grito terrible que profieren los hombres cuando se sienten robados y quieren defender el tesoro por el que han sabido escalar cumbres y bajar abismos, ese grito, Claudio, tú no lo has lanzado. ¿Dónde estaba tu amor, que no ha respondido sangrientamente, obscureciendo el paso de tu razón? ¿Dónde la facultad dominadora que en tu vida te hizo escalar cumbres?... Llevas en tus venas sangre elegida de seres rectos e íntegros, y tú te adormeces en la fatalidad y te abandonas en los brazos calmados de la indigencia. Tú, que te enorgullecías de haber alcanzado un tesoro, te ves reducido a la nada, con las manos vacías, y bajas la cabeza y marchas como si todo estuviera ya dicho.

¡Ah, los hombres no saben defender el corazón! Van por la vida tocados de una vanidad absurda, concentran su honor en pueriles juegos de palabras que salvan o matan, y se creen héroes porque en el conjunto de un ejército en marcha no vuelven para atrás aun cuando lo deseen. Tú has tenido miedo de luchar con un ser para ti invisible que estaba en mí y que te destruía en mi interior.

¡Qué fácil que has cedido el paso al enemigo! ¿No sabes, acaso, que el arrogante gana en el corazón humano? ¿Por qué, si la vida te enseñó, no aprovechaste sus lecciones?...

¡Claudio, cuánto daría por pertenecerte en esta hora y poder apoyar mi cabeza en tu pecho viril! Bien sé que cerca tuyo mi cariño sería para ti la más sólida armadura para todos los golpes y yo, yo descansaría de esta tortura de no saber dónde voy, lo que quiero y lo que será.

Pero tú estás lejos y yo pierdo la seguridad.

Te he dicho que siento como dos alas negras que se abren sobre mi vida. Son alas de dolor o de traición; no lo sé. Comprendo que estoy envuelta en un **(Continúa en la página 23)**



Por la calle melancólica y desierta, herida por las primeras luces del amanecer, la carreta de la melodía prodigiosa regresaba lentamente a su destino. Sentado en el pértigo, el conductor de los bueyes daba al viento un remedo de canción.

Bajo la sugestión de la paz lugareña...

La SERENATA

...al estilo de la que se describe en este pintoresco cuadro de tierra adentro, conserva todavía la mágica atracción de las cosas de los tiempos idos.

Por JULIO ARAMBURU

HACE muchos años las silenciosas calles de mi pueblo se vieron conmovidas por un extraño suceso musical. Fué una noche lejana de septiembre, dominio de la primavera, cuando empiezan a florecer las primeras rosas y las almas se embriagan de poesía. Bajo el influjo de la estación magnificente, la vida de la ciudad se transformaba. La gente salía de sus casas, iba a las retretas y en los balcones antes desiertos aparecían de nuevo las muchachas. Regresaba el tiempo de las gratas andanzas romancescas en que los barrios callados se estremecían con el son de las guitarras. El espíritu de los jóvenes adquiría un hondo arrebato de lirismo, y de allí brotaba el inconfundible sello de las costumbres provincianas.

En esa época, todas las noches salían los enamorados a recorrer los lugares de su predilección sentimental. Salían en grupos de cinco o diez personas, con los clásicos instrumentos de la ofrenda. Llevaban la fiel guitarra, la flauta suspirante y el melodioso mandolín. Estudiantes y empleados rivalizaban en méritos de herencia donjuanesca. Había el buen cantor, el músico elegido y el hombre que anunciaba la feliz dedicatoria. En cada vivienda los enfermos de amor dejaban la querella de su interrogación sonora. Valía la pena escuchar la dulzura de las voces que en la hora solitaria ascendían su queja por los balcones cerrados. Todo era hermoso y subyugante en aquellas escenas que, sin saber por qué, llenaban de felicidad los ilusorios corazones.

Acostumbrados a la diaria experiencia de las serenatas, siempre escuchábamos el tributo musical con halago y entusiasmo. Sentíamos una alegría contagiosa y romántica por el gesto de los hombres que malograban el sueño por cantar. En el pueblo de estampa colonial, de alumbrado escaso y soledad profunda, la misión de los peregrinos resultaba una verdadera hazaña de gesta. La decoración nocturna era impresionante. Calles sórdidas, terrosas, desiguales, con un farol a media cuadra doblado bajo el alero de tejas. Después, la obscuridad densa y temible del suburbio y el latido incesante y lastimero de los perros. Y por último, la obligada marcha a pie, el renunciamiento a la fatiga y el alborozo simple y ruidoso del juglar.

Pero una noche, la tranquila existencia del lugar se vió turbada por un insólito episodio de novela. No de otra forma podía clasificarse la actitud de aquel hombre que resolvía dar a la amada una serenata de costosa realización y trascendencia. El homenaje amoroso salía de los comunes hábitos locales, y provocó entre los contendores del oficio naturales gestos de envidia y desafío. En realidad, el acontecimiento lírico tenía una grata belleza de emoción humana. El motivo del ideal, el fervor de las almas, la dicha del destino estimulaban el valor de las supremas acciones. De allí que el extraordinario rasgo del caballero inflamado repercutiese en todas partes, y, desde entonces, las muchachas solteras esperasen con ansia todas las noches la llegada a los balcones de un idéntico tributo musical.

¿Cómo preparó el desconocido la ofrenda de su admiración sentimental? Los detalles de la empresa fueron arduos y complejos. Tuvo que contratar un buen boyero, cinco peones de fuerza y un viejo carromato campesino. Equipar el vehículo igual que una mundanza para transportar un hermoso piano de cola. Luego, obtener los servicios del mejor pianista lugareño y el permiso policial para garantizar la ceremonia. Así fué cómo sacaron de una casa solariega el pesado instrumento para llevarlo al distante lugar de la reunión. La ocurrencia galante costaba trabajo, tiempo y dinero. Sólo podía realizarla un moderno trovador que en la natural indolencia de la vida provinciana se atreviese a levantar el exaltado poema de su galantería.

Tirada por dos yuntas de bueyes, la carreta marchaba lentamente. Hacía una noche maravillosa, de brisa tibia y perfumada. En el cielo,

(Continúa en la página 65)

LOS CUENTOS GAUCHOS DE "MUNDO ARGENTINO"

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

CARBÓN

Algo que puede ser útil para la flatulencia, es el polvo de carbón que puede usted adquirir en la farmacia, tanto suelto como envasado. Haga un ensayo y es posible que deje de sufrir los dolores de que se queja.

Cdo. a "Negra", de Rosario.

• •

MALESTAR DE LOS OÍDOS

Si el malestar que le aqueja a su hijo no se le pasa con remedios caseros, debe usted recurrir a un especialista, que mediante una sencilla operación le extraerá la cera en ellos acumulada. Este procedimiento no es difícil ni doloroso, y su hijo quedará bien.

Si como nos dice en su carta, tiene exceso de cera en los oídos, su limpieza es de rigor. Sería contraproducente no hacer en estos momentos, en que se queja de ellos, la operación que forzosamente tendrá que hacer cualquier día.

Cdo. a "B. A. P.", de Cabrera.

ES DEBER DE TODA MADRE CRIAR A SUS HIJOS, SIEMPRE QUE CIRCUNSTANCIAS ESPECIALES NO SE LO IMPIDAN. ESAS MADRES QUE NO LOS CRIAN POR COMODIDAD, COMETEN UN ATENTADO CONTRA LA SALUD DE SUS HIJITOS. ESTAS MADRES DEBEN SER REPUDIADAS POR LAS VERDADERAS MADRES.

• •

PURGANTES FACILES

En cualquier farmacia encontrará usted purgantes fáciles de tomar para darle a su nena. Los hay preparados en tal forma que ni ella misma se dará cuenta de que el bombón que está comiendo es, precisamente, una dosis purgante.

Cdo. a "Señora Irene", de Rosario Tala.

VACUNAS

Tres vacunas son por lo menos necesarias contra las infecciones (cinco sería mejor): la vacuna antivariolosa, que se aplica a los tres meses, y después cada cuatro años, y que no debe aplicarse nunca durante la dentición. A los dos años el niño debe ser vacunado contra la difteria. A los cinco años le haréis tragar una píldora de bilivacuna antitífica.

Actualmente se administra también a los recién nacidos una vacuna llamada B. C. G. La B. C. G. es una raza especial de bacilos tuberculosos descubierta por Calmette, Guérin y Weil-Hallé. Estos bacilos, cultivados en medios apropiados, pierden la virulencia aun permaneciendo vivos, y pueden servir para la vacunación.

Calmette, con el aplauso de la mayoría del mundo médico francés, utiliza la B. C. G. para una vaccinoterapia preventiva antituberculosa aplicada al recién nacido. Esta vacuna ha de ser administrada por vía bucal durante los diez primeros días que suceden al nacimiento. Los resultados son alentadores, y esa práctica debería hacerse obligatoria. Entre más de 100.000 niños vacunados de 1924 a 1928, la mortalidad general sólo ha sido del 3,6 por 100, mientras que entre los niños no vacunados esta proporción, por el contrario, se ha elevado, en el mismo lapso de tiempo, al 18 por 100.

PARA LOS DIAS DE INVIERNO



En estos días de invierno en que no es posible enviar los niños a jugar a las plazas y los parques por la crudeza del tiempo y la falta de sol, todos los padres deberían proporcionales dentro del hogar juegos que al mismo tiempo que les sirvan de entretenimiento contribuyan a despertar en ellos la afición por los estudios, a fin de facilitar la tarea de las maestras encargadas de enseñarles.

No debe olvidarse que un niño que encuentra dentro del hogar un juego de su agrado no siente deseos de salir a la calle o al patio, exponiéndose a los peligros propios del invierno.

Además, y esto no debe olvidarlo ninguna madre, a la maestra es necesario ayudarla en la difícil tarea de la enseñanza, que no todos los niños aprenden con facilidad, unos por el escaso desarrollo de sus facultades y otros por ser reacios para el estudio.

• •

¡HAY QUE CUIDARSE DE LOS RESFRIOS!

He aquí algunos buenos consejos para las personas que ignoran las causas por las cuales suelen resfriarse con tantísima frecuencia.

Ante todo, para evitar los resfríos, es necesario no exponerse a los cambios bruscos de temperatura, y menos aún cuando el cuerpo, a causa de un violento ejercicio, está traspirado.

Es necesario, además, huir de las corrientes de aire, tan peligrosas que a veces resultan fatales, como asimismo no hacer comidas muy copiosas, ni hacer vida larga en habitaciones que no estén ventiladas convenientemente.

Otra cosa que debe tenerse muy en cuenta es la de no remover objetos cargados de polvo sin antes taparse convenientemente la boca y las narices.

No debe olvidarse que un resfrío puede llegar a ser fatal.

CONTRA EL HIPO

Esos ataques de hipo de su hijo puede usted combatirlos mediante el siguiente tratamiento:

Hágale que se tape los oídos con el dedo meñique de cada mano, hasta no oír nada, y que beba a sorbitos un líquido cualquiera que puede suministrarle usted misma o cualquier otra persona.

Ese es un remedio sencillo y eficaz. Pero la medicina casera también recomienda otro, que no tenemos inconveniente en transcribirle: consiste en lo siguiente:

Llénese un vaso hasta la mitad de agua; introdúzcase en él la hoja de un cuchillo y bébase el agua teniendo con la mano en el mismo sitio, sin moverla, la hoja del cuchillo. Se dice que inmediatamente cesa el ataque de hipo.

Esto mismo que le contestamos a usted lo hacemos extensivo a las demás madres: nunca está de más tener conocimientos para combatir pequeños malestares imprevistos.

Cdo. a "Madrecita buena", de Tapalqué.

DURANTE LOS PRIMEROS MESES, TODA CRIATURA DEBE SER CRIADA POR LA MADRE, AL PECHO. LA LACTANCIA MIXTA PUEDE VENIR DESPUES, CUANDO EL NIÑO YA HA CUMPLIDO EL MEDIO AÑO. ANTES NO ES CONVENIENTE EMPEZAR ESTE SISTEMA DE CRIANZA, SALVO CASOS QUE ASI LO EXIJAN.

ECZEMAS

Cuando, como en el caso a que usted se refiere, se trata de eczemas crónicas, puede recurrir a este preparado:

Gelatina	15 gramos
Frenctina	10 „
Goma arábiga	0.50 „
Glicerina	30 „
Agua hirviendo	30 „
Oxido de cinc	10 „
Fenosalil	0.20 „

Este preparado, eficaz por cierto, debe entibiarse por medio del baño de maría y aplicarse sobre la piel en la parte afectada por las eczemas.

Cdo. a "Mamá", de Coronda.

NO HAY *ser* HUMANO *más* ABNEGADO *que una* MADRE

En pleno idilio, cuando ambos enamorados parecían personajes de égloga, ella...

"PALOMA"

... cometió una imprudencia que puso una nota sangrienta en la blancura del romance.

PAPÁ! ¡Papá!... — se oyó la voz de "Paloma", que, en aquel instante, bajaba corriendo la escalinata de la casa. Una tupida glicina, toda en flor, le formaba dosel. Ya en el patio, la joven avanzó hacia su padre, visiblemente alegre con la noticia. — Papá, oye... Papá, oye...

—"Oyo", pues, mi hija... — contestó el anciano, entre impaciente y juguetón.

—¡Ahora no te digo!

—Ha de ser algo muy bueno... ¿A que adivino?... El potrillo que Laurencena me iba...

—¡No! — le interrumpió, contrariada, la joven. — No es un potrillo, es una persona... ¡No te digo!

—Ja, ja... Y yo, ¿cómo voy a saber?... ¡Una persona!... Será el "Ñato" Chumacera, que me prometió...

—¡Qué va a ser "eso"!... — protestó, ya impaciente, "Paloma", brillándole los ojos bajo la cabellera negra y ensortijada.

—El "Ñato" parece una persona también. Además, iba a traerme unos yuyitos para mi reuma... ¿Quién es entonces ese personaje?

—Te lo voy a decir, porque tú te burlas de intento... Es Ricardo Escudero, que llegó ayer de Buenos Aires.

—¡Ah..., el muchacho aquel!... — murmuró don Isidro, echándole a su hija una mirada de reojo. — Muy bien... — Y como si el asunto le interesara poco, cortó la conversación lanzando de nuevo un complacido pero terminante: — ¡Muy bien!

La joven se volvió con paso lento y mohino. Su padre quedóse pensando que no estaba ya lejano el día en que todo sería soledad en su corazón... El recuerdo de la esposa muerta y el presentimiento de la hija ausente... Porque aquel mequetrefe estudiaba en la capital, y se la llevaría... Hubiera deseado un agricultor como él, un fuerte trabajador, y que se quedasen para siempre los dos allí, a su lado. Y tener muchos nietos que saltaran y crecieran por aquellos campos, para irse sucediendo de padres a hijos...

Suspiró, la mirada sobre los trigales. Una bandada de tordos pasó volando, y le produjo la impresión errante de los que no tienen nido y no dejan huella...



—Nos haremos la ilusión —dice bromeando Ricardo— de que somos dos pobrecitos pescadores sin otro recurso que el lago para vivir y un automóvil para protegernos...

Niña!... Allí hay un mozo que pregunta por usté...

Era la "china" Rita, gorda, reluciente, parada en la puerta de la sala, con la mirada de sus ojos de bicho completamente azorada.

—¿Un mozo?... — dijo "Paloma", deteniéndose con una rosa en el aire, cuando ya la iba a meter con las demás flores en el búcaro. — ¿Y me busca a mí?... ¡Ah!

Y es lo que ocurre: el pensamiento de que un hecho debe acontecer nos obsede toda la mañana. Mientras tanto, vamos disponiendo la recepción. Todo está limpio y en orden. Los sillones con sus fundas inmaculadas; las cortinas caen con graciosa ondulación. En un ángulo el piano de cola, cubierto por floreado mantón violeta, con flecos de marfil. ¿Le gustará la música? Pues algunas piezas de Schumann o Albéniz..., y... ¿por qué no?..., alguna zamba criolla, esa que se titula "Los ojazos de mi negra"... Bueno, y ahora corramos a cortar un ramo de flores. Pero antes una miradita por el balcón...

Y ya hemos mirado diez veces. El camino, desierto... ¿Vendrá?... ¿No vendrá?... Para calmar la impaciencia, empezamos a ordenar en el búcaro las rosas amarillas, los claveles de fuego, los heliotropos de ardoroso perfume... Y ahora unos jazmines para apaciguar

NOVELA CORTA de ERNESTO MARIO BARREDA



tanta pasión... Y luego esta rosa. ¿Dónde la pondremos?... Aquí... Y de pronto: "Niña, allí hay un mozo..." ¿Un mozo?... ¡Ah!

La joven siente que toda la sangre se le agolpa al corazón. Luego las mejillas le arden como si tuviera fuego en el rostro. Atina a meter la rosa en el búcaro y quiere recoger las hojas dispersas sobre la mesa. Pero oye una voz en la misma puerta de la sala:

—Buenos días, "Paloma"...

—¡Ricardo!... — dice. Y después, avergonzada, se corrige: — ¡Escudero!...

Él avanza y se estrechan la mano. Se miran un momento y vacilan. Cuando él partió para la capital, cinco años antes, se dieron un beso. Pero ahora vacilan... Unidos de la mano, se miran ansiosamente. Los ojos celestes de "Paloma" brillan como violetas mojadas por el rocío. Brillan de tal modo, que Ricardo entorna los párpados. Lo hace como si guardara un tesoro dentro de sus pupilas. Lo hace lentamente, avaramente...

—Dime Ricardo, como me decías antes. Y háblame de tú... — murmura él, como deseando romper el ligero hielo de la ausencia.

—Bueno; siéntate aquí..., junto a la ventana, donde hace más fresco. Dame tu sombrero... — Accede ella de buen grado, con sonrisa cordial.

—¡Oh, no te incomodes!... Sí, aquí junto a la ventana se está muy bien... En cualquier lugar se está bien al lado tuyo...

Ella, con la diestra, hace un ademán como para detener ia efusión admirativa que ya ve desbordar. Y no logra sino poner en evidencia un encanto más de su persona: aquellas manos de diosa que, al moverse, parecen sembrar pétalos de jazmín sobre el mundo agradecido.

Don Isidoro fuma satisfecho, lanzando una mirada a su campo. Veinte años antes, cuando vino a poblar, era un desierto rojizo con grandes matas de pasto puna. No había allí con qué alimentar una oveja. Y ahora, la fila de carros cargados de trigo, al tomar el camino de la estación, parece una caravana. Pero él ha pagado con la fuerza de sus maduros años. Tiene ya sesenta y se siente cansado. Piensa en un sucesor...

Don Isidoro Fuenteclara es un hombre alto, grueso, de rostro ahora un tanto pálido. Viudo desde hace mucho tiempo, ha visto crecer a su lado y desarrollarse a su hija Esther, a quien llaman "Paloma" de sobrenombre. Es el único retoño del viejo lapacho. Un retoño en flor, que en breve cumplirá diez y ocho años. Y el padre se mira en sus ojos, como la nube de plata se refleja en las aguas transparentes de la laguna.

Don Isidoro ha terminado de almorzar y, sentado en un sillón de hamaca, siente que la hora de la siesta le penetra dulcemente. Dormita. "Cachafás" aprovecha esta circunstancia, y va limpiando las migas de pan que quedan en la mesa aún sin levantar.

—¡"Cachafás"!... — aparece Rita, tratando de apagar el timbre de la voz, para que el señor no se despierte. — ¡Yo te v'i a dar, indino!

El perro huye a esconderse en su casilla, pero el rumor ha despertado a don Isidoro.

—¿Qué pasa, Rita?

—Nada, señor...; es este perro mandinga, que no hay modo de corregirlo. ¡Vea, y lo ha dispertao nomás!

—Déjelo, si no hace daño... ¡Ejem!... Ya debe ser tarde...

—¡Ni las dos, señor! ¡Apenas ha dormido media horita!

—Está bien, tengo bastante... ¿Los muchachos dijeron que iban a volver?...

—Al anochecer, asigún malicio yo, porque van hasta la laguna...

—Sí, son más de veinte leguas... ¿Llevaron todo lo necesario?

—Yo misma les he preparao la canasta... y puse también los aparejos de pescar...

Don Isidoro queda un rato silencioso. Después arroja una mirada al cielo, y su rostro no parece satisfecho. El aire, tan azul por la mañana, comienza a cubrirse de una bruma ardiente y pesada. Algunas nubes flotan sobre el horizonte.

—¡Caramba!... Ese muchacho, después de cinco años, ya no se acordará de estas cosas..., y "Paloma" es seguro que ni siquiera... ¡Qué broma!

Deja las frases sin terminar, pero Rita comprende la inquietud del patrón. Los muchachos no iban a mirar al cielo para averiguar sus designios, porque ellos llevaban un cielo dentro de su alma. Un cielo sin ninguna nube de tormenta en el horizonte...

El día es caluroso, por eso se han refugiado debajo de aquel árbol solitario, de tronco nudoso, que crece a orillas de la laguna. Su copa los protege de los rayos del sol, mientras la brisa refresca sus mejillas. El automóvil, que han llevado hasta allí, agrega a su refugio ciertas apariencias de confortable sala, pues sus almohadones, echados sobre el césped, les sirven de asiento.

—Nos haremos la ilusión — dice bromeando Ricardo — de que somos dos pobrecitos pescadores, sin otro recurso que el lago para vivir y un automóvil para protegernos...

—¡Eso es!... — apoya "Paloma", aceptando aquella situación con la mejor buena voluntad. — Y la gasolina la sacábamos del mismo lago, cuyas aguas milagrosas tenían la virtud de convertirse en petróleo...

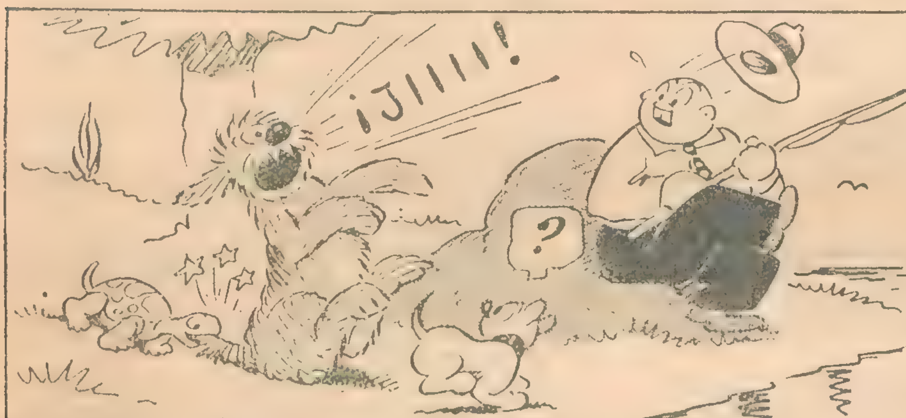
—¡Y en cerveza!... — agrega él, sacando dos botellas de la cesta providencial, llenada hasta el borde por la previsora Rita. Las metió en el agua y las puso a refrescar en una concavidad de la tosca.

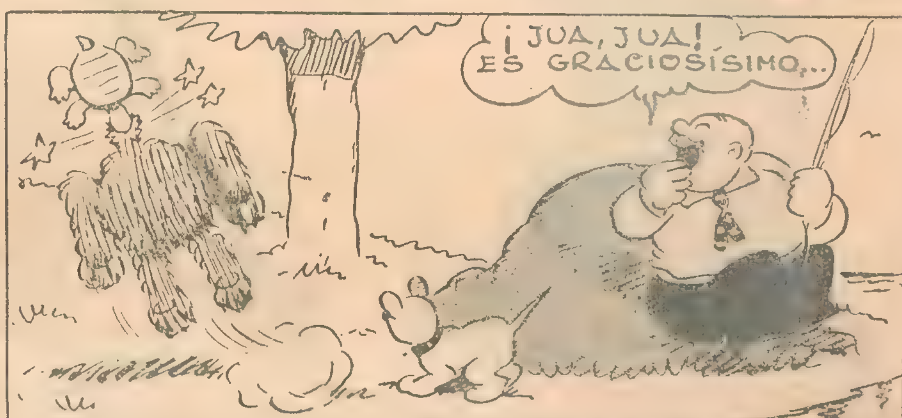
El día se deslizaba fugazmente. ¿Quién

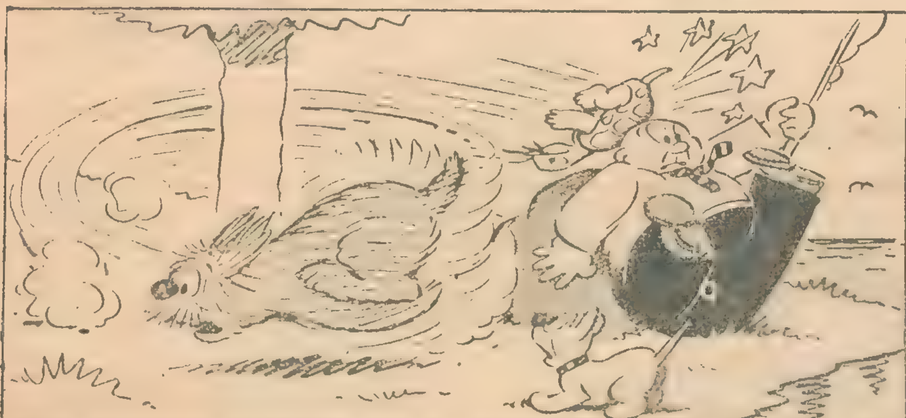
DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO













logró pescar la primera trucha? Fué muy discutido aquel punto. El premio era valioso. ¿Cuál era el premio? Ninguno de ellos lo aclaró bien, pero no admitía ninguna duda... Cayeron al agua los aparejos y el corcho flotó por largo rato.. De pronto, ambos sintieron como si bruscamente les llamaran del fondo de la laguna. Tiraron con azoramiento de pescadores bisoños. Hasta que aparecieron aquellos dos relámpagos de plata, prendidos del anzuelo y pugnando desesperados por escapar... "Paloma", de un tirón, logró lanzar sobre la playa su enloquecida presa. Pero Ricardo precisó de varias tentativas. Apenas hubo diferencia de cinco segundos, pero ambos se atribuyeron el triunfo. Discutieron, arriesgando argumentos sutiles. Por último convinieron en que, si bien la trucha de ella cayó sobre la orilla un poco antes, en cambio la de él era ligeramente más grande. Así, pues, la recompensa era mutua. Y ninguno se quejó de la recompensa.

¡Oh, sí! El día iba pasando vertiginosamente...

Al poco rato cambiaron de entretenimiento. Las truchas, por otra parte, debieron recibir algún aviso inalámbrico, porque ya no picaron más. Concluyeron por abandonar los anzuelos. Con la mirada fija en las oleadas mansas que jugaban en la playa, dejaron que la dicha bañara sus almas, mientras ellos, con las manos unidas, sonreían dulcemente.

— ¡"Paloma"!... — murmuraba él. Y ella entornaba los párpados. Suspiraron los dos. Se aproximaron. Hacía ya quince días que Ricardo llegara y el amor no cesaba de florecer en sus corazones. — ¿Me quieres mucho? — agregó por fin, enlazándole el talle. Ella lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos. Sus labios se alargaron, pero no se sabía si era para repetir la palabra "mucho", o para ofrecer su boca en un beso.

Él lo interpretó de las dos maneras...

El resto del día lo emplearon en corretear por la playa. Entre los juncales, las garzas picazas volaban en bandadas al rumor de sus pasos. Recogían los grandes caracoles verdinegros, que las olas depositaban sobre la playa. Una barca pasó al alcance de la voz, y su único remero les gritó algo que no pudieron comprender.

Pronto, sin embargo, tuvieron la explicación. Nubes sombrías, de un cárdeno amenazante, se acumulaban sobre el oeste. Corrieron hacia el automóvil, porque no había un minuto que perder. Ya la atmósfera se agitaba con una inquietud de ráfagas sueltas, precursoras de la tormenta, y aspiraron ese olor de tierra mojada que volaba en el aire. En pocos minutos el escenario había cambiado totalmente. Una gran sombra se extendía por el cielo, parecía ya próxima a caer sobre la tierra.

No hablaban una palabra. Ahora corrían a noventa kilómetros. El campo estaba desierto y el aire parecía el aliento de un horno. Roncaba el motor con furia renovada. Ricardo pensó: "Si aumento la velocidad, dentro de una hora estaremos en la estancia..." Y oprimió el acelerador. "Paloma" se sintió sacudida por la marcha vertiginosa. Miró el cuadrante y vió que la

(Continúa en la página 19)

ERNESTO MARIO BARREDA

Autor de la novela corta que se publica en este número

"PALOMA"

hace para los lectores de

Mundo Argentino

SU AUTOBIOGRAFÍA.



Nací en Buenos Aires. Mis dos primeros libros fueron ensayos de adolescente. Recién con "Talismanes" llegué a revelar personalidad. Apareció en España en el año 1908 este libro de versos, de cuyo contenido di una lectura en el Ateneo de Madrid, en sesión presidida por doña Emilia Pardo Bazán.

Ya de vuelta a mi patria, publiqué otros dos libros de poesías: "La canción de un hombre" (1911) y "Un camino en la selva" (1916). Entre uno y otro di a luz "Nuestro Parnaso", colección de poesías argentinas, en cuatro tomos, con notas biográficas y comentarios críticos (1913).

Mi primera obra de prosa se tituló "Las rosas del mantón"; impresiones de un viaje por España, recién publicada en 1917. A ésta siguió una colección de cuentos "Desnudos y máscaras" (1919) y otra de versos, "El himno de mi trabajo" (1921), laureada con un segundo premio municipal. Y entre ambas, una comedieta infantil, "Lucha de alas" (1920).

Mis últimos libros aparecieron en 1924. Eran una novela film, titulada "Una mujer", y otra colección de cuentos, "Baba del diablo". Desde entonces concreté mis actividades literarias a la constante colaboración en revistas y diarios. Fruto de esta labor son dos tomos de novelas cortas, dos de cuentos y uno de poesías, sin aludir a las notas de índole diversa, que bien podrían llenar dos volúmenes más.

En mi reciente viaje por Europa fueron traducidos al italiano varios trabajos míos. Entre ellos, la novela corta "Rueda Loca" ("Ruota Pazza"), que la crítica juzgó como uno "de i migliori racconti" de un escritor latinoamericano.

¡MI HIJITO CON BRONQUITIS..!

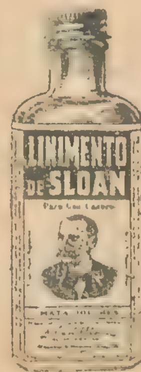
¡Qué maravilla encontrar un remedio inofensivo que le trajo reposo y sueño!

¡Cómo sufre usted cuando ve a su hijito enfermo! Casi tanto como él mismo, a quien la tos le mortifica el pecho y no le deja conciliar el sueño.

Si se pudiera dormir, el dolor le pasaría hasta que llegara el médico; por lo tanto, hay que calmar ese fuerte dolor.

Después de la fricción de Sloan, el sueño trae consigo la mejoría.

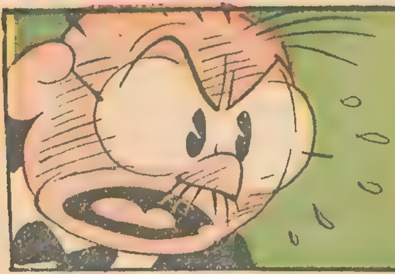
Lo más sencillo y eficaz es el Linimento de Sloan porque ayuda a la naturaleza en su acción de conseguir que el cuerpo humano elimine sus propios dolores. Dé una suave fricción de Linimento de Sloan en el pecho y en la espalda del niño o adulto; los resultados son casi inmediatos.



El Linimento de Sloan está acreditado por varias generaciones de uso y experiencia. La ciencia moderna lo sigue usando porque confía en su eficacia como los médicos de antaño. Identifique el frasco en su envase de cartón blanco con letras negras, en todas las farmacias.

LINIMENTO DE SLOAN

MATA DOLORES



DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO













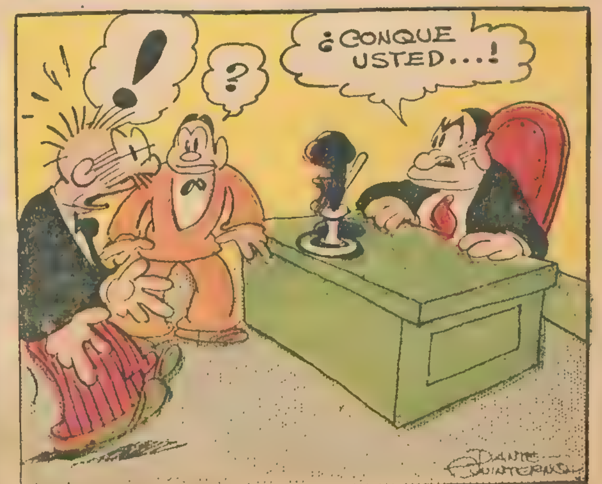












Paloma (Continuación de la página 16)

manecilla rebalsaba los 95, los 100, hasta llegar a los 109 kilómetros.

De pronto, la tormenta corrióse hacia el norte vertiginosamente. Les cortaba el camino. Nubes fulgurantes, pesadas, casi al ras del suelo, se agolpaban rodando delante de ellos. La ráfaga les envolvió con un rugido titánico. Ricardo detuvo la marcha, y ayudado por "Paloma", logró colocar las cortinas, después de una lucha desesperada. Se refugiaron en el interior. Una obsuridad asfixiante les envolvía. Sobre sus cabezas reventó un trueno espantoso. Y mientras todo el aire se incendiaba de trágica lividez, el diluvio se desató, se volcó del cielo con un fragoroso chorrear de catarata...

Las horas pasaban con lentitud. Hundidos en un bache, con el motor sumergido, no había nada que hacer.

—Papá nos ha de mandar a los peones — decía "Paloma". Él no sabía que íbamos hasta la laguna, pero Rita se lo dirá...

Quedaron en silencio. El agua caía siempre, pero con menor fuerza cada vez. La noche se acercaba. Empezaba a levantarse una brisa fría. Ricardo consultó el reloj y vió que ya era cerca de las ocho.

—Creo que nos faltarán más de diez leguas — dijo.

—¡Oh, más!... Pero papá nos va a mandar auxilio...

La obscuridad se hizo impenetrable. Empezaron a cantar las ranas, y un pájaro de las lagunas pasó gritando por la obscuridad. El agua había cesado de caer y salieron las estrellas. Ricardo quitóse el saco y lo echó sobre los hombros de "Paloma", diciéndole: "Tú te mojaste, ¿verdad?" Pero ella lo rechazó. "¡No! ¡No!..." Se estrechó a él y quedaron cubiertos los dos.

Las horas pasaban con lentitud. La luz del amanecer les sorprendió junto con un rumor inesperado. Cuatro peones de la estancia llegaban al galope fatigado de sus caballos.

—¡Anastasio! — gritó la joven.

—¡Niña, por Dios bendito! — respondió el puestero. — ¡Mire cómo los agarró la tormenta!... ¡Qué noche habrán pasado, don Ricardo!

—¡Un poco de frío, nada más!... — rió él.

Llegaron, a remolque de las yuntas, ya cerca de las doce. Don Isidoro, muy afligido, les recibió diciendo: "Linda diversión la que han tenido, ¿verdad?... ¡Qué desastre!"

Pero ellos no parecían de la misma opinión...

—¿No ibas a ir hasta las parvas, hijita?

—Sí, papá. Pero estoy esperando... a Ricardo... ¡Ahí viene! — prorrumpió, las pupilas encendidas por súbita luz. Y corrió al borde de la escalerilla. ¿Por qué has tardado tanto?

—Porque el malacara amaneció enfermo. Nuestro paseo a caballo se ha malogrado... Iremos en el "auto".

—Bueno, sí... — convino la joven de muy buena gana.

Al rato los dos se despedían. Don Isidoro los vió partir velozmente. Pensaban llegar hasta el monte de frutales y luego irían a contemplar la trilla.

El duraznal se extendía a través de cien cuadras. A veces las ramas se desgajaban al peso de tanta fruta.

Un peón ya les esperaba con una canasta llena. Bajo un sauce frondoso se pusieron a saborear la jugosa golosina. "Toma este durazno, que he mondado para ti..." — dijo ella. Él quiso comerlo de su mano, diciéndole: "No te extrañes, "Paloma", si te doy un mordisco. Habré confundido tus dedos con la fruta..." Y miraba las manos de la muchacha, más rosadas y mórbidas que la pulpa de los duraznos.

Eran tan grandes y ricos de jugo, que a poco se rindieron satisfechos. El peón se había alejado, y aquella soledad llena de árboles y pájaros cantores, les entraba en el alma como una embriaguez. Ambos se buscaron con los ojos y los labios. El beso de "Paloma" fué más sabroso que una fruta.

—Ricardo... — suspiró la joven. Sus ojos se entornaron con blando arrobamiento. — ¡Vámonos!... — agregó después.

Por la huella, durante un rato, serpearon entre la arboleda. De pronto apareció todo el cielo, una extensión de llanura y, al volver un recodo, allí cerca, la trilladora. En diez segundos estuvieron junto a las parvas. Descendieron. Los peones saludaron embobados a la hija del patrón. El dueño de las máquinas se acercó.

—Buenos días, Núñez... — dijo ella. ¿Parece que esto va ligero?

—Así es, señorita... Pero este año es tanta la cosecha, que se me hace que no vamos a concluir nunca...

Rió, festejándose su inocente ocurrencia. Los invitó a que vieran de cerca la faena. A Escudero le atraían el motor y las calderas. Quedóse conversando con los maquinistas. "Paloma", en cambio, quería contemplar la trilladora y aquellas espigas tan ricas en granos, de que hablaban su padre y el capataz desde hacía un mes. Estuvo presenciando la faena de trillar. Aquello le divertía. Como el peón le cediera su lugar, tomó ella un haz bien colmado y lo fué lanzando a grandes manojos. Reía, buscaba con la vista a Ricardo, para que la viera en aquella faena...

Pero las máquinas cumplen su labor muy seriamente. Ellas no hacen distinción entre un peón harapiento y una hermosa mujer. El peón, que sabe los riesgos de su trabajo, no se distrae. Una mujer enamorada, que busca con los ojos al hombre amado, que lo llama con gritos alegres, no debe acercarse a una trilladora. Es peligroso...

Cuando Ricardo, después de saciar su curiosidad, fué en busca de "Paloma", llegó en aquel segundo fatal. Vió a su amada sonriente, que con la diestra lo llamaba y con la izquierda arrojaba un puñado de espigas en la abertura de la máquina... Fué un relámpago, algo de vértigo, de horror inaudito... La boca sonriente se contrajo de golpe en un grito desgarrador, mientras los bellos ojos expresaban una espantosa perplejidad. Parecían interrogarle: "¿Quién me hiere, cuando estás tú allí, cuando te amo y soy tan feliz?..." Luego, convulsamente, la joven se retorció, se dobló sobre sí misma, logrando zafarse en un esfuerzo supremo, y dar unos pasos... La mano izquierda, horriblemente mutilada, se iba en sangre, teñía cálidamente de rojo la dorada alfombra de los haces de trigo...

El médico salió. La habitación estaba entre dos luces. Olor a desinfectante saturaba la atmósfera. La operación había sido delicada, para conseguir restaurar en lo posible los dedos destrozados. El cirujano, traído a escape de la ciudad vecina, realizó la operación con habilidad profesional y ternura de amigo. "¡Qué lástima de

(Continúa en la página 57)

Dos ANILLOS

Dos joyas equivalen a una acumulación de valores, pero...

...representan, en determinadas circunstancias, una acumulación de compromisos y de trágicas preocupaciones.

CUENTO
Por
FEDERICO BOUTET

IVONNE, por precaución, hizo detener su taxi, igual que otros días, en la esquina. El resto del trayecto prefirió hacerlo a pie, estremeciéndola el aire frío de la cruda tarde de invierno. Un leve temor que siempre le sobrevenía en estas visitas, también hoy se apoderó de ella. Y su aventura con Jacques databa ya casi de un año atrás. No obstante, era su primera aventura. Jamás hubiera pensado en que llegaría a engañar a su marido, hasta que conoció a Jacques Andry.

De cualquier forma recordaba que a su esposo, que le llevaba tantos años, nunca lo había amado. Jacques, en cambio, era tan comprensivo y tan delicado, que había sabido captarse su cariño de mujer ávida de afectos.

Ivonne franqueó un portal y, en la pequeña entrada de una planta baja, se detuvo. Unos golpecitos con los nudillos de su diminuta mano enguantada, y la puerta se abrió.

—¡Oh, querida; qué buena eres por haber venido tan pronto!

Jacques la abrazó y luego la guió hacia la bonita y elegante habitación.

Ivonne suspiró. Se sentía muy complacida; estaba a su gusto.

A un costado de la habitación una chimenea antigua irradiaba un calorcito agradable; la luz tenue y difusa; las rosas que poco a poco se iban deshojando; todo esto daba al ambiente un aspecto íntimo y confortable.

—¿Sabes, Ivonne, que eres muy bonita?

Ella se desembarazó de su abrigo y sombrero. Él la contemplaba cariñosamente. Era rubia y muy esbelta y en su belleza había una gran atracción personal.

—Querida —le dijo, —mañana es el día de tu cumpleaños, y...

—...

—No, hazme el favor de no protestar; sabes que era cosa resuelta. Tú me lo has prometido; sólo te pido que me digas si es de tu gusto, si es aquel que tú deseabas.

Al mismo tiempo le alcanzaba a Ivonne un pequeño estuche, el cual ella abrió.

—¡Oh, Jacques, qué preciosidad! ¡Qué bueno eres! Estoy encantada y he deseado tanto poseer una joya como ésta... He de apreciarlo aun más siendo un regalo tuyo.

Un anillo, un hermoso zafiro, bordeado de pequeños brillantes, centelleaba entre los delgados dedos de la joven señora. Ella se lo probó; la medida era exacta. Llena de alegría, Ivonne lo abrazó, pero, ¿podría ella aceptar de él un regalo tan valioso? Era demasiado. Ella no se animaba y así se lo hizo entender. Jacques se encogió de hombros.

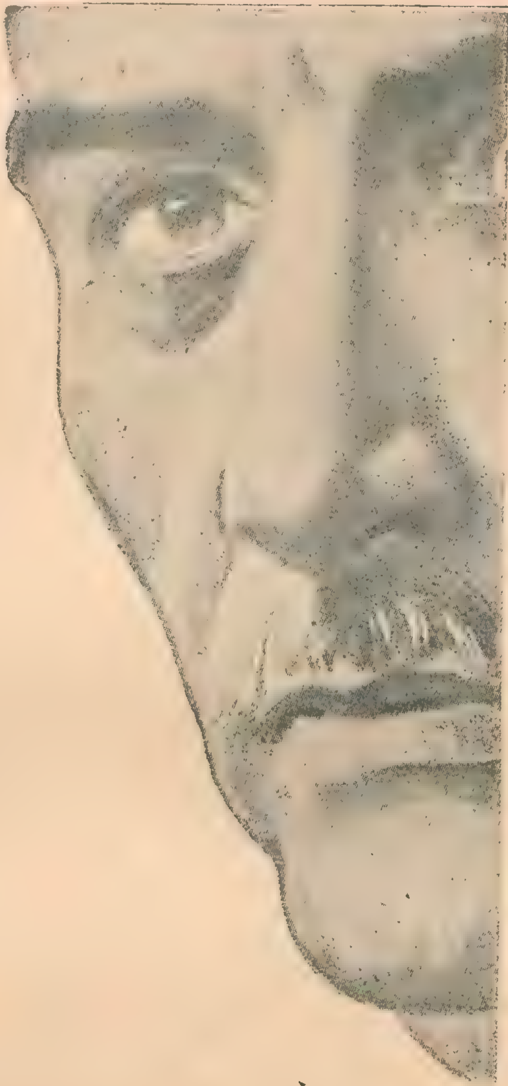
—Querida, no hablemos más de eso, ¿o acaso no significo bastante para ti, como para que no puedas aceptar el anillo? A tu marido puedes decirle que es un regalo de tu anciana tía, con la cual él no se habla. Me considero feliz al poder obsequiarte para tu cumpleaños con algo que te cause placer. ¿No es, acaso, éste el anillo que tú tanto ansiabas? Además, he elegido exactamente el mismo que tú me has señalado hace dos semanas en las vidrieras del joyero.

—Sí, es el mismo. Es exquisito y me causa mucha alegría. Mañana lo usaré... cuando venga a verte. Será mi mejor cumpleaños —le dijo Ivonne, sonriendo. Luego, cambiando súbitamente su expresión y tornándose pensativa, le preguntó:

—¿No crees que me estoy poniendo vieja? Ya cumplo los veintiocho.

Él reía, y la pregunta era verdaderamente ridícula, pues Ivonne irradiaba juventud y era la belleza misma, a pesar de sus años, que en realidad eran treinta y tres y no veintiocho como ella aseguraba.

—Jacques —dijo ella, —debo irme ya, pues mi esposo me espera para llevarme a la ciudad.



A pesar de esta resolución, Ivonne llegó esa noche recién a las 8.30 a casa; se sentía cansada, pero feliz, aunque algo contrariada por la perspectiva de tener que apurarse con su toilette.

—El señor la espera en la biblioteca —le informó la doncella.

Allá se dirigió Ivonne; su esposo, el señor Durant, la esperaba. Era éste un hombre de unos cuarenta y cinco años, obeso, calvo, y su rostro estaba adornado por una espesa barba. Vestía de etiqueta y leía el diario de la tarde.

—Me retrasé un poco, pero estaré lista dentro de diez minutos —dijo Ivonne disculpándose, y se disponía a retirarse.

Él no demostró preocupación alguna; estaba ya acostumbrado a que su mujer nunca llegase a tiempo. Mas, no obstante, la retuvo...

—Acércate, ¿quieres? —le dijo con cierta impaciencia. —Quiero hablarte...

Ella obedeció, no sin algún recelo.

—¿Puedes adivinar qué es lo que tengo en esta mano? —le preguntó, exhibiendo su enorme puño.

—Pues, francamente, no me lo puedo imaginar.

—¡Mira! Es el regalo de tu cumpleaños. No creas que me he olvidado de ti.

Y al decir estas palabras, le entregó un estuche idéntico al que recibiera de Jacques unas horas antes. El estuche contenía un anillo con un zafiro y brillantes; era una réplica del otro.

—Era éste, ¿verdad? —continuó el señor Durant. —A ti te gustó tanto cuando lo vimos en aquellas vidrieras del joyero, que resolví obsequiártelo. Mi deseo ha sido que tuvieras una joya de tu agrado.

—Te lo agradezco muchísimo —dijo Ivonne, encantada. —Eres muy bueno. Es precioso..., fíjate qué bien me queda; esta noche no lo quiero usar aún; recién mañana, en la fecha de mi cumpleaños. —Ella se acercó y él la besó en la frente.

—Me alegro, mi pequeña, de haber podido satisfacer un deseo tuyo —le dijo bondadosamente; —y ahora date prisa y ve a cambiarte si no quieres que nos retrasemos aun más.

Ivonne corrió a su habitación. Abrió su secreter y puso en él el estuche que acababa de serle obsequiado por su esposo. Luego extrajo de su bolso el otro estuche, colocándolo al lado del primero y, echando llave a su secreter, dió comienzo a su toilette. Tendría que apurarse, pues ya era tarde.

Estaba completamente satisfecha. Siempre había deseado poseer un anillo de zafiros y brillantes, pero una joya del valor de algunos miles de francos, cuya procedencia no habría podido justificar tan fácilmente, no podría llevarla con conocimiento de su esposo. Por otra parte, no deseaba llevar una joya de ese valor, recibida de su esposo, pues Jacques era muy



—Querida, no hablemos más de eso, ¿o acaso no significo bastante para ti, como para que no puedas aceptar el anillo?

celoso y habría sufrido mucho viendo tan evidente prueba de felicidad conyugal. ¿Qué podría haber hecho Ivonne? Tanto deseaba ese anillo, y las circunstancias sin embargo no la favorecían. No obstante, cierto día se le ocurrió cómo resolver tan difícil problema.

Hacía algún tiempo que Jacques había preguntado por la fecha de su onomástico, deseando saber también con qué obsequiarla.

Después de alguna oposición, ella había aceptado que él le regalara el anillo. Después de todo, era un hombre de fortuna y podía hacerlo. Al mismo tiempo se le ocurrió hacerse regalar un anillo similar por su marido.

Tanto Jacques como su esposo, al lucir ella la joya, la reconocerían como su regalo. A ambos les había señalado el anillo en la misma joyería. En esta forma tendría dos anillos; uno lo llevaría y el otro podría venderlo. Como gustaba vestirse con cierta extravagancia, se encontraba a veces en dificultades pecuniarias, las que solucionaría haciendo efectivo el valor de la joya. Ese había sido su plan, que ahora veía realizado, al poseer ambos anillos.

Satisfecha del éxito de su empresa, se dirigió aquella noche, acompañada de su esposo, a la ciudad.

A la mañana siguiente, encerrada en su habitación, Ivonne observaba sus zafiros. ¿Cuál de ellos era mejor, o quizá más bonito? Era difícil decirlo. Eran tan parecidos... Sólo daban la impresión que uno de ellos era más obscuro que el otro. ¿Cuál debía conservar?

Finalmente se decidió y colocó uno de ellos en su mano, guardando el otro nuevamente. Lo vendería cuanto antes, pues debía liquidar una cuenta pendiente con su modista, y, además, deseaba comprar una piel de zorro.

Dos días después, Ivonne se dirigió temprano a la ciudad. Eligió un bonito zorro y lo hizo enviar a su casa. Luego fué a una joyería, que le había sido recomendada por una amiga, que a su vez había vendido algunas joyas.

—¿Cuánto me daría usted por este anillo? —inquirió la joven señora, extrayendo la joya de su bolso y colocándola en manos del joyero.

El joyero examinó detenidamente la joya.

—No tiene valor alguno, señora. No compramos fantasías — le dijo.

Ivonne, casi fuera de sí, lo interpeló:

—Pero, señor, debe estar usted en un error; este anillo es legítimo.

El comerciante sonrió.

—Son piedras falsas, señora, aunque reconozco que son una muy buena imitación...

—¡Imitación...! —Ivonne temblaba.

—Sí, señora; ni el zafiro ni los brillantes son legítimos. Siendo del oficio, es difícil equivocarse.

Hubo un instante de silencio. Ivonne luchaba con todas sus fuerzas para conservar su calma exterior. Llena de odio guardó la imitación en su bolso, y se quitó el anillo que llevaba puesto, alcanzándoselo al joyero.

—¿Y este anillo? — preguntó, algo cohibida.

Él lo examinó, igual que el anterior.

—Este anillo es legítimo..., lo habrá pagado alrededor de cinco mil francos.

Ivonne agradeció la atención del joyero y se despidió. Estaba muy agitada y caminaba sin saber dónde dirigía sus pasos. Estaba indignada por la humillación de que había sido objeto. Llena de ira, apenas podía contener las lágrimas. Trató de serenarse, y reflexionó. Había sido engañada por uno de los dos. ¿Cuál sería, su marido o su amante? Uno de ellos la había despreciado tanto, que en vez de la joya legítima le regalaba una buena imitación, creyéndola tan ingenua como para no descubrirlo.

Jamás podría averiguar cuál de los dos le había dado la joya falsa, pues los estuches eran idénticos y los anillos, a su manera de ver, también. Inútilmente trataba de recordar; la víspera de su cumpleaños había dejado ambos estuches en el mismo lugar; el del esposo a la izquierda... no, a la derecha y el de Jacques a la izquierda. Pero de todas maneras no había pensado en diferenciar un regalo del otro, habiéndolos cambiado posiblemente varias veces de lugar. No... no era posible averiguarlo. Entonces trató de estudiar los caracteres de ambos hombres.

¿Era, acaso, su esposo un hombre avaro, quizá astuto o simulador? Ella no lo amaba, pero siempre lo había respetado. ¿Podía ella, acaso, reprocharle alguna cosa en sus seis años de vida conyugal? ¿Qué sentimientos lo guiaban hacia ella?

Y Jacques... Jacques siempre tan cariñoso, tan distinguido, tan atento. Jacques, que la amaba tanto..., ella siempre había tenido la convicción de que la quería mucho. ¿Habría él sido capaz de fingir apasionamiento, adoración y aprecio

(Continúa en la página 23)

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

★ **La mundana** me pareció eso que el día de los Inocentes no falta quien la haga; una inocentada...
a **Lectora número mil.**

★ Tu crítica de la película **Tango** me parece muy acertada. Por mi parte lo único que lamento es que hayan elegido para una película mala esa palabra que para nosotros es tan bonita.
a **Pill Lewis.**

★ Los dibujos puedes hacerlos en cualquier cartulina o clase de papel, con tal que veas que el lápiz puede marcar bien los rasgos. Sí; fuí yo el autor de ese artículo sobre **MARLENE** aparecido en "El Hogar". Muchas gracias.
a **Senny Ben Murat.**



MARIAN MARSH, por Celia Pizzorno, de Avellaneda 57 (Santiago del Estero).

GRETA GARBO, por Enrique González Arenés, de La Plata.

★ **EDWINA BOOTH** está tan enfermita y tan carente de dinero como tú supones. No entiendo bien el significado exacto de tu carta, aunque sospecho que me insinúas la posibilidad de que le hagamos una subscripción. Y eso no puede ser. Aquí, en esta página vivimos todos muy contentos y satisfechos. Hablamos mal de **GRETA**, bien de **MARLENE**, nos reímos de **MOJICA**, de vez en cuando damos lecciones de romanticismo, despreciamos con sólo dos palabras alguno que otro bodrio importado de Hollywood, creemos ¡oh, candor!, en el cine nacional y hasta sentamos cátedra de pintura. Pero en cuanto alguien viene hablándonos de soltar dinero, ¡adiós armonía!... Conque te aconsejo que no vuelvas a hacer esa clase de insinuaciones, que en nosotros no hallarán eco... ni fondos...
a **Sang King Ting.**



CLARA BOW, por Luis Sancho, de capital.

NORMA SHEARER, por O. E. Caussimon, de Avenida San Martín 4199. Buenos Aires.

★ Acepto tu amistad y tu propuesta para colaborar en la **SECCION ILUSTRACIONES**. Greta se encuentra actualmente en Hollywood aguardando que se reinicie la filmación de Cristina, que fué suspendida porque al parecer no encuentran galán joven que secunde a la sueca. Descartado **JOHN GILBERT**, ella pidió que actuase **RONALD COLMAN**, pero éste, en un gesto digno, no aceptó la oferta. Me parece muy bien. Desde chiquito **Ronald** tuvo muy buen gusto para elegir a sus compañeras...
a **Beatriz A. Pagliaro.**

★ Bienvenidos seáis al **Templo del Arte**, residencia oficial del espíritu de **MARLENE I, PATRONA** de la **SANTA CAUSA MARLENISTA**. No os escribo la carta en inglés, pues será inútil, ya que ella no se encuentra en Hollywood, y vano sería vuestro intento de obtener su foto. ¡Salud!
a **Dos villairenses.**

★ Tu lirismo no ha logrado conmoverme en lo más mínimo, hija mía. No olvides que **GRETA** es un ser humano, y que a la postre hará todo cuanto hacemos nosotros. Y hablando de postre, ¿te imaginas a la sueca comiendo un plato de tallarines que, según parece, le agradan mucho? Cierra los ojos y verás..., verás el tuco resbalando por la barbilla de **GRETA**..., verás su boca tremendamente abierta para abarcar la mayor cantidad posible de tallarines. Luego imagínate que la ves mientras duerme... ¡y que ronca! ¡Y verás entonces qué pocas ganas te quedarán de hacer lirismo con **GRETA**.
a **Sueño con ella.**

BARRY NORTON

por MANUEL CORTZ ARRIETA

Nuestro compatriota ha encontrado al fin quien lo dibujara fielmente. El autor de este hermoso trabajo vive en la calle San Martín 143, departamento de Las Heras (Mendoza), habiéndose hecho acreedor al premio acostumbrado de diez pesos moneda nacional.

★ Bajo el punto de vista cinematográfico **Mussolini** habla carece totalmente de valor. Y en cuanto a mi foto, tendrás que quedarte sin ella por haberme dicho que su vista te inspiraría para escribir. Que no me agrada la idea de fomentar la mala literatura...
a **Deese Antique.**

★ No conozco la película **Corsarios**, y, por lo tanto, no puedo facilitarte el dato que me pides. **FREDRIC MARCH** está casado con **Florence Eldridge** desde hace varios años.
a **Chiquita.**

★ Sigo sin dar mi permiso para que se denomine **SANTA CAUSA MARLENISTA** a esa sociedad formada por ustedes, que no sé quiénes son, qué antecedentes tienen, con qué fin la han formado, etc., etc. Necesito que me informen detenidamente o armaré un lío padre. ¡Qué embromar!
a **Tres rubias.**



GEORGE RAFT, por Leonardo J. Spessot, de Firmat.

CHESTER CONKLIN, por Ponciano R. Gallegos, de Deán Funes 1347 (Córdoba).

★ **ERIC LINDEN** nació en Nueva York (Estados Unidos) el 15 de septiembre de 1909. **LILLIAN HARVEY** en Londres (Inglaterra) el 19 de enero de 1902. **RAMON NOVARRO** (voy a tener que jubilarlo una de estas semanas) en Durango (Méjico) el 6 de febrero de 1899. **BUSTER KEATON** en Pigua (Estados Unidos) el 4 de octubre de 1895. **NORMA SHEARER** en Montreal (Canadá) el 10 de agosto de 1904. Cuando esa lectora me pidió la dirección tuya y de Domingo Cutri (¿le bajó la fiebre?) se la remití por correo. Tu conversión al marlenismo llena mi espíritu de alegría a pesar de que me espanta la sospecha de que si lo haces tal vez no sea porque nuestra patrona te agrade más, sino para ver si me conmueves y dejo de hacerte chistes... **La máscara de Fu-Man-Chú** me pareció regular, **Cabalgata** muy buena y **Tango** una pavada.
a **Ciro Accurso.**



WALLACE BEERY, por María L. Castiello, de 9 de Julio 679, Tandil.

GEORGE BRENT, por Rosa Megale, de General Acha.

★ Es absurdo suponer que tú y yo podamos enemistarnos por no tener las mismas ideas sobre **GRETA**. Si tanto te gusta la sueca, ¡buen provecho! A mí déjame con la alemana...
a **Protestante de Azul.**

¿De manera que porque representaste muchas veces en las fiestas de fin de curso del colegio ya quieres ser actriz de cine? ¡Vamos, nena! Tú me recuerdas a aquel señor que porque cayó al río y no se ahogó quería cruzar el canal de la Mancha. Tú tienes muy poca edad para eso. A los quince años apenas sabía yo que Colón era el descubridor de América y que a Belgrano le debíamos algo... Por eso te aconsejo que sigas estudiando y trates de aprender lo más rápidamente posible las tablas de multiplicar y dividir, que son las más difíciles, la geografía, la geometría y la instrucción cívica. Además, no olvides de llevar bien limpios, el jarrito y la pizarra... (Vale.) Dile a tu maestra que "adoración" se escribe sin "h".

a Joven actriz.

Este gobierno debe...

(Continuación de la página 3)

el privilegio de disponer de los puestos públicos, no habrá esperanza de mejoramiento para el Estado. Ni habrá posibilidad de reducir sus gastos, porque lo que interesa es conservar el numeroso botín, pensando en los periódicos repartos a cuyas expensas elaboran su prosperidad los políticos insensatos.

Lo mismo en el orden nacional que en el provincial está probado que cada vez que se trata de suprimir empleos los primeros que se oponen son los dirigentes situacionistas, porque eso menos les quedará para repartir. Así se explica el fenómeno de los abultados presupuestos, y de los gastos extraordinarios en acuerdos. Y así se explica la enorme deuda que pesa sobre el país, y que tendrá que pagar el pueblo.

EL ACTUAL GOBIERNO PUEDE Y DEBE ASEGURAR LA ESTABILIDAD DEL EMPLEADO

Con el mismo coraje sano y ecuánime con que proyecta perfeccionar la ley Sáenz Peña, está en la obligación de darle al país esa otra ley ansiosamente esperada desde hace veinte años.

Todo hace suponer que se trata de un gobierno que no ha hipotecado todavía su voluntad, que no tiene compromisos electorales con ningún partido determinado y que no tiene que responder a ningún caudillo, de sus actos.

Está por eso en inmejorables condiciones para sustraer el gobierno de la administración nacional, al imperio de los comités, significando de una vez por todas, que nada tiene que hacer la política en la regencia de los intereses inmediatos del Estado.

Una ley que asegurara la estabilidad de los funcionarios públicos, reportaría cuantiosos beneficios al país, entre los cuales se sumaría a los que ya enumerábamos, el de robustecer la educación cívica de nuestros ciudadanos, habituándolos a no confundir los servicios que el Estado les requiere, con los afanes electorales del partido a que pertenezcan.

FIN

Dos anillos

(Continuación de la página 21)

por ella, sin sentido? Quizá no habría esperado que ella pretendiera un regalo tan costoso.

Sus pensamientos se turbaban; ya no podía reflexionar; comprendía que jamás sabría la verdad, y ahora que trataba de comprender esos dos hombres, que compartían su vida, debió darse cuenta de lo poco que los conocía en realidad ¿Cómo saber la verdad? Debería ella correr el riesgo de preguntar a uno de ellos? Y en caso de ser aquél el inocente, ¿confesarle la verdad? No, prefería callar.

Sin darse cuenta, había llegado hasta la puerta de su casa, y mientras penetraba en la misma, reflexionaba: ahora vería a su esposo y mañana iría a visitar a Jacques..., un estremecimiento la sobrecogió; a ambos los odiaba ahora.

Jamás sabría quién de los dos la engañara; ya no sería la misma, tendría desconfianza..., sentiría desprecio por los dos.

FIN

Un manojo de cartas

(Continuación de la página 19)

juego cruel de pasiones y que no he de salir indemne.

Dentro de mi debilidad una energía me asalta. Al contrario de ti, si comprendo que alguien atenta contra lo que yo creo poseer, se despierta en mí un deseo verdadero de conquista y la reacción es tan violenta, que no sé hasta dónde he de llegar. ¡Quiera Dios que el camino esté libre, porque mis manos no temen las zarzas, ni temen los arañazos. No sé si me comprendes, porque apenas me comprendo yo misma. Mi orfandad es tan grande en este instante, que miro desesperada cómo se hunde más y más en los huesos este rostro querido que serenaba un poco mi existencia. Confío en que la he de salvar, y mi energía se acrecienta a medida que mi orfandad se hace más visible. Estoy sola por mi propia voluntad, pero comprendo que aún debo estarlo hasta poder interpretar el sentido del nuevo dolor que me aguarda. He clavado el puñal y en la herida lo hundo; cuando haya llegado al colmo del dolor, que es a veces el principio de la reacción de fuerza, jugaré mi orgullo, descubriré las armas e iré contra el enemigo.

Perdóname, Claudio. Debo estar enferma yo también. Perdóname por este desahogo en que se van sin medida mis palabras. Perdóname todo este angustioso gemir que sale de mi corazón atormentado por mil cosas amargas que me ciñen la garganta como un anillo prieto y que me van haciendo perder el manso pulso de mi vida.

Perdóname y reflexiona por mí, ayudándome a salir triunfante de este conjunto de cosas que tienden a doblarme cuando más erguida debo estar.

Hasta siempre

SUSY.

(En el próximo número se publicará la carta 23)

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Josefina y Ray son hermanos. Él acaba de salir de la cárcel y quiere regenerarse. Estando Josefina trabajando de enfermera en un hospital, traen a Braulio, que fué compinche de Ray, herido de muerte. Josefina va a su casa y se encuentra con que su hermano ha desaparecido. La joven se entera que está herido, según se lo comunica Merkle, que le ruega discreción. Josefina es despedida del hospital donde trabaja. En la casa de Merkle está Ray herido, y Josefina va y lo atiende. Llega Merkle y ordena que Ray sea llevado para su curación fuera de la ciudad, y le prohibe a Josefina que lo acompañe. Poco después ella trabaja en un restaurante y se entera que han asaltado el hospital donde trabaja y que se busca una enfermera pelirroja. Ella conoce a Jimmie, que es hermano de Pedro Holden. Al día siguiente, Holden se encuentra con el pesquisante O'Shea y le da la dirección del establecimiento donde trabaja Josefina. El pesquisante la detiene El detective somete a un careo a Josefina. Windy y Slivers, pero éstos dicen no conocer a la joven, y ésta afirma lo mismo, lo cual desconcierta a O'Shea. El abogado Holden desea que Josefina le confiese la verdad de lo que ella ha hecho; pero la joven dice que no puede revelársela. Pedro Holden le dice a Josefina que va a romper sus relaciones con Cristina, su novia, pues se da cuenta que a quien quiere es a aquélla, y ella se entera que éste le ha comprado un vestido a la acusada para que pueda presentarse en el tribunal. Holden recurre a su amigo Dager para entre ambos hallar la manera de salvar a Josefina. Esta se presenta, por fin, ante el tribunal que ha de juzgarla y el fiscal la abruma de cargos que parecen ilevantables.

EL FOLLETIN DE MUNDO ARGENTINO

Sendas



CAPITULO XXII

LOS días transcurrían con lentitud torturadora. Cada día, cuando Josefina llegaba al tribunal, presentaba un aspecto más y más rendido. Y exhausta como se encontraba, por las noches no le era posible conciliar el sueño sin que se le administrara un sedativo. Cuando, por fin, se dormía, soñaba con el enorme gráfico que estaba colocado en la sala de audiencias y que representaba el interior del departamento de la calle 210.

El primer día, al iniciarse el juicio, McGann había ofrecido el gráfico como prueba número 2. Diseñado con el arte de un experto dibujante, el gráfico señalaba todo el mobiliario del departamento, hasta la posición de la mesa plegadiza donde Windy y Slivers habían jugado a los naipes durante largas horas.

¡Cómo odiaba Josefina ese gráfico! Sobre un papel grisáceo los muebles habían sido pintados en rojo. Lo único que faltaba para hacerlo una obra de perfección era añadir la cama que la joven había hecho en el suelo, y Ray, tan gravemente enfermo, en la cama junto a ella.

Frío, acusador, parecía atraerla como un imán, pues la joven no podía quitar sus ojos de él. ¿Cómo habría hecho O'Shea para descubrir la mesa plegadiza? ¿Una casualidad? ¿O quizá la encargada lo habría dicho? ¿Habría ésta mentido hasta ahora e iría a cambiar su relato?

Después su mente volvía siempre a la narración de la coartada que ella debía decir. Ahora que sabía cómo abrumaba McGann a los testigos, un estremecimiento frío recorría su cuerpo ante el pensamiento de tener que soportar el fuego de sus terribles preguntas.

Hubo primero de todo: un empleado de farmacia que dijo haber vendido a la acusada productos medicinales la tarde del día siguiente de la muerte de Braulio. Si no hubiese sido tan extraño, Josefina se hubiera reído a carcajadas. El hombre tenía razón en todo, menos respecto a la farmacia. Dijo que ella había comprado las cosas en su negocio, no muy lejos del hospital, a la tarde siguiente al tiroteo. Pero ella había adquirido todo en el centro.

Cuando Josefina le dijo a su abogado que el farmacéutico mentía, aquél no la creyó, pues el farmacéutico creía sinceramente que estaba diciendo la verdad y hacía su relato con gusto, describiendo perfectamente el vestido de la joven.

—¡Pedro, por favor, créeme! Ve a la farmacia y trata de averiguar en qué horas trabajó. A lo mejor habrá tenido el turno de noche durante aquella semana de junio. Nunca en mi vida he entrado en esa farmacia.

Holden hizo lo que ella le pidió.

Averiguó que, efectivamente, el hombre había trabajado en el turno de la noche durante esa semana. Al ser interrogado, el infeliz se confundía lamentablemente. Por momentos, Josefina observaba los rostros de los jurados. ¡Máscaras inescrutables! No obstante, ¿qué estaría pasando bajo ese exterior aparentemente tranquilo? Josefina estudiaba a un miembro del jurado. Cada mañana, al ocupar su asiento, le sonreía a McGann. Una de las mujeres, pensó la muchacha, parecía muy simpática y humana.

Cerca de la terminación del quinto día, McGann invitó a Roberto Weinberg, el repartidor de hielo, a ocupar la silla reservada a los testigos. Era aquél un hombre alto, corto de genio, que dijo haber trabajado tres años en "La Mercantil Austral".

McGann comenzó su interrogatorio en forma lenta. Holden sabía que desde el principio sería tedioso. Podía adivinarlo por la forma de ataque del acusador. Transcurrieron más de cinco minutos antes de que aquél se decidiera a atacar de firme.

En su mano tenía algunos papeles: la prueba número 9.

—¿Usted dice que fué el día 10 de junio que vió a esta muchacha en el departamento de la calle 210, cuando fué a dejar hielo?

—Sí, señor.

—¿Cómo recuerda que fué en esa fecha?

—Por las anotaciones de la casa donde trabajo.

—¿Lleva usted cuenta de todos los repartos?

—No, señor. Esa era una llamada especial. Pidieron más hielo en esa casa porque tenían un enfermo.

—Señor juez — —dijo McGann, — en este mismo instante puedo ofrecer a usted como testimonio las anotaciones de "La Mercantil Austral" relacionadas con una entrega de hielo en ese departamento en la fecha ya citada. Si no me equivoco, es la prueba número 9.

Hubo objeciones de parte de Strayer. Pero fueron desoídas, y los apuntes pasaron al empleado encargado de revisarlos.

—Ahora díganos usted por qué está tan seguro de que la acusada es la muchacha que usted vió aquella noche en el departamento.

—Me llamó la atención el color de su cabello. Me pareció que era una mujer muy hermosa. Fué por eso que reparé en ella.

De la audiencia partieron risas contenidas. Un empleado golpeó las manos imponiendo orden.

—¿Cómo vestía la mujer?

—Un delantal azul, de percal. Yo solamente la vi de perfil al estirar ella los brazos hacia un armario.

—¿Dónde estaban los hombres?

—Uno de ellos, éste — dijo, señalando a Slivers, — estaba sentado ante la mesa plegadiza. Habían estado jugando a los naipes. El otro fué a la cocina y me pagó.

—¿Cuánto?

escabrosas

NOVELA De VERA BROWN

—Veinticinco centavos, y me dió la propina.

—¿Cuánto era la propina?

—Cincuenta centavos.

—¿No era esa una propina muy generosa?

—¡Naturalmente! Es por eso que la recuerdo.

Más risas del auditorio.

Al oírlo, Josefina experimentó la sensación de haber recibido un golpe. ¡Entonces el hombre había estado en el departamento! De lo contrario, no podía haber visto la mesa donde los hombres jugaban a las cartas. El control de la empresa distribuidora de hielo mostraba que la mercancía había sido pedida. Trató de hacer memoria. Recordó que en cierto momento les hizo falta más hielo y sabía que Windy lo había conseguido, pero no se le ocurrió pensar nada sobre el particular.

—Ahora, señor Weinberg, tendrá usted a bien bajar hasta aquí y señalarme en este gráfico el lugar exacto donde estaba parada la señorita Mordant cuando usted la vió.

Weinberg abandonó su asiento y fué adonde se le indicaba. Allí alguien le alargó un puntero.

—Yo estaba aquí, con el hielo, cuando la vi por primera vez. Solamente pude darle un vistazo al principio. Después de dejar el hielo, me di vuelta y ella todavía estaba allí. En aquel momento se me ocurrió pensar qué estaría haciendo allí con esas dos familias...

—¿Qué sucedió después?

—Ella se dió vuelta y se encaminó al dormitorio con algo sobre el brazo.

—¿Algo sobre el brazo?

—Sí; algo que había sacado del armario. Toallas o sábanas.

—¿Volvió usted al departamento a dejar más hielo?

—Sí señor.

—¿Vió usted a alguna de estas tres personas allí?

—A él, sí — afirmó, señalando a Windy. — Las otras veces que fuí la puerta del "living-room" estaba cerrada. Aquélla fué la única vez que estuvo abierta; por eso fué que los vi.

—¿Vió usted alguna vez un revólver en la casa?

—No, señor.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

Weinberg soportó bien el interrogatorio, aunque Holden luchaba lealmente. Había tenido miedo del empleado de la farmacia. Había creído que el repartidor de hielo mentía. Ahora estaba casi seguro que Weinberg decía la verdad. A una señal de Strayer, le permitió retirarse.

Le tocaba el turno a la señora de West. Era una mujer de edad mediana que no cabía en sí de gozo por la notoriedad que estaba adquiriendo como testigo del proceso Gaffney. La voz de McGann se tornó suave cuando empezó a hablarle. Josefina temblaba. La mujer la miraba fijamente.

—Esta vez deseo ofrecer como testimonio — comenzó a decir McGann — una fotografía que pertenece a los archivos policiales. Es de Teodoro Merkle.

—Quisiera saber por qué se presenta esta fotografía — dijo Holden rápidamente, poniéndose de pie.

—Si se me permite proseguir, le explicaré a usted sin pérdida de tiempo — le gruñó McGann.

—Prosiga — ordenó el juez Grant.

—¿Cuándo vió usted por primera vez a esta mujer? — Y McGann señaló a Josefina.

—En mi casa de departamentos, en la calle Minota.

—¿Cuándo?

—El 8 de junio.

—¿Cómo puede precisar usted la fecha?

—Por mis libros.

—¿Le alquiló usted un departamento?

—Sí, señor.

—¿Mantuvo con ella alguna conversación al respecto?

—Ella me dijo que lo quería para su hermano.

Josefina parecía una estatua.

—¿Su hermano?

—Sí, señor. Me dijo que ella no iba a vivir allí, sino donde trabajaba.

—¿Le dijo dónde trabajaba?

—No, señor.

—¿No averigua usted dónde trabajan sus inquilinos cuando alquila un departamento?

—Cuando los departamentos son difíciles de tener alquilados como ahora, no, señor.

Más risas del auditorio.

—Ahora díganos usted, señora de West, cuándo volvió a ver a la señorita Mordant.

—Al día siguiente de haberle alquilado el departamento.

—¿Estaba sola?

—No, señor.

—¿Quién estaba con ella?

—El señor Merkle.

Un murmullo de sorpresa recorrió toda la sala. Josefina estaba mortalmente pálida. Desde su asiento podía ver cómo Holden padecía.

—¿Cuándo identificó usted que ese hombre era Merkle?

—En el Departamento de Policía, cuando el señor O'Shea me mostró su fotografía.

—¿Es esa la fotografía que usted vió?

McGann levantó en su mano la prueba número 10.

—Sí, señor.

—¿Los oyó usted hablar?

—Una vez, al encontrarme en el vestíbulo esa tarde.

—¿Oyó lo que decían?

—Él la llamó "Rojita". Le dijo que era hermosa...

Otro murmullo recorrió la sala como el viento sobre las mieses.

—¿Alguno de los dos trajo equipaje al departamento?

—El señor Merkle tenía una valija de mano al llegar.

—¿Qué hora era cuando llegaron?

—Entre diez y media y once, más o menos. No me acuerdo bien.

Fué a esta altura que el juez Granh ordenó levantar la sesión hasta el día siguiente.

Y esa noche Holden no fué a la prisión a visitar a Josefina como tenía por costumbre.

CAPITULO XXIII

"LA PELIRROJA ES COMPLICE DE LA BANDA DE MERKLE." "SE ASEGURA QUE ES LA AMANTE DEL JEFE DE LA BANDA", decían los diarios, en primera plana, con caracteres verdaderamente fabulosos.

Mientras tanto, Josefina esperaba pacientemente hora tras hora la ansiada visita de su abogado. Mas su espera fué vana. En un estado terrible de excitación nerviosa, paseábase de arriba abajo en su angosta celda, no queriendo convencerse de que él no vendría. Las luces de las celdas habían sido apagadas

(Continúa en la página 50)



UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

CONSEJOS *para el* EMPLEO CORRECTO *del* POLVO *y del* ROUGE

DETALLES SENCILLOS, PERO IMPORTANTES QUE LA AYUDARÁN A MANTENER UNA APARIENCIA PROLIJA DURANTE TODO EL DÍA



Cuando cambie el tono del polvo, tenga sumo cuidado de constatar que el rouge armoniza en colorido.

ES mi deseo recordarles a ustedes los puntos esenciales necesarios para tener una apariencia prolija, sin tomar en cuenta el tipo, la edad o la condición de belleza.

En su lucha por conquistar belleza, no pase por alto la importancia que merece la atención a los detalles aparentemente pequeños, aunque sus problemas de belleza exijan rutinas diarias o semanales. Es cierto que no todas sufrimos de caspa, pero para las que poseemos esa condición del cuero cabelludo, existen modos correctos e incorrectos de remediar esa o cualquier otra condición que nos reste belleza, no importa cuán trivial o aterrorizadora nos parezca.

Si su melena es larga, mantenga siempre bien onduladas las puntas o peinadas en la forma que mejor le parezca, pero recuerde que una cabeza prolija constituye una gran atracción.

Permítame hacerle unas cuantas preguntas. ¿Está usted aprovechando en todo lo posible su verdadera personalidad? ¿Cuida en la forma que debe su cabello, su cuero cabelludo y su cutis? ¿Peina su cabello en la forma más sentadora? ¿Se aplica el maquillage cuidadosamente, de manera que realce y favorezca todas sus facciones? Si usted puede contestar a estas preguntas afirmativamente, resulta casi innecesario que prosiga con esta lectura, pero tantas de nosotras estamos predispuestas a abandonarnos un poco en nuestros hábitos de belleza, que creo que algunos consejos recordatorios resultarán muy útiles. No ignoramos que un comentario casual (o a veces intencionado) de otra mujer nos hace redoblar nuestro entusiasmo y esfuerzos. Comenzamos a examinarnos con ojos severamente criticones, y si usted es una de las personas que se preocupen realmente, analiza su toilette diaria, y la corrige para no continuar cometiendo errores.

La mujer moderamente bonita es quizá la más susceptible a descuidarse en cuanto a su belleza. A menudo está bastante satisfecha con su apariencia, su rostro, su cabello, sus manos, sus uñas, etc. Por otra parte, la joven o mujer cuya apariencia es corriente, presta mayores cuidados a su persona para realzarla y poder competir con las bonitas.



Los depilatorios y las lociones perfumadas ayudan a mantener una apariencia prolija y delicada.



¡Esto no es lo que ustedes creen! Para mezclar los polvos del rostro ponga los elegidos dentro de una cocktelera y sacúdala durante cinco minutos. Este es el único y mejor modo de mezclar polvos en la casa.



Las lociones para las manos desempeñan un papel importante en la belleza de la mujer. Deben usarse varias veces al día.

Imaginémonos que usted pertenece al tipo corriente y que no posee ningún defecto importante de belleza. De todos modos podrá desear mejorar su manejo de los cosméticos y saber cómo peinarse en una forma más sentadora. Todo lo necesario es saber que está prestando los cuidados debidos a su cabello y cutis.

Comience con un exámen de su cabello. ¿Lo cepilla todos los días? Tengo la certeza de que muy pocas de ustedes lo hacen, porque las jó-

venes modernas se sienten tontamente inclinadas a burlarse de la idea por considerarla anticuada. El cepillar el cabello siempre ha sido y siempre será uno de los mejores métodos para conservarlo hermoso y al cuero cabelludo en una condición sana. El cepillar obra sobre el cabello tan beneficiosamente como el ejercicio sobre el cuerpo, además de estimular la circulación, lo que normaliza la acción de los canales oleíferos.

Los shampús son una necesidad para la belleza del cabello. El enjuague con limón es espléndido para casi la totalidad de tipos y tonos de cabellos, porque remueve todo rastro de jabón, y el cabello queda más dócil al peinarlo. Los enjuagues con limón son de gran beneficio para las rubias, porque contienen vida y brillo al cabello y evitan que éste se obscurezca.

Si usted está luchando contra la caspa, le convendrá recordar que el cepillo, el peine y los forros de los sombreros deben estar inmaculadamente limpios; todo aquello, en fin, que esté en contacto con la cabeza. ¿Está usted peinada en la forma que más le sienta? Resulta divertido y de provecho peinarse de cien maneras diferentes hasta dar con "la tecla". Un peinado puede cambiar el contorno del rostro, su expresión, haciéndola aparecer a menudo años más joven.

Aunque no pueda verla con facilidad, no olvide que tiene una nuca que otras personas tienen oportunidad de observar detenidamente. Resulta muy importante con los sombreros que se llevan en la actualidad.

Ahora comentemos sobre los cosméticos. Muchas de ustedes desearán saber qué productos les conviene usar para su cutis en particular. ¿Por qué no consultan a la especialista de belleza del instituto en que se cortan el cabello, manicuran, etc., las que analizarán vuestro cutis antes de recomendarles preparaciones específicas? Las instrucciones para usar las distintas cremas y lociones deben seguirse al pie de la letra. Recuerden que el fabricante ha gastado dinero y tiempo en perfeccionar sus productos y en estudiar la mejor forma de emplearlos para que podamos obtener el mayor beneficio posible.

Cuando haya encontrado las cremas, lociones, tónicos y otras preparaciones necesarias para su toilette [illegible] ente su color. [illegible] qué polvos y rouge de mejillas [illegible] nen a su tipo. Yo encuen- [illegible] dos cajas de polvos [illegible] un tono que matice con el colorido de su cutis normal. Con la llegada de la primavera, cuando comience a obscurecerse levemente el cutis, mezcle un poco de los dos polvos, poniendo más del claro. Cuando la piel adquiera un tono bronceado más pronunciado, agregue más cantidad del obscuro. Al finalizar la temporada de verano, repita el procedimiento a la inversa; en esta forma tendrá un polvo que armonizará perfectamente con su cutis. Una pequeña cocktelera resulta ideal para mezclar bien los polvos y le facilitará la tarea.

Creo casi innecesario explayarme sobre la materia de deodorantes o preparaciones para la transpiración. Usted no ignora cuán importante es este punto para la delicadeza y prolijidad femeninas y por qué deben estar en todo armario en el cuarto de baño o en el cajón en la mesa de toilette.

Los depilatorios también son necesarios para una mujer realmente elegante y cuidadosa de su prolijidad. Pueden obtenerse en forma de polvo, líquido, pasta o cera. Todos son de igual efecto; su elección es cuestión de preferencia personal. Las intrucciones deben leerse y seguirse con atención.

A menudo se ha dicho que el baño diario es uno de los pasos básicos para la belleza femenina. Podemos hacer del baño una cosa de lujo o podemos considerarlo un ritual en nuestra vida diaria. Las sales y los jabones delicadamente perfumados confieren una nota agradable y reconfortante a esta parte tan necesaria en nuestra rutina de belleza.

Una vez más les repito: en su lucha por la conquista de la hermosura, no olviden estudiar y examinarse cuidadosamente y desde todos los ángulos. Recuerden que las pequeñas atenciones a [illegible], al peinado, a la colocación del rouge y a un sinfín de detalles aparentemente sin importancia, son los que tanto contribuyen a realzar la delicadeza, la prolijidad y el encanto de la mujer.

Una sirena...

(Continuación de la pág. 7)

Cuando el señor Rimmel se hubo mejorado y retornó a ocupar su puesto en la gerencia de "La Exportadora Universal", Banegas se presentó a él y después de estrecharle la mano efusivamente, le dijo:

— ¿Me permite usted una confianza, señor Rimmel?

— Diga lo que sea, amigo Banegas.

— Es que acaso le ofenda lo que voy a decirle. Por eso desearía que antes me prometiera usted no tomarlo a mal.

— No lo tomaré a mal. Diga usted.

— Pues..., lo primero que quería era felicitarlo. Tiene usted una esposa encantadora, envidiable... y digna de todos los elogios.

— Me satisface mucho que usted lo reconozca. Es así, en efecto.

— En segundo lugar — continuó Banegas, no sin cierto embarazo — quiere reprocharle a usted su conducta. Teniendo una esposa como ella, no debía usted inferirle el ultraje de posponerla a la "otra"

El señor Rimmel se quedó mirándole un momento; luego dijo:

— También tiene usted razón. Pero me es imposible abandonarla. Es para mí como una sirena que me atrae irresistiblemente; que me domina, que me transporta a mundos desconocidos. Comprendo que es una infamia lo que hago con mi mujercita, pero no puedo evitarlo. Soy un cínico, un perdulario, todo lo que usted quiera.

— Es que esa mujer no lo quiere a usted... más que por lo que usted le da. Estos días estaba furiosa contra usted. Lejos de compadecerlo por su enfermedad, vociferaba contra usted por la falta de dinero...

¡Pobrecita! — se compadeció sinceramente el señor Rimmel. — ¡Y tenía razón! Ella necesitaba dinero para vivir. Hágase usted cargo de su situación. No debí descuidarla. Escríbale en seguida. Dígale que venga, que ya estoy bien...

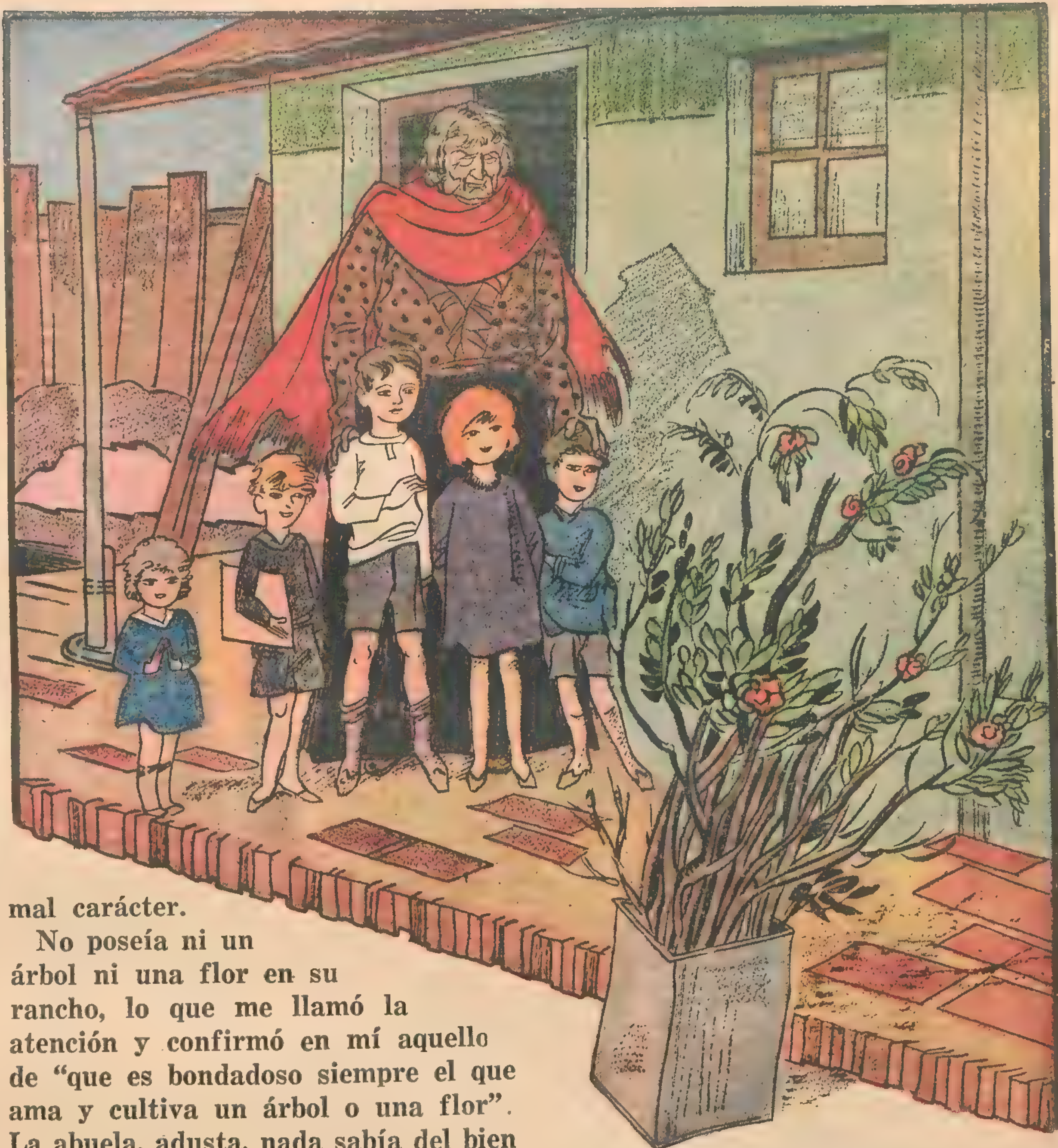
De haber podido jugarse el pan, no habría escrito Banegas aquella carta; pero no tuvo más remedio, y lo hizo lo mejor que pudo. Y a continuación de ella escribió otra para la señora de Rimmel, diciéndole toda la verdad con respecto a su marido. Pero pensó que con aquella carta sólo conseguiría llenar de amarguras y de sombras el corazón de aquella confiada mujercita, que merecía las mayores felicidades sobre la tierra, y la hizo mil pedazos.

Pero desde ese día su odio hacia aquella mala mujer fué tan grande, que cuando la sentía llegar, le volvía la espalda fingiendo no darse cuenta de su presencia...



Los Cuentos de MAMA NONA

Las Ramas Milagrosas



NADA hay más maravilloso y grande que la naturaleza. Os voy a contar el cuento de las ramas milagrosas.

Un poco apartados de la propiedad en que vivimos, casi en las afueras de la ciudad, hay una pequeña vivienda de gente pobre, a cuyas inmediaciones muchas veces fuimos a pasar la tarde llevando merienda para que Roque, Blas y los dos negritos sobrinos de Brígida, Miguelito y Donato, jugaran al fútbol con una hermosa pelota que Juan les trajo de su último viaje a Inglaterra.

Pues en cuanto llegamos a ese hermoso pedazo de campo natural, verde y solitario, llegan cinco niños, pequeños todos, muy maltrechos y en un estado de total falta de higiene. Les hemos llevado ropas y alimentos muchas veces, y siempre les hemos permitido compartir el juego con los otros niños.

Un día vino hasta mí Rulito, muy triste, y me dijo que los niños le habían referido que no tenían madre, que el padre trabajaba muy lejos y que sólo venía a verlos el domingo, trayendo parte de su jornal; que vivían con la abuelita, que era regañona y mala, que los castigaba duramente.

Para cerciorarme de la verdad llegué a la pobre vivienda y salió a recibirme, en efecto, una abuela que no tenía aspecto bondadoso.

Entreguéle algún dinero y entablé conversación con ella. Vi que en realidad los niños habían dicho la verdad. Porque me habló de castigos. Me permití aconsejarla que a los niños no se les debe pegar. Que si cometen errores y hacen travesuras, es porque son pequeños e irreflexivos. Pero la abuela tenía, sin duda alguna, muy mal carácter.

No poseía ni un árbol ni una flor en su rancho, lo que me llamó la atención y confirmó en mí aquello de "que es bondadoso siempre el que ama y cultiva un árbol o una flor". La abuela, adusta, nada sabía del bien de un árbol ni de la belleza de una flor; por eso su espíritu era frío y malo; por eso su mano se atrevía a levantarse sobre aquellas criaturas inocentes y rubias.

Un día le dije:

— Abuela; dejaré de ayudarla si usted no deja de castigar a los niños.

En la semana siguiente volvíamos, interrogábamos a los pequeños y los castigos seguían, invariables y diarios, tanto por una cosa grave como por una pequeñez.

Este hecho nos entristeció muchísimo. Yo ya pensaba en no volver más a aquel campo que servía de recreo a mis hijos y que tanto amábamos, pues los pequeños regresaban acongojados comentando el rasguño de uno o el moretón de otro de los pequeños huérfanos.

Sucedió, pues, el milagro. No me acerqué a la abuela en aquella tarde, y como ella debió esperarme en vano, casi al momento de retirarnos se aproximó a mí y me dijo:

— Como usted posee casa con jardín y, según creo, hay en él árboles grandes, y estamos en el momento de la poda, le pediría si me permite mandar a los niños para recoger las ramas.

Accedí gustosa. A la mañana siguiente allí estaban los cinco pequeños, como soldados, obedeciendo las órdenes de la abuela.

Los llevamos a la cocina; Brígida les sirvió un suculento chocolate. Comieron tortas y mermelada. Rulito y Blas les dieron una cantidad considerable de juguetes; yo hice un atado de ropas, y con los bolsillos llenos de chocolates y caramelos, cada uno de los pequeños alzó sobre sus débiles hombros un haz de leña y partieron.

Dos días después volvieron por el resto de la poda. ¡Qué tristeza honda se clavó en mi corazón! El mayor de los niños venía lastimado.

— ¿Con qué te ha lastimado la abuela? — le pregunté.

— Me castigó con una de las mis-

(Continúa en la página 65)

"Mundo Argentino" en Rosario





El embajador de Gran Bretaña, en el Golf Club de Rosario, acompañado de un grupo de personas de su amistad, en la terraza del club, comentando las incidencias del partido que le ha tocado disputar.

El embajador de Gran Bretaña, W. R. Macleay, durante el partido de golf que disputó en su reciente visita a Rosario, donde fué objeto de afectuosas demostraciones de simpatía, en ocasión de su regreso a Londres, cuya cancillería le ha dado otro destino.



Los señores Oxilia, Carlés, Torrente y Riensi, que participaron de la fiesta de esgrima que se llevó a cabo recientemente en el Club Huracán, y que alcanzó extraordinario lucimiento.



Conjunto de señoritas integrantes de los equipos enviados por el Club River Plate de Buenos Aires con el presidente del Club Huracán, señor Alberto Martin, en la inauguración de la cancha de basketball del mencionado club.



Concurrentes a la demostración ofrecida por la señorita María Lydia Porcel Chozas despidiéndose de la vida de soltera, fiesta en que reunió a un selecto núcleo de personas de su amistad.
Fotos de Flores Toledo

AUNQUE PAREZCA MENTIRA...

HASTA los DIEZ y SEIS MESES de EDAD, el MONO es MAS INTELIGENTE QUE EL HOMBRE



El chimpancé Gua y el niño Donald se pasean. Muchas de estas caminatas servían para comprobar el grado de entendimiento de ambos, siendo casi siempre el mono el que evidenciaba mayor inteligencia.



He aquí a los personajes del experimento hecho por el doctor Kellogg, idénticamente vestidos y listos para ir a dormir. Gua tiene aquí diez y seis meses de edad y ha alcanzado su máximo grado de habilidad. Donald tiene poco más de diez y ocho meses.



Los dos juegan juntos y las reacciones que tienen son idénticas. Ambos examinan los cubos de madera, los arrojan al suelo o los llevan a la boca. Obsérvese la actitud totalmente humana del simio al agarrar las maderas.

Hace poco más de un año el doctor W. N. Kellogg, profesor de psicología en la Universidad de Indiana (E. E. U. U.), dió por finalizado, junto con su esposa, un estudio que para ambos resultó interesante. Como punto central de sus investigaciones tomaron a su propio hijo Donald, una criatura de diez meses, y a Gua, un chimpancé de siete y medio. Ambos fueron educados por idéntico sistema, usaban las mismas vestimentas, ingerían el mismo alimento y eran sometidos en todo sentido a pruebas similares. Al cabo de ocho meses y medio de tan extraño experimento, el doctor Kellogg comprobó que el mono tenía más memoria que la criatura, mejor espíritu de cooperación y habilidad para asimilar las enseñanzas. Pero a partir de tal fecha, el chimpancé, que tenía diez y seis meses, fué perdiendo terreno, demostrando haber llegado al máximo de su habilidad para aprender, en tanto que la criatura progresaba.

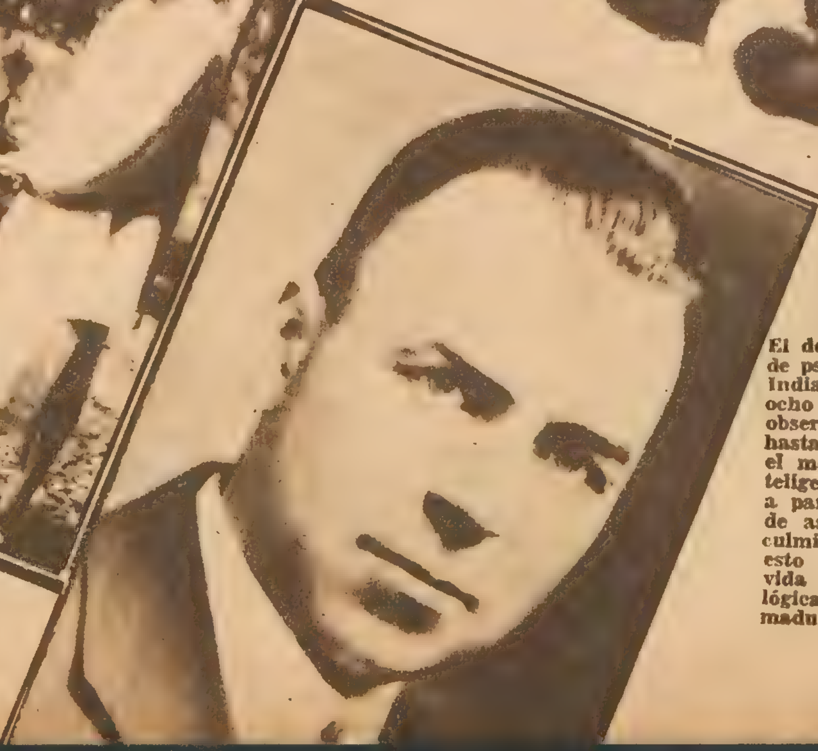
Donald y Gua denotan en las fotos que aparecen abajo los mismos síntomas de alegría, facialmente reflejada al sentir que les hace cosquillas. Nótese la idéntica colocación de los pies y las bocas ampliamente abiertas.







La esposa del doctor Kellogg se dispone a pasear a ambos en el cochecito. Cuando se hacían los preparativos, el mono era el primero en correr al coche, treparse y acomodarse en el lugar que le correspondía. Estos paseos formaron parte del interesante experimento puesto en práctica.



El doctor W. N. Kellogg, profesor de psicología en la Universidad de Indiana (E. E. U. U.), que tras ocho meses y medio de pacientes observaciones pudo comprobar que hasta los diez y seis meses de edad el mono es, en general, más inteligente que el hombre, aunque a partir de ese período su poder de asimilación llega a su punto culminante y no progresa. Atribuye esto al hecho de que, al ser la vida del mono menos corta por lógica que la del niño, alcanza su madurez con mayor prontitud.

El apasionante asunto del millonario d

Así quedó la sala contigua al dormitorio de la víctima después que ésta fué ultimada. Sobre la alfombra se ven esparcidas ropas y objetos que se guardaban en los muebles. ¿Es que el criminal buscaba documentos que le interesaban, o simplemente, para despistar a la policía, dejó todo en desorden? Acaso cuando estas líneas vean la luz ya se habrá aclarado el misterio y se conocerá el móvil de este crimen que tanto nos ha venido apasionando.

(Como puede verse en esta foto, el millonario vivía con lujo, aunque un poco anticuado, según lo evidencian los muebles y los picos de gas que utilizaba para la luz eléctrica. Los frascos de esencias que se ven demuestran también que era muy amante de los perfumes.)



En este cuarto de baño se lavó el criminal después de cometido el hecho y redujo a cenizas algunas prendas de vestir, según el análisis químico que se hizo de aquéllas. Esto evidencia que el asesino obró con tranquilidad, y que conociendo bien la casa, no quiso abandonarla sin antes borrar las huellas de su delito. Pero ¿por qué medios salió a la calle sin que la servidumbre lo notara?

(También el análisis químico ha demostrado que en este baño fueron destruídos un par de guantes y una carpetita de mesa, sin duda manchados de sangre.)

...o de ÁLZAGA



Aquí, en este lugar del dormitorio, fué hallado el cadáver del señor Alberto Ricardo de Alzaga con la carótida seccionada. Junto a las manchas de sangre se ven algunas cáscaras de frutas, que fueron comidas momentos antes de que ocurriera el asesinato. También aquí fué encontrado un cortaplumas con señales de haber sido usado para pelar la fruta. Acaso estuvo oculto en esta habitación el asesino, y como la espera fué larga, se entretuvo en comer algunas naranjas, pues la víctima no pudo haberlo hecho, ya que acababa de encender un cigarro cuando fué atacado por el criminal.





El 3 del mes actual, después de haber cenado en su casa de la calle Charcas, el millonario señor Alberto Ricardo de Alzaga se dirigió a su dormitorio, encendió un cigarro y se disponía a escribir unas cartas, cuando de pronto fué atacado por alguien que debió estar oculto en la habitación. Primeramente la víctima recibió varios golpes de puño tan violentos, que le hicieron saltar la dentadura postiza, y luego el atacante lo degolló. Sólo al día siguiente fué descubierto el hecho. La policía ha desarrollado gran actividad para descubrir al autor o autores del asesinato, y hasta el momento en que escribimos nada ha sido descubierto. La víctima no tenía enemigos, según se dice, aunque su temperamento era un tanto violento e irascible. Todos los miembros de la servidumbre fueron detenidos, como asimismo se tomó declaración a los parientes del extinto. Pero repetimos que el misterio continúa hasta este momento en que escribimos, si bien la policía se muestra optimista y espera desvanecer el enigma de este delito.

Una de las figuras que más han despertado la atención en este sonado asunto ha sido la del mucamo Alberto Nicolusei. Carece de antecedentes policiales y pertenece a una honesta familia residente en Mendoza. En sus declaraciones hubo algunas contradicciones que lo hicieron sospechoso; pero hasta el momento de escribir estas líneas nada se le ha probado.

RACING VENCE OTRA VEZ A RIVER



El centro delantero de River Plate, en el mismo instante en que entra en posesión de la pelota. Pese a que lo acosaba Bonelli pudo realizar un pase dando oportunidad a una incursión de su línea, que fué quebrada por la zaga del once de Avellaneda. Esta se debió emplear a fondo para evitar se cristalizaran en un tanto los intentos de los delanteros del cuadro perdedor.

En las proximidades del área penal Pompey se emplea en momento oportuno para evitar que Nolo Ferreira pueda entrar en posesión de la pelota e iniciar un avance para cedérsela a su compañero Bernabé Ferreyra, que se disponía a recibirla. Pompey evitó que se gestara el avance y fué uno de los halves que se lució durante el desarrollo del partido, que finalizó con la victoria de Racing por 3 a 0.





Barrera ha cabeceado la pelota en el sector peligroso de River Plate. Cuello se apresta a devolverla, mientras que a la expectativa permanece el insider Zito, que con sus hábiles jugadas contribuyó a que su cuadro saliera triunfante en uno de los partidos más importantes del actual campeonato, y que fué presenciado por cerca de 45.000 personas.



La popular artista Carmencita Lamas dió el puntapié inicial del cotejo. Es, pues, la primera mujer que inicia el juego en un partido jugado entre nosotros. La novedad fué comentada por los millares de espectadores que presenciaron la brega. El shot de la artista fué declarado nulo por el árbitro, puesto que ordenó que fuera ejecutado de nuevo como lo manda las leyes del juego. Hizo perfectamente, porque sino uno de los cuadros hubiera contado con un jugador más o, mejor dicho con una jugadora extra.



El segundo goal del match. Barrera enfiló un fuerte tiro, y ante el peligro que el mismo significaba, Bosio se arrojó para detener la pelota. Posiblemente engañado por la trayectoria de aquélla, se empleó a destiempo, pues no pudo detenerla y, en consecuencia, como el grabado lo muestra, la pelota siguió a enredarse entre las mallas de la red, decretando el segundo contraste de River.



He aquí a los tres centrales de Racing, que convirtieron los tantos. De izquierda a derecha Zito que hizo el último, Barrera, el segundo y Leoncio el primero. El terceto se entendió muy bien, y por eso la delantera del cuadro rindió labor efectiva, que se condensó en los goals señalados. Con ese score Racing se anotó sobre su calificado rival la segunda victoria en los tres partidos que han jugado durante la presente temporada.

SE LIQUIDA UN SILLON



Hasta el instante de cerrar el presente número de MUNDO ARGENTINO el Ministerio de Hacienda permanecía vacante. Ninguno de los candidatos con más probabilidades al cargo se decidía a aceptarlo, poco seguro de salir airoso en la muy difícil tarea de normalizar nuestras finanzas y sobrellevar la crisis que soporta el país y que tanto afecta al erario público.

LOS NIÑOS SANOS



Francisco Arnaldo Seco, de Cruz del Eje. Tiene cuatro meses y medio y pesa nueve kilos y medio. Criado con el peqho materno.



Roberto César Budeguer, de San Miguel. Su edad es de siete meses y su peso de once kilos. Criado con lactancia natural.



Mirna Elena Coria, de Añatuya. Su edad es de nueve meses. Pesa doce kilos. Criada con el pecho de la madre.



Norma Estela Gabotto, de Santiago del Estero. Tiene seis meses y pesa diez kilos. Criada con el pecho y "Germinase".



Luisito Eduardo Blarasin, de General Paz (Córdoba). A los siete meses su peso es de diez kilos. Criado con lactancia natural.



Dorita Catalina Fiorenza, de Rosario. Su edad es de cinco meses y su peso de ocho kilos. Criada con lactancia y "Germinase".

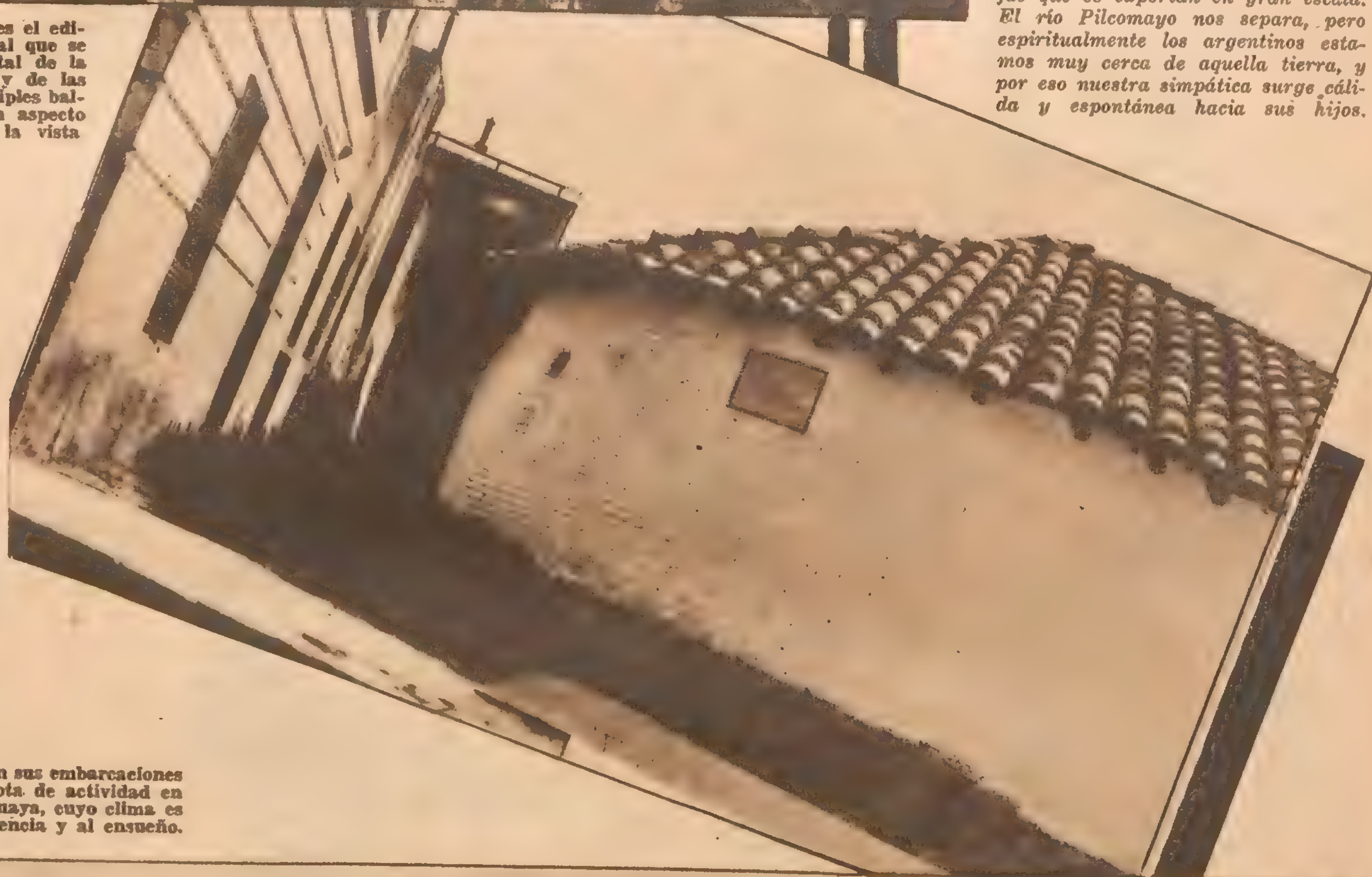
POR TIERRAS

Paraguay: Yerbales y mujeres morenas

La República del Paraguay es un pueblo geográficamente pequeño, pero de corazón grande. Tierra de vastas selvas y de mujeres pasionales, pronto se conquista el espíritu del viajero que llega con sus ojos curiosos a impregnarse de belleza. Sus famosos yerbales constituyen la principal riqueza de su fértil suelo, en el cual también se cosechan sabrosas naranjas que se exportan en gran escala. El río Pilcomayo nos separa, pero espiritualmente los argentinos estamos muy cerca de aquella tierra, y por eso nuestra simpática surge cálida y espontánea hacia sus hijos.



Simpático en su sencillez es el edificio del Congreso Nacional que se yergue en Asunción, capital de la tierra de la yerba mate y de las jugosas naranjas. Sus múltiples balcones dan al Congreso un aspecto franco y alegre grato a la vista

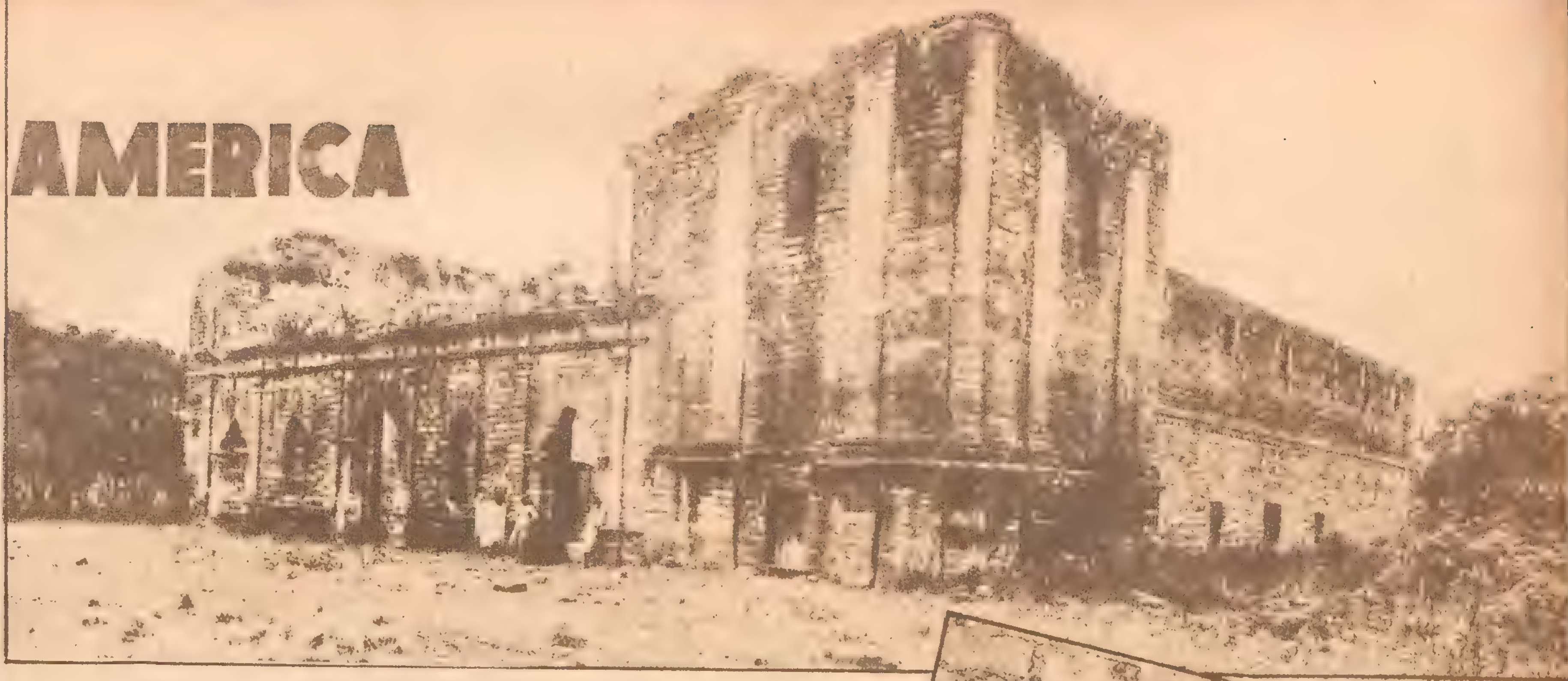


Desde este callejón histórico partieron la noche del 14 de mayo de 1811 los próceres de la independencia paraguaya. En la modesta vivienda de techo de tejas que aparece a la derecha se ha fijado una placa que recuerda a las nuevas generaciones ese episodio trascendental de la historia del heroico Paraguay.

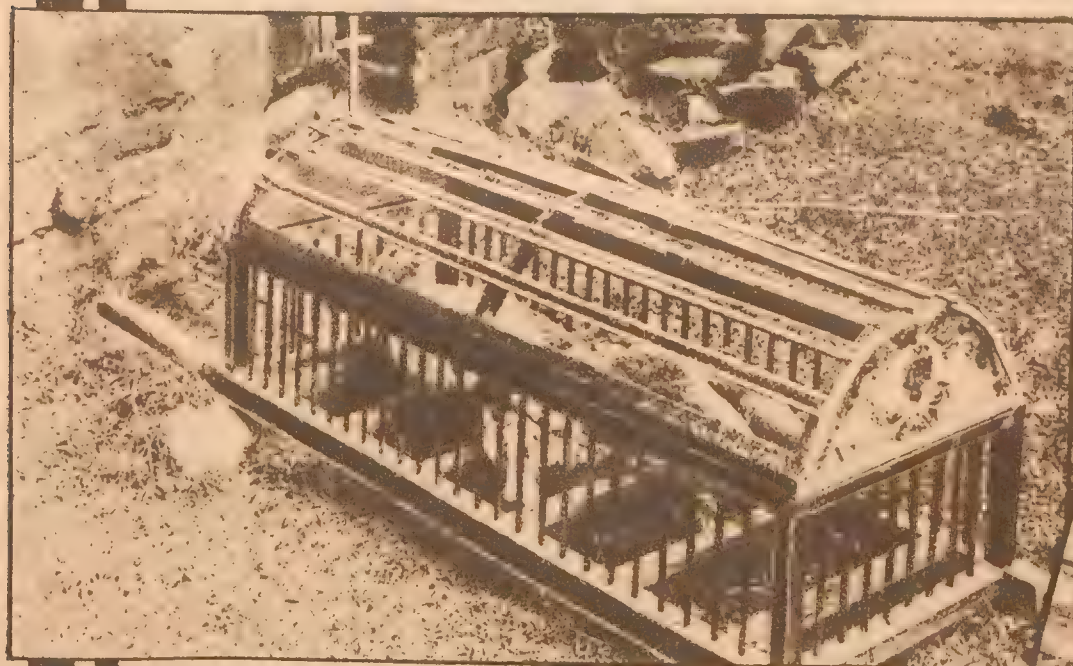
El puerto de Asunción, con sus embarcaciones y sus grúas, pone una nota de actividad en la cálida metrópoli paraguaya, cuyo clima es una invitación a la indolencia y al ensueño.



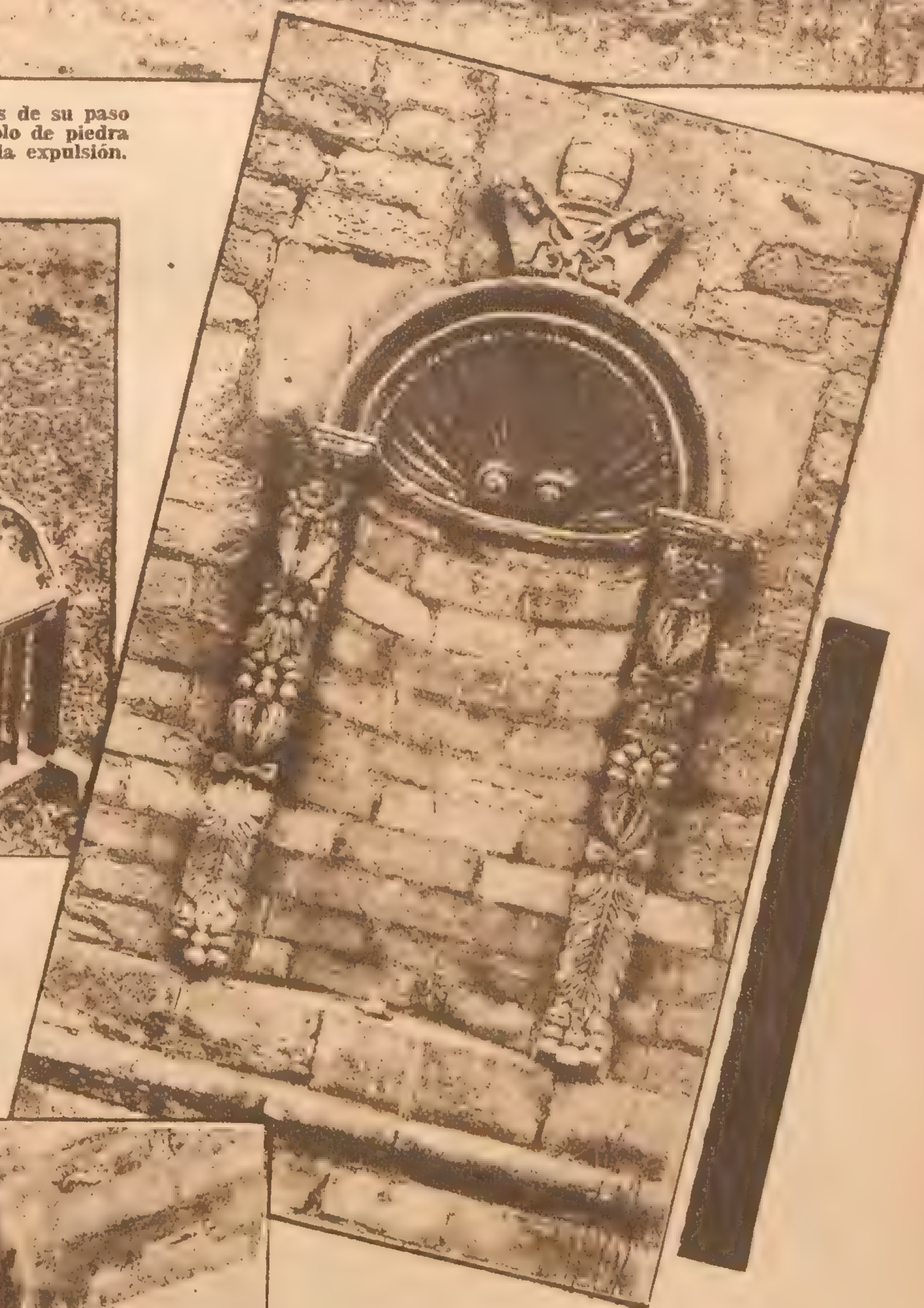
S DE AMERICA



En el año 1767 los jesuítas fueron expulsados del Paraguay. Huellas de su paso son estas ruinas de la iglesia del Jesús, pertenecientes al gran templo de piedra labrada que los religiosos estaban construyendo en el momento de la expulsión.



Está hecho con piedra caliza roja este Cristo yacente, que también se conserva entre las ruinas de la iglesia de los jesuítas. Se halla colocado en una especie de urna para ser llevado en las procesiones que se realizan en las festividades religiosas.



Una de las hornacinas del frontispicio de la iglesia del Jesús que pertenecía a los jesuítas. A pesar de los años, la obra conserva vestigios de su belleza arquitectónica y es en la actualidad una verdadera reliquia histórica de mérito.



Los indios guaraníes tallaron estas imágenes y atributos religiosos con un arte digno del mayor encomio, teniendo en cuenta que se trata de la obra de unos hombres que lo único que tenían era su intuición artística.

NOTAS DE LA CAPITAL



Concurrentes al banquete ofrecido al concertista de guitarra, profesor Ricardo Muñoz, con motivo del éxito obtenido en su conferencia "La guitarra argentina en el siglo XIX", que tuvo lugar en la Dirección Nacional de Bellas Artes.



El señor Juan Torrendell, en el Instituto Popular, en el momento de pronunciar su interesante disertación sobre "El renacimiento literario de Cataluña". Le acompañan en la presente fotografía, el embajador de España y el doctor Ibarguren.

La señorita Rosalba Aliaga Sarmiento, madrina argentina de la Bandera de la Raza, con el señor Enrique de Gandía, en la reunión celebrada en el Círculo de la Prensa con el propósito de constituir la comisión ejecutiva nacional.



Señorita Electra O. Cordobés, eximia concertista de guitarra, que alcanzó un brillante éxito en el concierto que ofreció hace poco en el salón La Argentina.



La señorita Cordobés, rodeada de un grupo de personas de su amistad, la noche en que ofreció el concierto, en cuya oportunidad le fué entregado un artístico pergamino como recuerdo de su destacada actuación.

Original CARPETA *al* PUNTO CRUZ



Esta bonita carpeta se ejecuta sobre una tela gruesa, de trama fantasía. Los cuadros se bordan alternativamente al punto cruz, con un motivo sencillo y delicado. Las hojas son verdes, y las pequeñas flores, en dos tonos de rosa y en azul y bleu. El centro de las últimas es en amarillo. Por supuesto, este mismo motivo puede aplicarse en otras labores, que como ésta, se caracterizarán por lo armoniosas y animadas.

Con Ramas de Arboles y Piedras se ha conseguido dominar al PARANA

Nota por CAMILO IBARRA GARRO

LA historia de los años primeros de las regiones argentinas pertenece, en buena parte, a sus ríos. Por las grandes arterias de agua penetraron los exploradores que tuvieron la primicia del contacto con los indios. En esas aventuras, el infortunado Juan Díaz de Solís fué el primer ejemplo de la hostilidad de los desnudos hombres color de cobre que habitaban estas nuevas tierras. Entonces las costas parecían defenderse tenazmente contra los europeos. El río fué el gran amigo de los conquistadores y se les entregó por completo. Desde el río se iniciaron muchas conquistas que por otras vías hubieran sido impracticables. Tal la historia, casi absolutamente fluvial también, de la conquita del Paraguay, aquí en Sud América, y del Canadá en el Norte, casos aun más elocuentes que los de algunas zonas de la hoy República Argentina.

El río condujo al hombre hacia las tierras hace varios siglos. Hoy los papeles son bien diferentes. El hombre, civilizadas las tierras, dueño absoluto de todo, creador de fábricas, obrajes, ciudades y ferrocarriles, defiende las tierras que ha conquistado al río. Y éste se las disputa ahora tenazmente, como si quisiera compensar al indio por su traición de antaño. Desde el río el hombre aguzó su inteligencia para conquistar la tierra. Hoy desde la tierra piensa y afina su ingenio para defenderla del río.

He aquí la forma en que se efectúa el tejido y entrelazamiento de las plantas acuáticas que constituyen el colchón, con el cual se ha evitado que el río continúe avanzando sobre la ciudad. El sistema, no por ser primitivo deja de ser eficaz.

También se emplea el mimbre del delta del Tigre para la fabricación de la obra de defensa que se viene realizando en Rosario.

Para preparar el hundimiento del colchón de juncos se van colocando las piedras, que pasan rápidamente de mano en mano de los obreros que realizan esa tarea.

Trescientas, cuatrocientas toneladas de piedra caen una a una, arrojadas por la mano del hombre, y el colchón se hunde definitivamente, a diez metros de profundidad, en las aguas del río.

En una isla frente a la ciudad de Rosario, impulsando el colchón de sauce y mimbre, ya terminado, pa a que una embarcación lo remolque hasta las barrancas.

Aquí tenemos las barrancas donde se efectúan las obras de defensa. Obsérvese que ya se ha realizado en parte la importante obra de enrocamiento.

LAS BARRANCAS DEL PARANÁ

El orgulloso Paraná, uno de los ríos más grandes del mundo, ha estado disputando al hombre, desde hace varias décadas, palmo a palmo, las costas que baña. Quizá hay algo de incomprensible en que el gigantesco Paraná haya elegido las riberas de la ciudad más grande que se encuentra en su trayectoria de varios miles de kilómetros. El río ha venido devorando, año tras año, las barrancas de la ciudad de Rosario, que en buena parte de su extensión de unos dos kilómetros y medio, ocupan las instalaciones de uno de los ferrocarriles más grandes del país: el Central Argentino.

Si hace cuatro siglos, cuando no existían las máquinas y el hierro era cosa muerta, los hombres blancos se apoderaron de la tierra utilizando el acero y hasta en algún tiempo los explosivos, hoy, en plena edad del maquinismo, el hombre da un gran contraste y defiende esas costas con sus propias manos, valiéndose de los mismos elementos que hallaría en la edad de piedra: ramas de juncos y rocas. Y esos hombres, sin embargo, responden al más moderno ingenio. No es la ocurrencia troglodítica. Es una inmensa obra manual que manda realizar el ferrocarril, que gasta varios millones de pesos sin que en la labor de lucha contra el río se mueva un tornillo, gire una rueda ni trepiden engranajes. Todo ello, hecho así sin más intervención que la natural del hombre y las cosas, es una larga obra de constancia para defender sus barrancas, con un sistema de protección en el que, como base, se emplean unos "colchones" realizados exclusivamen-

te con sauce verde y mimbre, elementos éstos que, sumergidos, tienen una vida útil de más de cincuenta años.

DESDE LOS TIEMPOS DEL "PAGO DE LOS ARROYOS" HASTA HOY

Cuando en 1725 don Francisco de Godoy fundó, entre el Ludueña y el Saladillo, el villorrio que [illegible]vo que llamarse entonces "Pago de [illegible] Arroyos", para transformarse con los [illegible] en la "ilustre y fiel ciudad del Ro[illegible]", no se hubiera imaginado que [illegible] después el Paraná, su gran amigo, [illegible] de pretender llevarse a sus aguas parte de la merced del capitán Romero de Pineda, o sea esa zona de costa alta donde hoy palpita el corazón de un gran ferrocarril y se efectúan las operaciones gigantescas del segundo puerto cerealista del mundo.

No es muy vieja la amenaza del Paraná, pues si bien hubo numerosas crecientes, éstas no tuvieron carácter grave en esa parte de la ribera. Recuérdase que en 1858 Rosario soportó la crecida más grande que se ha conocido. Y, sin embargo, desde hace unos quince o veinte años se ha ido manifestando el peligro de que el río fuera devorando, poco a poco, las barrancas, con el propósito de tragarse algún día la ciudad.

Parece ser que con la obstrucción natural de uno de los canales del río, las corrientes se desviaron para recostarse en las barrancas. Su acción fué socavándolas, produciéndose así sucesivos derrumbes, cayendo al agua muelles y pescantes y poniendo en grave peligro a los galpones de la ribera, los que hubo necesidad de desarmar. El río, inesperadamente, había iniciado una batalla contra el ferrocarril, el puerto y los elevadores. ¿Cómo vencer al gigante?

¡Hola!...

¿Con quién hablo?



ELVIRA. — ....*Me han gustado siempre.*

CARLOS. — *Se le conoce en la cara.*

ELVIRA. — *¡[illegible] rasgo!*

CARLOS. — *[illegible]... los labios, en las manos.*

ELVIRA. — *¡Adulador!*

CARLOS. — *Observador apenas. Mire, Elvirita, hay mujeres como usted que deben gustar de las flores. Usted es delicada, bonita, fina, inteligente...*

ELVIRA. — *¡Exagerado!*

CARLOS. — *Hay otras, en cambio, cuyos rasgos les denotan su inclinación a los perros.*

ELVIRA. — *¡Qué horror!*

CARLOS. — *A los hombres no se nos sospechan esos gustos.*

ELVIRA. — *Sin embargo, creo no equivocarme al asegurar que usted se inclina por las flores.*

CARLOS. — *Toda la vida. ¡Y qué magnífico sería respirar el perfume de flores que han sido suyas, que han estado en su habitación!*

ELVIRA. — *¡Caramba..., si usted quisiera!...*

CARLOS. — *¿Qué cosa?*

ELVIRA. — *Anoche, después de mi recital de piano, me obsequiaron unas canastas...*

CARLOS. — *Ya me di cuenta.*

ELVIRA. — *Si usted no lo tomara a mal...*

CARLOS. — *¿Qué cosa?*

ELVIRA. — *Le enviaría una, para su alcoba.*

CARLOS. — *¡No faltaba más, Elvirita! ¡Desprenderse de un obsequio tan querido para usted!*

ELVIRA. — *Con todo gusto, y me ofendería que me privara de ese placer.*

CARLOS. — *Si es así...*

ELVIRA. — *Ahora mismo le envío una con mi chófer...*

CARLOS. — *¡No tengo palabras para decirle mi emoción! Flores que han estado en su poder! ¡Será como respirar su perfume! ¡Qué cosa divina!*

ELVIRA. — *¡Por Dios, Juan Carlos!...*

CARLOS. — *Apenas lleguen le volveré a hablar, le contaré todo lo que me sugieren.*

ELVIRA. — *¡Hasta luego, entonces!*

. . . .

(Una hora después.)

ALICIA. — *Son letras que no se olvidan, Carlos...*

CARLOS. — *¡Tenía miedo que no la reconocieras! ¡He dudado tanto, antes de enviarte la canasta!*

ALICIA. — *Me imaginé. Confieso que desde esta mañana están las flores en tu casa. Se conoce que recién les habían rociado las corolas.*

CARLOS. — *¡Qué tontería hice! Es que te sabía tan enojada, que la duda era superior al deseo de que llegaran pronto a tu poder.*

ALICIA. — *¡Tontito! ¿Y cuándo nos vemos?*

CARLOS. — *¡Qué pregunta! Ahora mismo... Cuando tú quieras, tesoro..., tesoro que casi se me va...*

ALICIA. — *¡Querido! ¡Querido! ¡Qué perfume divino tienen tus flores!*

CARLOS. — *Anticipado perfume de besos...*

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

EL INGENIO HUMANO

El hombre encontró, sin embargo, una manera segura de dominar al río con sus mismos elementos. Trajo sauces verdes y mimbres nacidos en el delta del Tigre. Con ellos fabricó unos "colchones" en las islas frente a Rosario. El trabajo, hecho por numerosos operarios, se efectúa sin herramientas, a mano. Y nada más que tallos de plantas acuáticas llevan esa especie de balsas cuyas dimensiones varían entre 700 y 1.300 metros cuadrados. Para cada "colchón" o balsa se necesitan de 3.500 a 4.000 atados de sauce. Cada atado es de 35 a 40 centímetros de diámetro. Y como sería imposible botarlos al agua, su hechura se inicia en el río. Los hombres, con el agua casi hasta la cintura, realizan el entrelazamiento de las ramas; atan los haces de sauce con el junco y luego realizan un tejido cuidadoso. Desde que empiezan a entrecruzarse sauces y mimbres, la obra es mantenida siempre a flote.

Ya terminado el "colchón", cuyo tejido ingenioso y pulcro parece el de una tela vista por el microscopio, se le remolca hasta la barranca que se desea proteger. Chatas cargadas de piedras rodean esa obra acuática. Después de colocársele de manera proporcionada y cuidadosa grandes piedras, los sesenta o setenta hombres que hicieron esa labor manual durante una media hora, hacen abandono de la balsa, ya semisumergida a veinte o cuarenta centímetros. Entonces, desde todas las embarcaciones, cien o más trabajadores, simultáneamente, como poseídos por una furia inexplicable, comienzan a arrojar 300 o 400 toneladas de piedras de todo tamaño. El "colchón" se hunde a diez metros, más o menos, hasta que llega al fondo del río, donde queda firmemente empotrado. La tarea ha concluído; pero luego, al día siguiente, o a la semana después, se realiza la obra de enrocamiento. Desde la barranca hasta el lecho del río donde está el "colchón" de sauce y mimbre, se arroja una enorme cantidad de grandes piedras, hasta que el muro sube a varios metros arriba del nivel de las aguas. Esas rocas quedan aseguradas, firme y definitivamente, gracias a su base de esos tallos entretejidos, y no hay peligro de que las más impetuosas corrientes puedan moverlas.

DIEZ AÑOS DE LUCHA

La obra es lentísima. Hace tres años que se viene cumpliendo laboriosamente, y hasta ahora se han construido defensas en una extensión de unos 500 metros, o sea la cuarta parte de las barrancas del ferrocarril. Los ingenieros calculan que todavía hay trabajo para unos diez años y que las obras insumirán unos tres millones de pesos.

El ingenio humano se ha revelado una vez más. El río Paraná ha sido dominado. Nada más que manos, ramas y piedras ha necesitado el hombre para vencer al coloso. En la defensa de los inmensos silos de los elevadores, de las instalaciones valiosísimas de una notable institución de máquinas y de la moderna ciudad de medio millón de almas, la inteligencia humana ha tenido que retroceder, ventajosamente, a la edad primitiva.

FIN



Como se regresa de una aventura de guerra, o de amor, o de alpinismo, también puede regresarse de...

La AVENTURA de

TERMINADOS sus estudios y en poder ya de su flamante título de "doctor en medicina", Florentino Altarriba tuvo una humorada: la de ir a establecerse a un pueblo del interior, lo más lejano posible de la capital. Desde luego, no aspiraba a hacer fortuna, sino a formar parte de una sociedad nueva, en la que por su cultura y su profesión en breve podía constituirse en una de sus más destacadas figuras.

Pero ¿adónde se iría? Consultó las guías ferroviarias y comerciales, y se decidió, a ciegas, por Cangrejal. Allí por lo menos no había médico, salvo que la guía comercial estuviera equivocada. Además, según la misma guía, Cangrejal, a pesar de ser un pueblo de escasa importancia, reunía en su seno un núcleo de familias cuyos apellidos le sonaban muy bien. Pues el suyo, Altarriba, se sumaría a ellos, y al correr de los años acaso llegase a ser el primero. En último caso, de no convenirle vivir en aquel pueblo, buscaría otro, y otro después, y poca suerte había de tener si al fin no sentaba en uno sus reales definitivamente.

Dispuesto ya para su aventura, de pronto cayó en la cuenta de que un médico tan joven como él, y soltero, no iba a inspirar mucha confianza a los tranquilos vecinos de Cangrejal. Su mismo padre se lo advirtió:

—No debes irte hasta que te hayas casado, Florentino. Te lo digo por experiencia. No te mirarán bien ni se fiarán de tu ciencia. ¿Por qué no te casas antes?

—¡Pero, papá! — se defendió él. — Soy muy joven todavía, y, además de no tirarme el matrimonio, existe el mayor de los inconvenientes: que no tengo novia...

—Vamos, eso no es posible.

—Es decir, no tengo novia oficial con la que fuese capaz de casarme.

—Sin embargo, insisto, hijo, en que sería el único medio de ser bien recibido en Cangrejal..., o en cualquier otra parte. Piénsalo, consúltalo, y verás cómo tengo razón.

—Está bien, papá; lo pensaré...

Dos días después Florentino se presentó en el despacho de su padre para darle la gran noticia.

—Ya está todo resuelto, papá. "Nos iremos" a Cangrejal el jueves que viene.

El señor Altarriba abrió cuanto pudo los ojos, extrañado, y los clavó en su hijo.

—¿Qué es eso de que "nos iremos"? ¿Quiénes os iréis?

—Pues..., ella y yo.

—Y ella, ¿quién es?

Venciendo su cortedad, Florentino se lo explicó:

—"Ella" es una amiguita mía, a la que acabo de hacerle la proposición de irnos juntos, como marido y mujer... y ha aceptado.

—Pero... esa mujer... — objetó el señor Altarriba.

—¡Oh, no pases cuidado por ella, papá! Es una buena muchacha, a la que el destino arrojó a la calle. Yo la estimo mucho, y sé que no va a hacerme quedar mal.

—No es que dude, pero... Y el día que tú te canses de ella, o ella se canse de ti y tengáis que separaros, ¿qué dirá aquella buena gente? ¿Cuál será entonces tu situación? Te perderían el afecto que hayas sabido inspirar y tendrías que huir del pueblo sacrificando quién sabe hasta qué...

—Vamos, papá. Eso es ser muy pesimista. ¿Por qué ha de ocurrir tal cosa? Y si ocurriera un día, desgraciadamente, ya le buscaríamos remedio. Todo tiene arreglo en la vida, menos la muerte; tú mismo lo afirmas a cada momento.

—De modo que... pensáis iros tan pronto... ¿Y te vas contento, Florentino?

—Muy contento, papá. Quiero empezar a ganarme la vida; a ser hombre. Deseo ser admirado y estimado, y no creo que esto pueda lograrse sino en un pueblecito modesto, humilde, de gentes sencillas y honradas. En las grandes ciudades es poco menos que imposible abrirse camino. Ahí están Benavídez, y Cobo, y Lagrande, y Melville, por citarte algunos que tú conoces bien. ¿Qué han conseguido después de recibirse? Pues enflaquecer de hambre. Ya está por los suelos la profesión. Hasta el último de los padres aspira hoy a dar una carrera a sus hijos. Claro está que esto es digno de elogio; pero, ¿es que pueden vivir tantos médicos de la salud y del bolsillo del prójimo? Por eso yo he pensado irme afuera, y lo más lejos posible.

—Todo eso está muy bien, pero... Perdóname, hijo, que siga insistiendo sobre "ella". ¿Es digna esa mujer de compartir tu casa y tu compañía en ese ambiente nuevo que te propones conquistar?

—Sí, papá. Estoy seguro de no equivocarme. ¿No te he dicho ya que es una infortunada a la que el destino, encarnado en un mal hombre, arrojó al fango de la calle? ¡Si vieras cuánto se alegró cuando le propuse llevarla conmigo, en calidad de "esposa"! Figúrate, aunque sólo sea convirtiéndose en "esposa de ficción" se colma



Lolita y Florentino hacían una excelente pareja. Parecían como nacidos el uno para el otro.

la FELICIDAD

Un Cuento de Elena S. Muñoz

• • •

su gran sueño de toda la vida de encontrar quien la redima de su vida miserable. ¡Por agradecimiento ha de hacerme feliz, papá! Ya verás cómo es así.

—Dios lo quiera.

Al correr de pocos meses, el "doctor Florentino Altarriba y su distinguida "esposa", como les llamaba el periódico local en sus columnas, habían entrado a formar parte de la sociedad de Cangrejal. Desde el primer momento, lo más granado de ella le dispensó su confianza y su afecto.

No pudo estar más acertado Florentino cuando, para convencer a su padre, afirmó que "ella", Lolita, era una mujer digna de compartir su vida y su felicidad. En aquellos meses que llevaban juntos le había deparado muchas satisfacciones; se había congraciado con las familias más destacadas y, por reflejo, lo había hecho congraciarse a él. Gracias a ella, tan espiritual e interesante, su casa era a menudo visitada por las señoras y las niñas de más renombre; y muchas noches, cuando no estaban invitados a participar de una tertulia en casa del delegado, o del acopiador, o del cura, se reunían en la de ellos desde el modesto oficial de policía hasta el hacendado más remiso e insociable.

—A la casa del "doctor" puede irse con los ojos cerrados — solía decir alguna mamá. — Yo dejo a mis chicas con toda confianza. El doctor es un caballero simpático y su esposa un ángel del cielo.

—Hacen una excelente pareja — decía otra. — Parecen nacidos el uno para el otro.

—¡Y cómo se quieren! — afirmaba una tercera. — ¡No hay más que verlos!

No había más que verlos, en efecto. Vivían en medio de una felicidad envidiable, sin acordarse de que sus vidas no estaban unidas por ningún lazo, como no fuera por aquel sincero amor que se profesaban. Se habían identificado tanto el uno con el otro, que no era aventurado predecir que habría de costarle un gran esfuerzo separarse, el día que por su desdicha tuvieran que hacerlo. Pero, ¿llegaría ese malhadado día?

A pesar suyo, Lolita dió inesperadamente en pensar que aquella felicidad que la rodeaba no era una felicidad legítima y que para mayor dolor suyo, ya se había prolongado demasiado. Era verdad que Florentino la quería y la respetaba, y que en la sociedad de Cangrejal ocupaban un puesto de primera fila, pero... Eso no era bastante. Cada vez que la llamaban "señora de Altarriba", al mismo tiempo que sentía una gran alegría en el corazón, una pena no menos grande se la ahogaba en seguida: "¡Señora de Altarriba! — pensaba. — ¡Qué hermoso es sentirse llamar así! Pero, ¿durará mucho todavía esto? ¿No será sólo un sueño de que tendré que despertar un día para morirme de dolor?... ¡No quiero pensar en lo que ocurrirá el día en que la fatalidad descorra el velo de nuestra situación! Estoy segura de que todas estas señoras dignas, que me consideran tan digna como ellas, se sentirán morir de vergüenza al pensar que han compartido su amistad y su confianza con una mujer sin nombre y con un pasado negro..., ¡a la que hasta han llegado a confiarle ciegamente sus hijas!... Si yo me atreviera, le diría a Florentino que formalice nuestra situación. Si está contento de mí y me quiere, que no lo dudo, no tendrá inconveniente. Y no tendría que arrepentirse jamás de hacerlo, porque yo, a pesar de haber sido "una mala mujer", según la opinión de los perversos, pero "una mujer desventurada", según mi conciencia, le he querido y respetado siempre, y seguiré queriéndolo y respetándolo aunque él me desprecie o me abandone."

Hacía una pausa en sus meditaciones, y, para fortalecerse, terminaba por decirse:

"Después de todo, ¿qué necesidad hay de que me dé legalmente su nombre? ¿Acaso los verdaderamente casados son más felices que los otros? No; ¡al contrario! Ese lazo, esa cadena, a veces es causa de las mayores amarguras y de las más indignas falsedades. No; mejor estamos así: él por no perderme a mí, si me quiere, y yo por no perderlo a él, que lo quiero tanto, procuraremos siempre comprendernos y complacernos."

Sin embargo, en las horas de las comidas y en otros muchos momentos de su vida íntima, Lolita sentía asomarle a los labios aquellas palabras que deseaba tan ardientemente decirle, y que no se atrevía a pronunciar. Y en su mente tenía lugar entonces esta escena, que se repetía frecuentemente: "¿Estás contento de mí, Florentino?", le preguntaba ella cruzándole el brazo por el cuello, y él le respondía, besándola en la frente o en los cabellos: "Mucho, como no lo hubiera estado seguramente con ninguna otra mujer."

(Continúa en la página 47)

Señorita: ¿Sabe USTED REALMENTE DONDE está su ENCANTO?

Consideraciones sobre el arte del peinado

POR SARA REYLES



Si tiene cuello largo, déjese el cabello bajo y péineselo así.

Si sus pómulos son prominentes, traiga el pelo alrededor de la cara, y se la hermoseará.

Si su cara es muy delgada, abulte el cabello en los costados por medio de suaves rulos.

Si quiere aparentar menos edad, cubra sus orejas para dar al rostro esta expresión.

El cabello lacio y de líneas severas da una expresión de dureza de mujeres de negocios.



El encanto de Lupe Vélez está, como puede verse, en lo originalidad de su peinado.

Todas las mujeres gustan de cultivar sus encantos, pero muy pocas son las que saben lograrlo, por la simple razón de que ignoran en dónde están radicados. Es así que ponen toda su atención en la silueta, o el busto, o los ojos, cuando en realidad está en el cabello. En efecto, se ha llegado a la conclusión de que en el peinado es, hoy día, donde la mujer debe buscar su atractivo. En esta nota se hacen muy acertadas consideraciones sobre tal cosa.



Jean Harlow, que mucho ganaría en belleza si se obscurceciera el cabello en lugar de usarlo platinado.



A Helen Hayes sí que le sentaría bien un cabello de tonalidad clara.



No creyó nunca Bárbara Stanwyck en la importancia del cuidado del cabello y esto le ha valido muchas y acerbas críticas.

La queja continua de las mujeres, cualquiera que sea su edad, de que no pueden arreglarse los cabellos, se ha convertido en algo patético desde que los sombreros han comenzado a sufrir variaciones.

Cuando no puede permitirse el lujo de ir todos los días al peinador o no tiene una mucama experta en el arte de arreglar los cabellos, la joven de 1933 se siente incómoda frente a las miradas de las demás.

"Pero la razón de que la mujer de hoy día no posea una hermosa cabellera, es únicamente porque no la cuida. Usa demasiados hierros, demasiadas tijeras de ondulación, demasiados líquidos, y parece que jamás se peinara o se cepillara la cabellera — esto es lo que dice el experto peinador de estrellas cinematográficas Perc Westmore, y continúa: — La gente del campo tiene el cabello hermoso porque se lo lava, lo cepilla y lo peina.

"Cepille su cabellera todas las noches, como lo hacía su abuela, y verá qué pronto recuperará vida y vigor. Si las jóvenes no toman de nuevo la costumbre de cepillarse la cabeza, perderán pronto la cabellera.

"Trabaje también su cuero cabelludo todas las noches; no se puede tener una hermosa cabellera sin tener el cuero cabelludo en buen estado.

"Una regla que se usa para todas las cosas importantes en la vida, debe también usarse para el cabello: sinceridad.

"Instintivamente reconocemos lo que es falso, por ejemplo: Jean Harlow es una buena artista, pero sería una mejor artista si dejara que su cabello se obscureciera; todos sabemos que ese color de cabello platinado no existe; Jean está sacrificando su carrera; esas ondas platinadas hacen un efecto de poca sinceridad, mientras que el pelo obscuro es todo lo contrario.

"Helen Hayes no quiere aclararse el cabello, y fíjense: casi ni se le reconoce.

"El noventa por ciento de las artistas de Hollywood son morochas que se han aclarado el cabello, y lo único que han conseguido es destruir su personalidad.

"Ann Harding es la única rubia de verdad, y tiene la sensatez de quedarse con su tipo. Ann lleva el cabello sin ningún arreglo; no usa rouge en los labios ni sombra en los ojos, y demuestra lo que realmente es.

"Las falsas rubias usan demasiado rouge y lápiz de labio, y es por esto que pierden su personalidad.

"¿Sabe usted que puede crearse una nueva personalidad, según la forma de arreglarse el cabello?... La mayor parte de las estrellas de Hollywood se pasan gran parte del tiempo buscando peinados para cada película.

"Bárbara Stanwyck creyó que no era importante el cuidar del peinado, y en cada película que ha filmado se le ha criticado el peinado; sin embargo, Bárbara sigue creyendo que la culpa es del "cameraman" que no la toma bien, y no del cabello. Es una buena artista, pero el "cameraman" no puede peinarla; así que yo decidí ver lo que podía hacer; en una nueva película, como tenía que cambiar de personalidad, aproveché la ocasión para cuidar de su peinado.

"Inventé varias pelucas para Bárbara. Al principio tenía que aparecer con su cabello, como siempre, mal ondulado y suelto. Luego tenía que aparecer como una joven, y para esto usamos una de pelo largo con ondas flojas y muchos rulitos que le taparan la nuca. En otra escena tenía que hacer de vampiresa; para ésta dibujé un peinado sofístico; una raya baja siempre es sofística. Si una joven tiene la cabeza un poco chata en la parte superior, la raya baja de costado siempre da la ilusión de que la cabeza es redonda; no le puse ni ondas ni rulos para que no tuviera un efecto de suavidad. Greta Garbo usa el pelo liso arriba y a los costados, y ondulado abajo, para acentuar el poder del sexo.

"La raya diagonal da nota de originali-

dad a la cabeza, pero hay que hacerla de modo que no parezca afectada.

"Fíjese que los flequillos siempre se usan con cuidado para no tapar las cejas; si usted usa flequillos cuide este detalle, porque las cejas son lo más expresivo de la cara y lo que da animación. Muchas jóvenes usan el flequillo ondulado y esto es horrible, sobre todo, el signo de interrogación y el flequillo que parece engominado dan expresiones vulgares y desagradables.

"Toda joven que tenga una linda frente a un pico de viuda, debe lucirlo. El encanto de Kay Francis y Norma Shearer se debe a este detalle.

"Si usted es rubia no use demasiadas ondas; use el cabello semiondulado y el peinado sencillo, ya que el color del cabello embellece bastante.

"Cuide la raya y tenga cuidado de usar el cabello completamente lacio; debe tenerse un tipo muy especial para que sea sentador. Dolores del Río y Lupe Vélez lo usan y les quedan muy bien por el tipo que tienen.

"Toda joven que imite a Norma Shearer en su estilo de peinado no se equivocará, porque ésta es una persona sincera y pasa semanas enteras estudiando la forma de peinar su cabello.

"Al principio de su actuación Mary Astor usó el pelo en forma de modona, pero como existían pocos papeles para ese peinado, se lo dejó cortar.

"El cabello largo parece acentuarse, al menos, mientras dure esta boga de feminidad; el promedio es de 35 centímetros y sirve para hacerse un rodetito o dejárselo suelto."

FIN

La aventura de la felicidad (Continuación de la página 45)

"Pues si es así — seguía ella, — ¿por qué no me haces tu esposa? Todos creen que somos marido y mujer, y nos admiran y nos estiman por eso. Si llegaran un día a enterarse de que no lo somos, ¿qué pensarían, qué harían?" — "Tienes razón; no había pensado en esto: te haré mi esposa cuando vayamos a la ciudad por cualquier motivo." Al llegar a este punto de su soliloquio sentía una gran emoción; pero no se decidía, sin embargo, a sostener este diálogo con él. Esperaba que Florentino, espontáneamente, le dijera: —"Queridita mía: ya ha terminado nuestra comedia. Durante casi un año he podido apreciar tus virtudes. Te haré mi esposa, si es que estás conforme en serlo." "¡Con mil amores!" — le respondería ella gozosa. — "Pues nos iremos mañana a la ciudad, a celebrar nuestros esponsales." Pero Florentino no le decía nada de esto. ¿Era que no lo pensaba; qué no lo haría jamás? ¡Ah! La pobre Lolita pedía a Dios que, por lo menos, no tuviera que sufrir un desengaño. "Si has de privarme de esta felicidad que me rodea, Señor — imploraba, — dame la muerte antes de volver a arrojarme al fango de donde has querido que me sacaran..."

Y siguió pasando tiempo sin que la situación cambiara. Lolita, más hermosa, más alegre, más feliz que nunca, seguía siendo la niña mimada de todas las señoras de Cangrejal; era como una nueva hija que el cielo les había deparado.

Un día, durante las horas de la tarde, mientras ella estaba vistiéndose para acudir, poco después, en compañía de las otras señoras, a un oficio religioso que se celebraría en la pequeña iglesia local, la sirvienta se presentó en su cuarto, admirada:

— ¿Sabe una cosa, señora? La niña Julia, la hija mayor del señor delegado, parece que está enferma. Acaba de entrar en el consultorio del señor.

Lolita enrojeció de pronto ante la inesperada noticia.

— No es posible — dijo; — Julia es una señorita llena de salud; "vende salud", como quien dice.

— Entonces vendrá a otra cosa; pero me ha parecido muy pálida...

— Está bien; siga con sus quehaceres.

Con el corazón saltándole dentro del pecho fué hasta la puerta del consultorio de Florentino; apoyó el oído en la juntura de las hojas y se puso a escuchar. A sus oídos llegó suave, clara, premiosa, una voz. En ese momento era Florentino quien hablaba:

— Ten un poco más de paciencia, Julia — decía anhelante; — no sacrifiques este amor tan grande que me tienes. Vuelvo a repetirte que Lolita no es mi esposa. Es una pobre mujer sin hogar a quien he recogido por compasión, y a quien dentro de poco llevaré a la ciudad para dejarla allí para siempre... Luego, libres ya de ella, yo me justificaré ante todos, sinceramente, y te haré mi mujercita...

Por un momento a Lolita le pareció que la tierra se hundía bajo sus pies, y que su corazón, roto como la máquina de un reloj que ha sido estrellado contra el suelo, cesaba en sus latidos. Hubo de agarrarse entonces a la paredes para no caer. En seguida, un sollozo le subió de la garganta a los labios; un sollozo que apenas pudo ahogar con el pañuelo.

Pero debía ser fuerte, y lo fué. Todo aquel tiempo vivido en medio de una dicha humilde, sin apenas el recuerdo de su pasado, ¿no podía haber sido sólo un sueño? Pues bien; se haría la ilusión de que no había sido todo aquello otra cosa, y volvería a arrojarse al fango de donde no debió salir jamás.

Corrió a su habitación y terminó de vestirse. Lo hizo llorando angustiosamente, pero sin sentirse cobarde. ¡Y lo que son las cosas de la vida! ¡Había empezado a vestirse para acudir a la iglesia con las demás señoras respetables de Cangrejal, y terminaría de hacerlo para abandonar aquella casa, que era la casa de su dicha, para no volver más a ella! Florentino le pagaba mal, ¡muy mal!, la felicidad que ella le había deparado; pero ella quería pagarle bien, ¡muy bien!, la que le debía. Lo dejaría libre, para que pudiera unirse a aquella muchacha, no tan hermosa como ella, no, ni tan buena tampoco, pero sí muy rica. "Estaría de Dios así" — murmuró, y este pensamiento la confortó. Él pensaba, sin duda, hallar en Julia su felicidad; si la hallaba, mejor para él; pero si no la hallaba... ¡Ah!, ahí tendría entonces su castigo...

Apoyada en el borde de la mesita de luz, le escribió la despedida: fueron unas cuantas líneas desiguales, en que sólo decía: "Tú tienes derecho a ser feliz junto a la que amas, Florentino, y yo no tengo ningún derecho a perturbar tu vida. Te agradezco el bien que has querido hacerme trayéndome contigo. Pero la comedia debía terminar forzosamente, y ya ha terminado. Adiós para siempre: Lola."

Luego huyó. Huyó sin ser vista hasta la estación inmediata, en donde podría tomar el tren aquella misma tarde, libre de las miradas de cuantos la conocían... Y una hora después, ya en el tren, muy arrinconadita en un asiento del fondo de un coche solitario, le dió la despedida con la mano a Cangrejal, cuyas casas, blancas, chatas, se distinguían a lo lejos sobre una loma; y se dijo, rompiendo a llorar con toda el alma, como no recordaba haber llorado jamás:

—"Ya se acabó todo, ¡todo! Así como otros viajeros regresan un día inesperado de una aventura cualquiera, de guerra, o de amor, o de alpinismo, yo regreso ahora, también de una aventura: de la aventura de mi felicidad."

F I N

Las peripecias de PANCHO



El mono de abajo. — ¡Socorro!... ¡Auxilio!..., que no sé nadar...
El mono de arriba. — ¡Qué tanto grito!... Yo tampoco sé nadar, y no meto tanto barullo...

La sonrisa de la semana

DE FORTUNY A PICASSO

¿Qué habría hecho Philo Vance, el famoso detective aficionado de las novelas de Van Dine, ante el misterio — acaso a estas horas develado — del crimen de la calle Charcas?

Nos lo imaginamos confortablemente instalado en el "grill" del Alvear tomándose un "strawberry fish" y desarrollando ante el perplejo señor Viancarlos una teoría sobre los conceptos estéticos que separan a Fortuny de Picasso. Definiría al nieto del carpintero de Reus como a un "impulsivo sometido", que partiendo de un temperamento personal, se enreda en los resabios de las viejas escuelas, que pinta en pleno año 70 "La Vicaría" y la orna de personajes de chupa, calzón y sombreros de medio queso, que persiste en la anécdota romántica y aspira a ser un innovador. En cambio alabaría la meditación y la simplicidad material de Picasso, que llegado al perfecto conocimiento de la música que puede extraerse de un violín, para representar un violír, no necesita sino trazar una raya en la tela, una raya que puede ser y es una cuerda del violín.

Acaso, llegado a este punto, Philo Vance sería interrumpido por su interlocutor, que se expresaría con ríspido acento, diciendo: "Vea, amigo, acá no estamos para esas macanas; si se le ocurre algo para descubrir al asesino, dígalo; si no, mándese a mudar; el arte no tiene nada que ver con los asesinatos."

— El arte, mi querido Mr. Viancarlos — respondería Vance con aire de exasperante indiferencia — tiene que ver con todo, porque en todo interviene un concepto de estética, y la estética, por su esencia, es el arte mismo. ¿Por qué para descubrir los seres misteriosos que dejan tras sí un cuerpo ensangrentado e inerte hemos de fundar las pesquisas en los rastros papilares, el botón del guante perdido, la huella del pie? ¿Por qué no hemos



de basar nuestra pesquisa en el "estilo" del criminal? Nuestro asesino, Mr. Viancarlos, es un "pasatista"; ha acumulado detalles como Fortuny acumulaba minucias: conversación, mamporros, cuchillada, envoltura en un tapiz, simulacro de robo, registro de cajones. Buscaba un efecto (como el pintor reusense) y acaso, igual que éste, despotricaba de la anécdota fría de un Cruzado o un Espalter, nuestro hombre habrá estado en contra de la reimposición de la pena de muerte por considerarla un retroceso de la sensibilidad. Si se tratara de un individuo que marchase con el ritmo de su tiempo, y que estuviese seguro de su independencia de lo pasado, el asesino del misántropo degollado, habría procedido con otro estilo: le hubiese bastado la cuerda del violín, es decir, habría "liquidado" a la persona destinada, desde un automóvil disparándole con una pistola ametralladora cuando ella pasase por la calle.

Philo Vance habría guardado silencio unos instantes; después, moviendo pensativamente su cabeza fina y aristocrática, habría resumido:

— Créame usted, Mr. Viancarlos, hay que buscar "un Fortuny", detrás de él está el asesino del millonario...

Pero el jefe de investigaciones policiales, creyendo que la sutil teoría de Philo Vance era una broma, se habría levantado de su asiento y se dirigiría a presidir un interrogatorio a los criados del muerto.

Miss Gioconda

Sendas escabrosas (Continuación de la página 25)

ya; sólo brillaban opacamente las de los corredores, que arrojaban sombras tenebrosas a través de los barrotes.

Holden abandonó los tribunales para dirigirse a su estudio con la mente hecha un torbellino. Creía en los testigos. Josefina había ido al departamento acompañada de Merkle. Seguramente habríase dirigido con él allí después de abandonar el Gran Central. Sobre eso no existían dudas. ¡Qué estúpido había sido! Pero una vez en el baile, tenía que seguir bailando. No podía retroceder. ¡Lo tenía bien merecido por no haber querido escuchar a nadie!

Conferenció con David, y después se retiró a su casa. Habíase olvidado por completo que esa noche tenían invitados para la cena. Cristina, naturalmente, estaba también. Se vistió como un autómata. ¡Pobre Josefina! ¡Casi una criatura! ¿Cómo habría llegado a mezclarse con semejante gente?

Era extraño, pero no podía enojarse con ella. Solamente sentía un gran dolor y un cansancio de todo. ¡Cuán hermosa había estado allí, días tras día, con su elegante vestido negro! ¡Cómo se iluminaba su mirada cuando sus ojos se posaban en los de él! No; era imposible, no podía abandonarla ahora. Pero se había puesto en ridículo por la primera mujer realmente bonita que se cruzó en su camino.

Cristina era su compañera de mesa; pero él estaba tan callado, que abandonó todo empeño de entablar conversación. Se habló un poco del proceso. Esa noche las palabras eran para Holden como puñaladas en el corazón.

—¿No podríamos ir al centro mañana? — preguntó Jeanette. — Yo creo que ese proceso es sensacional y me gustaría oír y ver a los acusados.

—Hay tanta gente allí, Jeanette, que no sé cómo se podría arreglar...

—¡Tonterías! Tú puedes conseguirnos asientos. ¡Estamos muriéndonos por ir! Y ahí va una advertencia: sólo queremos ir para ver a la pelirroja...

Para que lo dejaran tranquilo, Holden accedió a que Cristina, Jeanette y María Gilmore fueran al día siguiente a su estudio para ir luego al tribunal.

—No podré invitarlas a almorzar, pues estaré muy ocupado — les advirtió. Holden hubiera querido ver a Josefina antes de la sesión, pero quizá sería mejor que no volviera a verla sola otra vez... Lo que ignoraba era que Cristina había arreglado con Jeanette para que le pidiera a él que las llevara a la sesión, pues Cristina "tenía" que ver a "la chica", como la llamaban cada vez que pensaba en ella.

A la mañana siguiente, cuando se reunió el jurado, Cristina, Jeanette y María, ataviadas con elegantísimos vestidos, que decían a las claras el buen modisto que los había diseñado, se instalaron en sillas colocadas especialmente para ellas, a escasísima distancia de la mesa de los abogados defensores. Holden se encontraba ocupando su asiento habitual cuando entró un oficial acompañando a los tres acusados, Windy iniciando la fila, luego Slivers, y, por último, "la chica".

Cristina, echándose hacia adelante para ver mejor, vió a una criatura pequeña, con profundas ojeras. Observó el cabello maravilloso, las pestañas espesas y acariciadoras, el gesto simpático, y el corazón se le contrajo de angustia.

—¡Mucho más hermosa de lo que yo pensaba! Parece una dama. No podría ser de otra manera para llegar a interesar a Pedro — comentó Cristina.

—¡Es preciosa! — susurró Jeanette a su derecha. — ¡Y qué vestido encantador!

—Sí, verdaderamente encantador — le respondió Cristina con amargura.

Holden apenas le habló a Josefina. Y Cristina pensó que tal vez esa era la actitud que él adoptaba mientras estaban en el tribunal. Aun cuando él le habló poco no dejó de observar las huellas que el sufrimiento de las últimas noches habían dejado en el rostro de la joven. Lanzó una sola mirada a esos ojos grises y creyó enloquecer. Cuando estaba lejos de ella podía pensar fríamente, pero cuando veía su adorable belleza toda amargura y desconfianza huían de él.

Por último no pudo resistir más y se volvió hacia ella para hablarle.

—Siento no haber podido ir a verte anoche, querida. — Y el tono suave de su voz hizo comprender a Josefina todo lo que él hubiera querido decirle. Luego la sonrisa triste y ansiosa de ella completó la conquista. Cristina, que los estaba observando, dedujo algo de lo que estaba pasando.

—¡Está loco por ella! ¿Y qué puedo hacer yo? — se dijo, sintiéndose vencida.

Algo más tarde observó Josefina a las tres chicas que, sentadas a su izquierda, parecían estar oyendo con atención. Holden les sonrió. Eso fué justamente lo que la hizo dar vuelta para mirar. Después, en uno de los intervalos, mientras ella se fué a la celda, Holden se dirigió hacia ellas para conversar. ¿Quiénes serían? Y Josefina,

(Continúa en la página 57)



Avanza absorto en los proyectos, olvidado casi del objeto que tanto lo turbara minutos antes.

Para quien nunca ha tenido nada...

"TRES MIL PESOS"

...son una fortuna que cree que todos se la van a robar.

Cuento por JOSE VICTORERO

CALLAO negrea de multitud; gentes, carruajes; suntuosos automóviles cuyas líneas sintetizan en visión modernísima la humana y metafísica necesidad del salón dorado; vulgares taxímetros, "mateos" del porvenir, que el auge de la producción llevará pronto a la escena con la amargura del personaje epónimo...; ómnibus tronadores — la hacienda "chúcara" del tráfico, — indomables, rabiosos cuando a su avidez de velocidad y ruido se opone el freno de la bocacalle; colectivos — variedad refinada de la raza, — dinámicos, escurridizos como peces, y tranvías, trasnochados tranvías, que pesadamente arrastran rezongando su saudade, metidos entre riel y troley. Polos del progreso: arriba un coqueto avión piruetea en la cuerda floja de la estática; abajo, la boca del Lacroze incita a recorrer la gruta luminosa del subsuelo, limpia de trasgos y leyendas.

La muchedumbre puja, se entrechoca en las aceras; lidia a brazo partido con los segundos que se escapan al menor conato de colisión, al menor desorden en la marcha. Cabrales, sale cohibido, afiebrado, palpándose los bolsillos, indeciso ante la baraúnda. Mira a las gentes en los ojos, que le parecen fijos, clavados en los suyos, como lechuzas. En cada transeúnte ve un salteador alerta al primer descuido. Su misma indecisión, su inmovilidad en mitad de la acera, frente a la Caja Nacional de Ahorro Postal, donde la aglomeración es máxima, acrecienta su terror al ser constantemente empujado por el público. Por fin en un esfuerzo ciclópeo avanza; el brazo diestro oprimiendo el bolsillo interior, donde lleva su tesoro. Desde el primer instante rechazó temeroso la idea del viaje en tranvía u ómnibus. Irá a pie, aunque se doble de fatiga. Nunca como entonces experimentó la invaluable felicidad del bolsillo vacío; la angélica despreocupación del que nada tiene que perder. Jamás había sospechado el alcance solemne, la sensacional ceremonia que para él significó la sencilla extracción de sus fondos. Tres mil pesos reunidos "pucho a pucho", con ímprobos trabajos y una voluntad estoica. ¡Cuántas horas extras trabajadas en los talleres, venciendo la extenuación de la jornada, para añadir al ahorro del mes! ¡Y cuántos humildes deseos ahogados para que no amenguase la cuota predispuesta!

—¡Bah! Tenemos tiempo después... ¡La vida es larga! Primero, la casita... Luego...

¡La casita! He aquí el objetivo a cuyo logro tendían denodadamente Cabrales y su esposa, la compañera mártir, que tras la brega bárbara de lavar, cocinar, zurcir para ellos y los cinco hijos, dedicaba aún algunas horas nocturnas a coser "para afuera", hasta enrojecérsele los ojos.

Cabrales, adosando cada vez más el brazo a los billetes, recuerda... Siente más que ternura, admiración por aquella mujer heroica, que tantos achaques sufriera sin desmayar un punto. Los primeros tiempos del matrimonio, penosísimos. La escasez de trabajo, las enfermedades. Cabrales evoca enternecido las penurias pasadas con aquel hijo que la muerte, agazapada en un terco mal infantil, pugnaba por arrebatarles. Luego ella, deshecha, consumida por los esfuerzos y las vicisitudes, presa también de uno de esos flagelos terriblemente esporádicos en la pobreza. El hospital, la dolorosa prueba de que saliera por milagro... En esa circunstancia supo él de la admirable abnegación femenina. La tortura creciente, a medida que se disipa la anestesia; la soledad glacial íntima, acrecida por el cuadro lacerante de la sala, no lograron abatir el sereno porte de aquella mujer que, lisiada, afónica después de la operación, aún tenía para los suyos palabras de consuelo, exhortaciones, consejos

(Continúa en la página 61)

El CASO curioso de "HILDEGART", la escritora

Ha conmovido e indignado a toda España el asesinato de la escritora "Hildegart" por su propia madre, mujer que hizo un calvario de la existencia de su hija, que era bella e inteligente, y a quien, llevada de una pasión monstruosa, la mató mientras dormía. En esta nota su autor nos cuenta cómo sucedió la tragedia de la infeliz escritora que comenzaba a destacarse por sus dotes literarias poco comunes.



Rasgos duros, de mujer sin corazón, son los que ostenta la madre criminal Aurora Rodríguez Carballeira. La cruz señala la habitación donde vivían la asesina y su víctima, la cual aparece a la derecha en su última fotografía.

FELIZMENTE, no se producen con frecuencia crímenes tan nefandos como el que ha ocurrido recientemente en Madrid, en que una madre dió muerte a su hija, la escritora Carmen Rodríguez, más conocida por el seudónimo de "Hildegart", cuando la infeliz muchacha estaba en vísperas de unir su destino al del hombre que amaba.

Una verdadera bestia humana ha resultado ser Aurora Rodríguez Carballeira, la madre desnaturalizada que asesinó a su hija mientras ésta dormía, muy ajena a los espantosos designios de quien iba a tronchar su vida en plena carrera de triunfos, cuando comenzaban a reconocerle sus méritos de periodista y conferenciante amena y enjundiosa.

COMO NACIO "HILDEGART"

Al revés de otras madres, que desean que sus hijos sean el fruto de su amor, la de "Hildegart" quiso que el suyo fuera el producto del cálculo. Concibió la idea de dar vida a un ser para hacer de él su esclavo, que le obedeciera en todo y mostrarlo con orgullo al mundo y poder decir: "¡Esta criatura ha sido hecha a mi imagen y semejanza!"

Y tal como lo pensó lo hizo. Un hombre cualquiera vivió con ella un tiempo, y antes que el fruto de esa unión sin amor viniera al mundo, la mujer abandonó a su compañero y volvió a quedarse sola. Ya hemos dicho que esta mujer deseaba tener un hijo por cálculo y no por imperioso deseo de su sensibilidad femenina. Así fué que vino al mundo "Hildegart", bajo el terrible signo de la falta de cariño maternal.

Ya en la escuela, su madre le impuso una férrea disciplina. Quería que su hija fuera la primera, la que más brillara, y para tal objeto era cruel con la criatura, castigándola sin piedad por cualquier insignificancia, hasta el punto que las demás madres se indignaban al ver cómo procedía esta mujer implacable, que no perdonaba nunca la más leve falta de la pobrecita niña, que sobrellevaba una existencia de suplicios inenarrables calladamente, como si se diera cuenta de lo terrible de su destino.



La cabeza yacente de la desgraciada muchacha. En el rostro se ven las huellas dejadas por los balazos.

LA PRISIONERA

Apenas dejó la escuela, "Hildegart" comenzó a escribir en diarios y revistas, pues tenía verdadera vocación de escritora. Su seudónimo bien pronto comenzó a llamar la atención. Era, puede decirse, una niña, y ya sus escritos tenían una madurez que prometía sazonados frutos. Las revistas españolas acogieron con júbilo aquellas páginas que el público devoraba con fruición. Poco después la joven escritora comenzó a dar conferencias en sociedades y ateneos sobre los más diversos tópicos, pues su vasta preparación le permitía tratar los temas más varios.



Pero "Hildegart" no era feliz, y no lo era porque su madre la seguía como si fuera su propia sombra. Dondequiera que fuese la joven, allí estaba su madre para vigilarla, prohibiéndole que hablara con este o con el otro. Era una prisionera. Para ella no existían las diversiones de las demás jóvenes de su edad.

ESPAÑOLA *que fué* ASESINADA *por su* MADRE

Nota por
CARLOS J. MONTES



Con premeditación y alevosía procedió la madre de la infortunada muchacha, a quien asesinó en su lecho mientras se hallaba entregada al sueño, y acaso despertándose un instante para poder ver el rostro abominable de su matadora.

La suya no era más que una existencia de trabajo y estudio. Escribía, cuando hacía buen tiempo, en la pequeña terraza de su casa. Y cuando dejaba de teclear y su pensamiento se quedaba mirando una nube viajera, acaso con envidia de su destino, una voz recia la llamaba a la dura realidad: era la voz autoritaria de su madre, que le ordenaba:

—¡Trabaja, hija, trabaja! ¿Qué estás haciendo?

Y aquella galeote del trabajo periodístico tornaba a mover los dedos sobre el teclado para pergeñar la crónica que más tarde se traduciría en dinero con que afrontar los gastos de la casa.

LA REBELION DE LA ESCLAVA

Pero la vida de "Hildegart" no era vida. Aquella sensibilidad aherrojada tenía un día que sacudir sus cadenas. Y el amor, como siempre, fué el gran rebelde. La joven escritora conoció a un muchacho inteligente y que tenía mucha afinidad espiritual con ella. A pesar de la humillante vigilancia a que la sometía su madre, "Hildegart" había encontrado un resquicio en su vida de prisionera por donde hacer entrar al dios de los ojos vendados.

Al tener noticia de esto, la bestia humana se enfureció y hasta amenazó con matarla si no rompía las relaciones que acababan de iniciarse. En vano fueron las súplicas de la cuitada. Aquella madre no tenía corazón, no había amado nunca. Mal podía, entonces, comprender lo que pasaba en el alma de su hija, que había nacido, como un sarcasmo de la naturaleza, con exceso de sensibilidad, con extraordinaria capacidad afectiva.

Con objeto de hacerle olvidar el hombre amado, la madre de la enamorada la secuestró, puede decirse, y las contadas veces que ella salía, no era sino acompañada por su carcelera, que redobló la vigilancia y la crueldad.

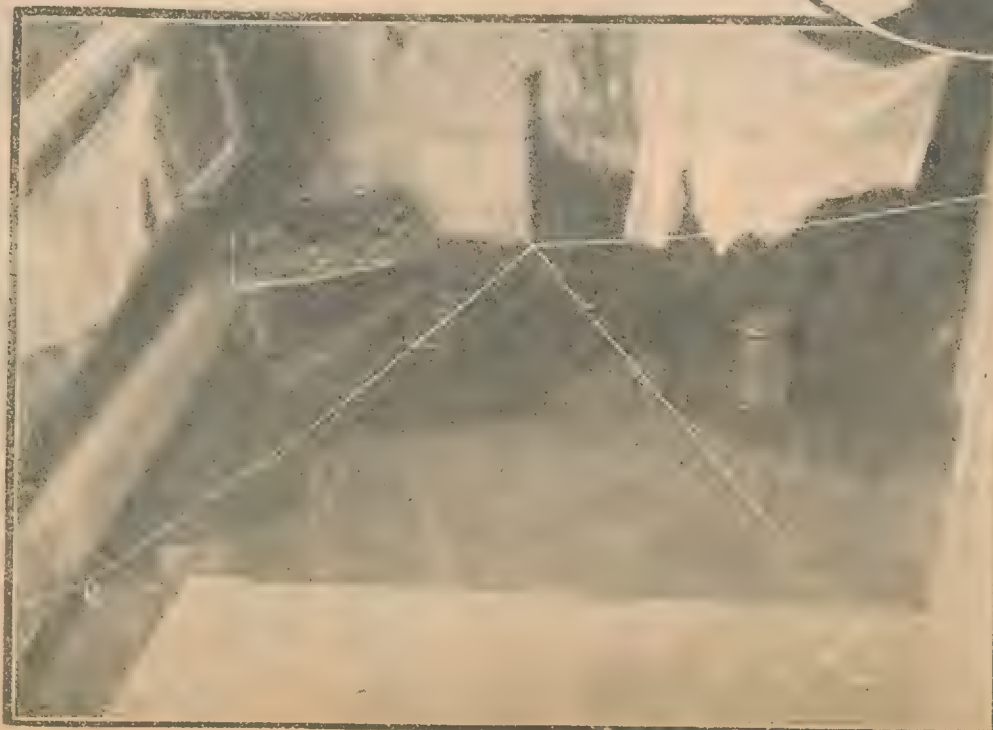
"Hildegart" seguía produciendo, entregando al público sus crónicas, y sus lectores no se imaginaban que la autora de aquellas páginas vivía una tremenda tragedia y que muchas veces las lágrimas caían sobre la música dolorosa de su máquina de escribir.

EL CRIMEN INCALIFICABLE

Diez días antes que se consumara el crimen sin nombre, la madre de la víctima habló con una vecina, a quien le dijo que tenía que ausentarse a Cuba para pasar una temporada con su hermano. Mientras durara su ausencia, quería que su vecina le cuidara los perros y las plantas, por lo que ella pagaría lo que fuera



En plena juventud, llena de talento, querida por todos, desaparece "Hildegart" asesinada por su propia madre.



En esta pequeña tareza era donde trabajaba la escritora española. Colocaba su máquina de escribir en la mesita que aparece a la izquierda, y cuando dejaba un momento de trabajar, su madre se apresuraba a ordenarle que continuara la interrumpida tarea.

La vecina accedió al pedido y convinieron en que ella iría a buscarlos el mismo día que la dueña de los perros y las plantas se marchara a Cuba. Pero pasaron los días y nada aconteció. Hasta que una mañana —el mismo día en que apareció asesinada en su lecho "Hildegart" — llegó la sirvienta de ésta con los perros y le dijo a la vecina que fueran a traer el gato, porque así

(Continúa en la pág. 60)



1. — Vestido de crepe satin color celeste. Corte enterizo, termina abajo en abundantes pliegues.

2. — Para una novia es este hermoso traje, de crepe blanco. El vestido es de corte enterizo y ligeramente drapeado en la cintura. Las mangas abullonadas en su parte inferior están bordadas con perlas.

3. — Traje de noche. En la cintura y escote lleva una torzada de la misma tela del traje, combinando con otra tela obscura.

4. — Trajecito para niños, apropiado para llevar en la ceremonia nupcial. Está confeccionado en terciopelo. Se lleva sobre una blusa de seda blanca.

5. — Este vestidito de niñas se usa en las mismas circunstancias que el anterior. Es de taffetas color rosa y está adornado en los hombros y talle con guías de flores.

6. — Cuello y puños confeccionados en terciopelo cótelé.

7. — Blusa de seda estampada a lunares, apropiada para llevar con la pollera número 8, que es de seda marrón.

9. — Traje de fiesta, confeccionado en crepe de Chine estampado a cuadros. La chaquetilla que lo acompaña es de terciopelo o seda ciré negra.

10. — Vestido para calle, confeccionado en una tela de lana fantasía. Está adornado en el escote con una tira de terciopelo beige y dos pequeños moños.

UNA NOVIA



11. — Estos dos bonitos modelos de cuello son muy apropiados para llevar con un traje obscuro. Están confeccionados en seda.

12. — Capita de terciopelo, en color claro, para llevar con un traje de fiesta.

13. — Traje de calle, confeccionado en tela de lana liviana y género escocés. En la blusa lleva una pequeña capa que cubre los hombros.

14. — En la confección de este traje se han aunado dos telas diferentes, pero que armonizan muy bien. El vestido es enterizo; está confeccionado en una tela de lana rayada diagonalmente. La casaca que lo acompaña es de terciopelo côtelé azul violáceo.

15. — Vestido confeccionado en un género de lana fantasía. Las mangas son muy originales. Están fruncidas en los hombros, y al unirse a la blusa forman un pequeño godet en la parte anterior. El adorno es rojo.

16. — Vestido en tela de lana a rayas azules. Lo acompaña un saco tres cuartos de la misma tela, pero lisa.

17. — Sencillo vestido para calle, adornado con recortes y un cuello de piqué de seda blanca.

18. — Vestido de lanilla verde claro, adornado con una pechera cruzada, en lanilla escocés con fondo azul obscuro.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

RAÚL IMAZ. — Su composición poética no podrá ser publicada, por razones de espacio.

• •

TRES NIÑOS. — Sarmiento no fué dos veces presidente de la república.

• •

CARLOS ALVAREZ. — En cualquier oficina del Registro Civil de esta ... le facilitarán el dato que nos ...

• •

¿SERA VERDAD? — No es un "globero" ese amigo suyo aficionado a las ciencias naturales. Hay árboles, en efecto, que viven una cantidad tan considerable de años, que su vitalidad resulta asombrosa, sencillamente. El botánico suizo De Candolle, que vivió a mediados del siglo pasado, tiene una tabla transcripta por ... Nin Frías, en su libro "El



El roble

culto al árbol". Por medio de ella sabemos que la hiedra vive 450 años, como máximo, término medio. He aquí otras de las especies con el número de años que alcanzan:

Alerce	570 años
Plátano	750 „
Cedro del Líbano.....	800 „
Tilo	1100 „
Roble	1500 „

Como ilustración transcribimos los siguientes datos: "Se presume que el ciprés Soma, en Lombardía, fué plantado unos cuarenta años antes del nacimiento de Jesucristo." "Un roble de Francia, que tuvo que ser talado en el bosque de Ardennes, en 1824, contenía en su robusto tronco una urna funeraria y algunas monedas semíticas. Dedujeron los botánicos que este resistente ejemplar habría ya tenido un tamaño considerable cuando Roma fué fundada, unos mil años antes de la era cristiana."

• •

ALUNADA. — Para abrillantar el cuero de color negro pase sobre el mismo, con una esponja, esta solución:

Goma arábiga............	4,100 Kg.
Agua	5,000 „
Tinta negra de copiar...	9,000 „
Alcohol desnaturalizado..	2,500 „
Azúcar	2,200 „



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

PADRE DE TRES HIJOS. — La educación de sus hijos es el problema fundamental del padre, después del natural de su buena crianza. Vacila usted entre las carreras a elegir, y deja constancia de su condición de hombre humilde. No creemos que lo más acertado es escoger una de las llamadas carreras liberales, si sus hijos no tienen especial predilección por las mismas. Los oficios, los nobles oficios están esperando aún en nuestro país, artesanos de primer orden, capaces y hábiles. En Europa existe la tradición del oficio. El hijo del albañil sucede a su padre en el andamio; el hijo del pintor, lo mismo. En esa forma se crea una capacidad tradicional, y el buen operario gana más y vive más cómodamente que el profesional que siguió una carrera porque sí, y sólo tiene ante sus ojos la visión del fracaso. País en formación el nuestro, el encumbramiento rápido de ciertas familias estimuló el deseo, llevado hasta el sacrificio en muchos hogares, de "ser más de lo que se es". Esto, que puede ser una realidad social muy linda, ha sido también fuente de muchos inútiles esfuerzos. El gran número de fracasados entre nosotros, y por desgracia, mientras no se reforme, la enseñanza seguirá dando periódicamente profesionales en número superior al necesario en las actividades de cada ramo. Enséñeles un oficio a cada uno de sus hijos y póngalos al mismo tiempo en condiciones — con la aprobación de los estudios secundarios, — de ser mañana médicos, abogados, ingenieros, escribanos, profesores o aquello para lo cual tengan una inclinación verdadera.

• •

CHICHARRON. — El uso frecuente del cepillo contrarresta los excesivos rizos en la cabellera. No hay ningún método de eficacia real para volver lacio el cabello en forma permanente.

• •

EL P. B. T. Nº 18. (Urdinarrain). — Envíe esos trabajos literarios. Si son buenos se publicarán, pero sin ningún compromiso posterior de nuestra parte.

S. M.— Después de sexto grado, para recibirse de ingeniero deberá cursar los cinco años del bachillerato (es decir, completar los estudios preparatorios en un colegio nacional hasta su terminación). Una vez con el diploma de bachiller, deberá rendir examen de ingreso en la Facultad de Ingeniería, y si se le aprueba, inscribirse en los cursos hasta terminar la carrera. En cuanto a su tercera pregunta, no es práctica de las bibliotecas públicas permitir que los lectores lleven los libros a sus casas para leerlos. Existen bibliotecas rodantes, donde, mediante un aporte mensual usted puede obtener esa ventaja, pero entre nosotros no hay ninguna importante.

• •

PROLETARIO. VIDAL. — Debe escribir al Departamento Nacional del Trabajo, Azcuénaga 1038. Buenos Aires.

• •

EL ARTE DE CONTESTAR

LOLITA. SAN GREGORIO. F. C. R. P. B. Y OTTO CAMEZ. MENDOZA. — Su caspa es debida o a afecciones del cuero cabelludo o de carácter intestinal. La acción de la quina es muy desinfectante y se recomienda para la limpieza del cabello y contra la picazón de que usted se queja. Además obra contra el fagocitismo, que atrofia los bulbos capilares. He aquí una receta buena:

Quina amarilla	30 gramos
Cochinilla	2 „
Carbonato de potasa	2 „
Alcohol de 90°......	80 „
Agua	500 „
Esencias a gusto....	Q. S.

Se prepara una decocción con la quina y el agua. Cuando esté fría, se le añaden la cochinilla y el carbonato de potasa, se filtra y se agrega al líquido el alcohol, en el que se habrán disuelto previamente las esencias. En cuanto a la cochinilla, como sólo sirve para dar color, se puede suprimir. Se restriega muy bien la cabeza con paños u algodones muy mojados en la mezcla.

• •

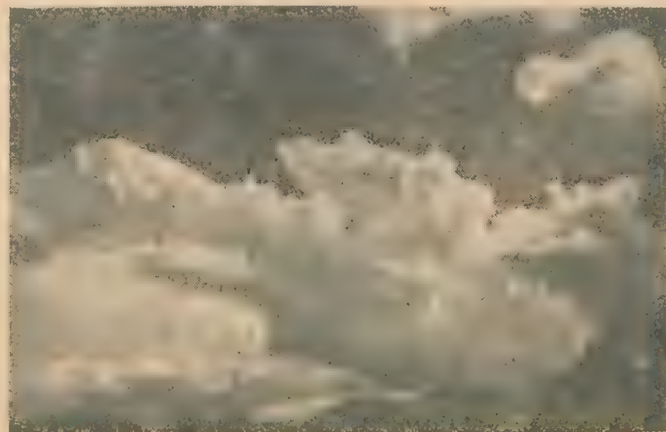
ANTONIO CURAPALIGUE. — En esa jugada gana el jugador que es mano, "y no la mano" del juego. Porque ésta, al pasar, ya deja de formar parte del mismo.

• •

GÜEMENSE. — Necesitaríamos una página para responder a todas sus inquisiciones. Escríbanos de nuevo. Sea más breve.

• •

ANGEL CESAR TORT. — Esos viajes anuales de exploración e investigación los organiza el Ministerio de Marina. A él debe dirigirse.



Cúmulo o masa de nubes

LOBITO DE LOBOS. — Hay varias teorías acerca de las formas de las nubes, o mejor dicho a la causa de las mismas. Poco se sabe de cierto o de seguro al respecto. Trabert en su tratado de meteorología, dice: "Lo único cierto es que en la parte superior de los cúmulos existe una corriente ascendente de aire. Los contornos redondeados, tan característicos de la parte alta de los cúmulos, se explican, según Bezold, por caldeamientos bruscos debidos a la sobresaturación del vapor. Como en el momento de producirse la condensación se restituye una cantidad considerable de calor, a la condensación subida debe acompañar una dilatación brusca. Los cúmulos nos permiten asistir, efectivamente, a un movimiento que prosigue incesantemente." Según sus formas, las nubes se agrupan comúnmente en cirros, cúmulos, estratos, nimbos con otros derivados. Cirros son las nubes formadas por ligerísimos filamentos blancos. Cúmulos son las nubes formadas preferentemente en la estación veraniega; forman masas más o menos compactas o "apelotonadas" para usar una expresión del autor ya citado en primer término. Estratos son "nubes bajas, extensas y continuas". Nimbos, las "nubes de las cuales está cayendo la lluvia."

Paloma

(Continuación de la página 19)

mano...!", había pensado, mientras anestesiaba el miembro herido. Un gran lirio pisoteado, no ofrecería un aspecto más triste... Por fin terminó; guardó sus instrumentos; fuése. La enferma reposaba... Don Isidoro estaba allí, en un sillón, helado como un muerto. Ricardo aguardaba angustiosamente, a los pies de la cama.

Aquel hermoso día, impasible ante el drama, siguió su curso y hubo una puesta de sol maravillosa. Llegó la noche. El cielo llenóse de estrellas. El anciano se había quedado dormido, sin querer probar un bocado. Ricardo velaba, iluminada la habitación por la tenue luz de una lamparilla.

"Paloma" despertó. Tuvo la sensación de la realidad. Sin poder moverla, llevarla ante sus ojos, adivinó su mano vendada, sus dedos perdidos... Sintióse desfigurada, casi una inválida. Suspiró, próxima al sollozo.

—"Paloma"... —se aproximó el joven, que la oyó,— ¿cómo te sientes, mi vida?

—Bien... —susurró, con gesto desfallecido. Pero.. ahora... ya no me vas a querer...

Él se arrodilló frente a la cama. Ella comprendió, y, en su ingenuidad de enamorada, sonrió un segundo, como a un niño a quien le devuelven su tesoro. No hablaron más por largo rato. Lloraban los dos. Aquellas lágrimas lavaban su dolor y hacían florecer dulcemente sus corazones..

FIN

Sendas escabrosas

(Continuación de la página 50)

con la intuición propia de toda mujer, no tardó mucho en darse cuenta.

Cuando regresó de la celda, Holden observó que Josefina había estado llorando.

—¿Qué tienes, Josefina? ¿Te sientes mal?

—Nada. Estoy un poco nerviosa. Anoche no pude dormir..

—Ni yo tampoco...

Pero Josefina no podía continuar soportando el peso de la duda.

—¿Esa es la señorita Hatch?

—Sí, querida.

Me pareció reconocerla por la fotografía.

—Las dos chicas que están con ella son Jeanette Standart y María Gilmore.

—¡Es hermosa!

—¿Quién, Cristina?

Josefina asintió.

—Sí, es muy atractiva. — Se dió vuelta para sonreír a su defendida. — ¿Celosa?

—¡Terriblemente!

—No tienes por qué estarlo.

Ello no obstante, los diarios de ese día publicaron fotografías con la correspondiente crónica de la presencia en los tribunales de la prometida de Holden y sus amigas, que habían ido a aplaudir al representante de una de las mejores familias en su primer juicio criminal.

Y Josefina se sentía nerviosa.

—Ella lo merece. Yo no soy nadie, y mucho menos que nadie..., aunque recobre mi libertad...

¡Era ya demasiado tarde para luchar! Su vida estaba arruinada, como también la de Ray. Ella ahora tenía que pensar en él. ¿Qué le sucedería, si ella...? Durante un segundo su mente se negó a pensar. Si fuera condenada, ¿qué sería de Ray? Recurriría a Merkle, naturalmente. ¡A Ray ya no le quedaba otro recurso! Además, tal vez nunca llegaría a recuperar la salud completamente, y, por lo menos, tendría que pasar un año antes de que pudiera ni siquiera pensar en trabajar. ¡Si tan sólo pudiera salir de allí!...

Pero quizá no saldría libre. ¿O peor aún? ¡Se trataba de un crimen! No obstante, abrigaba la esperanza de que no habría de ser condenada a muerte No podrían hacerlo. Holden le había asegurado que no podían.

Por fin llegó el intervalo de mediodía.

—Querida, les he ordenado — díjole Holden apuradamente — que te lleven el almuerzo a la celda. Me parece que no te encuentras en condiciones de quedarte aquí. Estás cansada, ¿verdad? Cuídate mucho... por mí.

Y en el momento de retirarse, vió Josefina cómo Cristina y sus amigas eran presentadas al juez Grant. Encontrábanse en el escritorio de éste, fumando, charlando y riendo alegremente. ¡Para ellas no significaba sino una diversión, algo así como asistir al estreno de una película o algo por el estilo!

—¡Y yo tengo mi vida en peligro! — decíase Josefina tristemente.

¡Más fotografías, más repórteres! Josefina trató de sonreír. Fué una sonrisa muy triste la suya, impregnada de lágrimas y de dolor.

Inicióse la sesión de la tarde. Durante el intervalo, Holden se apresuró a decirle al oído:

—Josefina, las chicas quieren conocerte.

Ella asintió con la cabeza. ¿Qué otro remedio le quedaba? Pero sabía de antemano que no podría hablar. Por fin, llegaron esas criaturas de un mundo diferente al suyo: Jeanette, María y Cristina. Cambiaron un apretón de manos, diciéndole las frases de estilo. Todas, menos Cristina. Cada una sabía que la otra amaba al elegante abogado que estaba de pie junto a ellas Josefina se fijó en el lujoso cintillo que lucía Cristina. ¡El anillo de él!...

—Pero dice que, naturalmente, todo va a salir bien... — empezó a decir Jeanette.

Josefina sonrió con esa su sonrisa desesperada. Sus miradas se cruzaron con las de Cristina. En la expresión de sus ojos no existía indicio alguno de conflicto. Cada una se sentía vencida e impotente. ¿De qué serviría continuar luchando?

—Creo que Pedro es simplemente maravilloso — comentó María.

Entonces Josefina comprendió que también ella debía decir algo.

—¡Ha sido tan bueno! Yo le estoy muy agradecida.

El jurado regresaba. La entrevista había terminado. Josefina se dejó caer en su asiento. No tenía noticia alguna de Ray, y pese a sus esfuerzos, no había encontrado oportunidad para hablar con Strayer.

El interminable día llegaba a su fin Antes de que vinieran en busca de Josefina para acompañarla, Holden se le acercó para decirle:

—Es posible que mañana tengas que ocupar la silla de los testigos. De todas maneras, será sólo a la tarde.

Los ojos de Josefina parecían interrogarle.

—No iré al Departamento esta noche. Trate de dormir.

¡Dormir! Un escalofrío recorría el cuerpo de la joven al pensar en eso. ¡Si tan sólo pudiera conciliar el sueño en su celda! Mas cada vez que lo intentaba, se le aparecía el hermoso anillo de Cristina. ¡El mundo había terminado para Josefina! ¡Ya nada le importaba mayormente!

(Continúa en el próximo número.)

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR











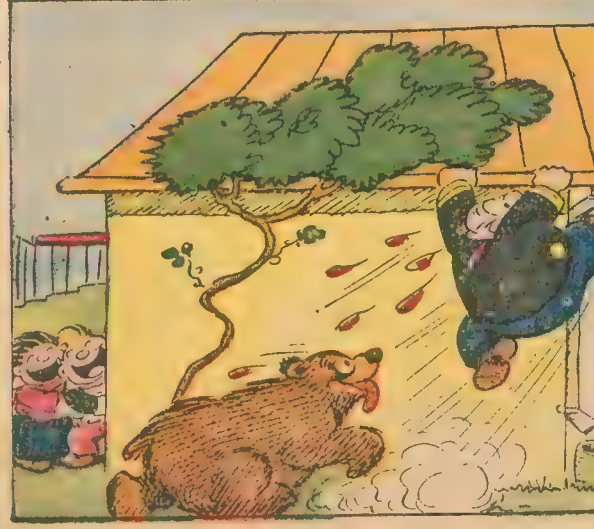














No es ningún cuento:

EXISTE el PAIS de JAUJA

Curiosas revelaciones hechas

Por ERNESTO J. FERRO



Fué monarca de esta Jauja paradisíaca el príncipe Juan II, que gobernó durante setenta años consecutivos el más pacífico de los pueblos.



Este es el castillo, que parece de cuento infantil, en donde vive el príncipe de Liechtenstein, el país más pequeño y feliz de Europa.

En este mundo plagado de miserias, de ejércitos y de impuestos, todos hemos soñado alguna vez con el país ideal donde no existen los tiránicos imperativos de nuestra fragorosa civilización.

¡Cuántas veces habrán deseado los lectores de esta página refugiarse "lejos del mundanal ruido", en una isla de paz, libre de las tristes preocupaciones del cotidiano vivir!... Ideal que se nos antoja irrealizable en un mundo embargado por la crisis y las amenazantes conferencias contra la guerra.

Sin embargo, ese íntimo anhelo se puede cumplir. Basta con hacer las maletas y emprender viaje a Liechtenstein.

REALIDAD QUE PARECE CUENTO

Una monarquía de juguete, como aquellos países encantados de los cuentos de hadas de Andersen, un reino de la felicidad encerrado entre níveas cumbres que no ha saboreado aún la amargura del maremágnum moderno: eso es Liechtenstein.

Este fantástico principiado, escondido en la belleza insuperable de los Alpes, sobre la frontera suizaaustríaca, cuenta apenas con siete leguas cuadradas de superficie ocupada por unos 10.000 habitantes. Pero, a pesar de ser tan diminuto, cuenta con un príncipe verdadero (que bien podría ser el Príncipe Azul), un hermoso edificio de Parlamento, que haría honor al mismo parque de Versalles, y un ejército permanente ¡de un solo hombre!

Y para mayor ambiente de irrealidad, el príncipe se llama Franz. Sólo faltaría que el ejército respondiese al nombre de Fritz para completar el idílico cuadro.

SUPERSTICIONES AÑEJAS

Se llega a la pintoresca monarquía tomando boleto en el expreso París-Viena hasta el pueblo de Buchs, en cuyo punto se cruza el legendario Rin, que a esa altura de su curso tiene apenas 100 metros de ancho. Una vez en la ribera opuesta, se halla uno de improviso en un mundo que pudo haber servido de escenario a la romántica novela de "El prisionero de Zenda".



Andreas Klieber, único sobreviviente del ejército del país maravilloso, que contaba con... ¡sesenta y seis hombres! No conocen la guerra.

Con la mayor sorpresa uno descubre en Liechtenstein el remanso soñado en este frenético torrente del siglo XX. Y tanta mayor es la sorpresa cuanto más se conozca la febril actividad de los pueblos cercanos.

Por ejemplo, a sólo hora y media de viaje a través de las montañas, se halla el famoso Friedrichshafen, sobre el lago Constanza, con su fábrica de zeppelines, símbolos dinámicos de hoy y presagio de un futuro incalculable. Cuando estos monstruos pasan ronroneando sobre las cumbres nevadas del principado, las gentes sencillas de esas tierras los observan boquiabiertas, creyendo quizá que los enormes tubos voladores son invenciones del diablo. Y se persignan, murmurando palabras que invocan protección contra los malos espíritus. Porque los habitantes del principado, criados en un ambiente medioeval, han heredado las viejas supersticiones y viven en el temor de las brujas y los aparecidos que llenan sus noches de infantil asombro. Tan es así, que no hay casa ni pesebrera en todo el país que no posea su pequeño amuleto en forma de corazón para protegerla contra el "mal de ojo".

Nadie, ni el más valiente, se aventuraría a ir solo, a la medianoche, hasta la altura donde se hallan las imponentes ruinas del castillo de Gutenberg, sede inmemorial de los señores de horca y cuchilla, antiguos dueños de la comarca.

Ya de día, todo cambia de aspecto. Entre las sombrías piedras se instalan mesitas, y en un santiamén la histórica reliquia se convierte en un improvisado bar donde el viajero podrá saborear el excelente vino de Vaduz.

UN SINGULAR EJERCITO

Vaduz es la capital del príncipe Franz. Es un delicioso pueblito salido de una página emotiva del libro de apuntes de Durero. No carece de detalle alguno; ni los aleros de las casonas suizas, ni las torcidas callejas que parecen resonar aún con los altos tacones de los mosqueteros. Y velando sobre su tesoro de recuerdos estilizados en caprichosa arquitectura, medita desde la altura de una gran rosa el castillo medioeval, Schloss Vaduz, siniestro y dominador.

En esta fortaleza el tiempo no ha puesto el pie. Todo está como estuvo entonces, hace cientos de años, cuando los condes de Hohenems hacían la guerra para distraer el tedio de su existencia feudal.

Armaduras relucientes, gigantescas espadas toledanas, pertrechos de toda índole, adornan los interiores; sobre las torres al-



A la hora del Angelus, al pie de este Cristo que se levanta en pleno campo, los nativos elevan fervorosamente su alma a Dios, como en un poema pastoril.

menadas están dispuestas las calderas de bronce listas para verter aceite hirviente sobre los sitiadores intrépidos, y en la armería espera una magnífica colección de picas y alabardas a la banda de forajidos que acompañará a los condes en sus depredaciones.

Allí está, además, la siniestra celda donde 300 mujeres y niños murieron de hambre en los trágicos tiempos de la "landskpecht", y la torre alta, ocupada por la cámara de los tormentos, que se aplicaban a los contribuyentes morosos; con la pinza caldeada a rojo, el potro y la terrible rueda de los suplicios.

La sala de guardia es más moderna. Allí, donde solían relucir marcialmente en siglos pretéritos las bellas armaduras de Angsburgo, cuelgan tristemente los 65 uniformes de otros tantos soldados que componían el último ejército de Liechtenstein, y que se murieron todos de vejez. Todos menos uno, el anciano que debió llamarse Fritz, pero que, en realidad, se denomina Andreas Kleiber. Éste permanece firme en la brecha para sacudir el polvo de los recuerdos y evitar que la polilla haga desaparecer los últimos vestigios de las huestes guerreras de su país.

EL SUEÑO DORADO DEL CONTRIBUYENTE

Al mismo pie del castillo, bajo los dos ojos vigilantes del ejército, el pueblo de Vaduz lleva una vida apacible dedicada al amor y al trabajo, sin preocupaciones de ninguna índole. No codicia conquistas ni teme los agentes fiscales. ¡En Liechtenstein no hay impuestos!

¿Cómo podrá gobernar el príncipe Franz sin extorsionar al contribuyente como lo hacen los demás gobiernos civilizados?

La respuesta habrá que buscarla en Berlín, en París, en Londres. Y se reduce a que Franz "permite" que las grandes compañías capitalizadoras constituyan domicilio en el principado, y les cobra un impuesto mucho menor de lo que se verían obligadas a abonar en los países de origen.

De este modo original el príncipe consigue que las compañías extranjeras se declaren encantadas de llevar la carga impositiva del país, librando de todo compromiso fiscal a los felices habitantes.

LOS RICOS PAGAN POR LOS POBRES

Otra manera de aumentar los ingresos es mediante la contribución que debe abonar todo capitalista extranjero que se radica en Liechtenstein para evitar los draconianos impuestos a la renta que se le exigen en el resto de Europa.

Por ejemplo: el comerciante retirado que llamaremos Herr Schmitt, de Berlín, halla mucho más conveniente radicarse en el principado y entregar a Franz una pequeña porción de sus rentas antes que permanecer en Berlín y pagar al gobierno de su patria una fuerte suma, trimestralmente, por ese privilegio. Máxime si se considera que dicho país se halla situado estratégicamente en el mayor centro recreativo de Europa: los Alpes.

Un rentista tiene siempre a mano todas las diversiones creadas para atraer al turismo mundial. Y como punto geográfico es un lugar inmejorable. En media hora de automóvil se pueden cruzar las fronteras de Austria; una hora apenas basta para llegar a Lindan, en Alemania; Italia se alcanza en dos horas por la muy buena Vía Male, y el expreso a París pasa por la misma puerta. Debido a estas circunstancias, Liechtenstein se está cubriendo de vistosos chalets de numerosos capitanes de la industria, pues cumple la paradojal misión de ser el paraíso del rico, tanto como del pobre.

UN PAISAJE VIRGILIANO

Lo que más impresiona al viajero que llega a descubrir este insospechado rincón del mundo, es el carácter bondadoso y festivo de los habitantes del pequeño Estado. Ese espíritu alegre y despreocupado se palpa en todas sus manifestaciones. Hasta las vacas lecheras, de las cuales se jactan de poseer magníficos ejemplares, llevan guirnaldas de flores y ambulan por los caminos al son de alegres campanillas de plata.

En las noches de verano la población urbana se reúne en los jardines para tomar sus copas de buen vino de Vaduz, en un ambiente de camaradería y buen humor, mientras que los montañeses se pasean por los bosques, entre el parpadear de luciérnagas, cantando en coro las típicas melodías regionales.

Todo trasunta bienestar y buena voluntad hacia el prójimo, sentimiento brotado de una tierra sin odio ni miserias, y de un pueblo culto y tolerante que cree en la felicidad.

Y esto no es de extrañar, porque además de sus otras ventajas, Leichtenstein no conoce el problema de la desocupación, ni el hacinamiento industrial, ni las crueles exigencias de la lucha despiadada por la vida que corroen el alma del resto de la humanidad.

¡Es el país de Jauja, el paraíso perdido por la desmedida ambición y el frío egoísmo de los hombres!

FIN

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



RAFAEL (García León). — Mi mujé, que en gloria esté, era del Norte, de un pueblo tan frío, que en invierno era necesario abrigar el termómetro.
MARIA MANUELA (L. Alcoriza). — ¡Vaya por Dios!
RAFAEL. — Y era tan simple la pobre, que le echaba yo un piropo y tenía que explicárselo...

De "EL SUSTO", éxito del teatro Apolo.



ARTURO RINCON (M. Perales). — ¿Está la señora en casa?
TOMASA (E. G. Granda). — Sí, señor, y m'ha dicho que está esperando a un caballero... ¿Cuál de ustedes es el caballero?

De "EL SUSTO", éxito del teatro Apolo.



VARGAS (L. Simari). — Yo me llamo García.
LEIVA (J. Gangloff). — ¿Su dirección, señor?
VARGAS. — ¡Búsquela en la guía!

De "SABADO INGLES EN EL PARAISO", éxito del teatro la Comedia.



GALEA (A. Gandia). — ¡Todos los abogados son unos sinvergüenzas!
RAFAEL (García León). — ¡Hombre! ¡Todos, no!
GALEA. — Usted perdone... ¿Es usted abogado?
RAFAEL. — No; ¡pero soy sinvergüenza!...

De "EL SUSTO", éxito del teatro Apolo.

El caso curioso de "Hildegart"

(Continuación de la página 53)

se lo había ordenado su patrona.

Las dos mujeres fueron a casa de "Hildegart". Todo era silencio y un profundo olor a pólvora les salió al encuentro. Se sintieron un tanto alarmadas, y mucho más cuando al llamar en la habitación nadie respondió. Abrieron la puerta y ante sus ojos apareció un triste cuadro: "Hildegart", completamente desnuda, yacía cubierta de sangre. La otra cama, en que dormía la madre de la asesinada, estaba sin deshacer. Se conoce que esa noche no se había acostado en ella.

¿POR QUÉ LA MATÓ?

¿Qué móvil armó el brazo de esta madre para ultimar a su propia hija? ¿Fué una pasión morbosa? ¿Fué un momento de extravío, de enajenación mental? ¿O pensó que al casarse la joven iba ella a quedarse sola, acaso sin ningún amparo? Que premeditó el crimen es evidente, ya que días antes probó el revólver haciendo disparos al aire. Además, también se ha comprobado que la última semana "Hildegart" estaba secuestrada, habiéndose ordenado a la portera que dijera que no había nadie en la casa a los que preguntaran por ella.

Pero sea cual fuere el motivo, la realidad es que es monstruoso por ser la autora una madre y la víctima su propia hija. El egoísmo feroz de la criminal, que ocultaba celosamente a la muchacha para que nadie pusiera los ojos en ella, es también indigno de una verdadera madre, porque la que lo es de verdad se enorgullece de mostrar su hija al mundo, y máxime si ella es bonita y de talento como lo era "Hildegart".

Los restos de la infortunada escritora fueron velados en el Círculo Federal, donde ella había dado una serie de conferencias y se la quería por la bondad de su corazón y las luces de su inteligencia. Todo Madrid acompañó los restos de "Hildegart" al cementerio, y muchas mujeres lloraban al paso del entierro de la desgraciada muchacha que murió sin haber realizado su sueño de amor.

HACE CINCUENTA AÑOS SUCEDIÓ UN CASO PARECIDO

Con motivo del crimen de la joven escritora, se ha recordado en estos días uno semejante que sucedió también en Madrid hará unos cincuenta años. En este caso no fué una madre la asesina, sino un padre. La víctima se llamaba Blanquita Gassó y era hija de un conocido comerciante madrileño. Además de poseer una gran belleza, Blanquita comenzaba a destacarse por sus dotes de escritora y poetisa. El padre era viudo, y sentía tal adoración por su hija, que a todas partes la acompañaba, aunque fueran reuniones exclusivamente de hombres, por no dejarla sola en la casa.

A todos les llamaba la atención la idolatría que experimentaba el comerciante Gassó por su hija, cuyos versos estaban llenos de sentimiento y belleza poética. Un día el padre intentó desfigurarla cortándole las comisuras de los labios, pues decía que así nadie pondría los ojos en ella. Al poco tiempo de esta monstruosidad, Gassó entró una mañana en el cuarto de su hija, que se encontraba durmiendo — como en el caso de "Hildegart, — y la mató a tiros, como hizo la madre desnaturalizada con su hija.

Pero este padre digno de un manicomio fué más noble que la madre de ahora, pues comprendiendo acaso lo espantoso de su delito, con la misma arma se dió muerte, mientras que la madre de "Hildegart" se entregó a la policía serenamente, como si acabara de realizar una hazaña y no temiera la acción de la justicia.

¡Ah, qué alivio causa saber que madres como ésta de "Hildegart" no abundan en el mundo!...

EPÍLOGO DESCONCERTANTE

Ya en máquina esta nota, nos llegan nuevas informaciones del drama de "Hildegart". Un correligionario de la escritora asesinada, que fué su confidente, ha hecho declaraciones importantes: ha dicho que Aurora Rodrí-

guez no era la verdadera madre de "Hildegart", sino que ésta le fué entregada cuando la muchacha tenía ocho meses.

¿Qué hay de cierto en esto? ¿Es o no la madre de la desdichada escritora esta mujer que no la dejaba a sol ni a sombra, y que la mató en cuanto supo que su esclava iba a unir su destino al de otro hombre?

El señor Vicente Alabau, secretario de la Alianza de Izquierdas, conoció en Valencia a "Hildegart", con motivo de una serie de conferencias que ésta dió allí y que alcanzaron ruidoso éxito. Hasta cuenta que en el banquete que le brindaron a la conferenciante en aquella ciudad, al preguntarle un comensal a "Hildegart" cómo se llamaba, ella respondió que no tenía más nombre que éste, lo cual hizo cambiar de color a la que todos creían que era su madre y hasta algunos notaron el temblor de cólera que contrajo su boca.

Después, el mismo señor Alabau dice que en el patio del hotel de Valencia, mientras la "madre" de "Hildegart" dormitaba en un sillón, abrumada de cansancio y de calor, la joven aprovechaba la oportunidad para decirle cuánto la hacía sufrir "esa mujer", afirmándole que ésta no era su madre.

La justicia, naturalmente, tendrá que aclarar este punto tan importante. Pero sea como fuere, lo indudable es que la matadora de "Hildegart" ha procedido cobardemente, haciendo gala de un feroz egoísmo que la convierte en uno de los delincuentes más abominables de los últimos tiempos.

FIN

Tres mil pesos

(Continuación de la página 51)

para que no descuidasen el hogar. Después, poco a poco la vida fué siéndoles propicia. Pero Cabrales, comprendiendo que el origen de tanta penuria fincaba en el misérrimo vegetar del conventillo, resolvió sacrificarse, economizar y hacerse dueño de una vivienda en algún pueblito vecino. Aquellas criaturas de recia cepa, pero entecas, paliduchas por la brutal restricción vegetativa, necesitaban aire y sol. La mujer, encantada, secundóle afanosamente. Asistieron a varios remates, y luego de mucho cavilar pudieron adquirir un lotecito. Pasaron varios años. El plan económico era duro. Cada final de mes los replanteaba el problema, cada vez más arduo de solución. No sobraba nada... Empero, "estirando" los trajes, el calzado, los alimentos..., absteniéndose de todo cuanto no fuera el apremiante mendrugo, el ahorro se les hizo fácil. Ella laboraba sin descanso para una fábrica próxima. Los niños, maravillados con la idea de la casita, de poder correr y saltar en la extensa faja de tierra — que visitaban algunos domingos, — cooperaban también con su conducta juiciosa y aplicada. La bella inspiración común los hacía felices.

Cabrales avanza ahora exaltado de dicha, rememorando tantos rudos instantes, venturosos en el recuerdo. El placer que experimenta humedece sus ojos. Avanza absorto en los proyectos, olvidado casi del objeto que tanto lo turbara minutos antes. Casi olvidó su tesoro. Pero de pronto la realidad lo sobresalta. Y repone todo su ser en ese mazo, que aprieta hasta hacerse daño con su brazo derecho. Se aterra por su reciente distracción. Censura a la caja que le entregó muchos billetes "chicos", haciendo más visible el voluminoso fajo. Tiene aún muchas cuadras que recorrer. Podría tomar un taxímetro. ¡Pero, no! "¡Vade retro...!" ¿No leyó, días pasados, la noticia de un salteamiento hecho en connivencia con un chauffeur de taxi?... Al atravesar la calzada tiembla por la posibilidad de un accidente que dé lugar al robo; por esto únicamente; que por lo demás... ¡Bah! Devóralo la sed. La tarde se diluye en un sol africano. Cabrales dispara miradas de trágica avidez a los bares automáticos, a las lecherías. Pero no claudica. Exuda y jadea. Y sigue firme adelante, con el brazo como lisiado sobre su costado diestro. Su aspecto de fatiga, sus ojos inquietos, avizorantes, empiezan a llamar la atención. Un agente lo observa con fijeza alarmante. Cabrales apura el paso. Más allá, en la esquina, oye que alguien pregunta a otro, del que se separa:

— Che: ¿Llevás vos esa plata...?

— ¿Eh? ¿Cómo? — interroga Cabrales, fuera de sí, blanco de angustia.

Los dos amigos lo miran boquiabiertos. Luego sonríen, llevándose un dedo a la sien. Se avecina el crepúsculo. Tranvías, ómnibus, colectivos corren repletos, sobrecargados de empleados y obreros. Bocinas, gritos, altoparlantes.

— ¡La quinta..., con el gran asalto al Banco de...! — vocea un chico. Cabrales se estremece. Apenas puede moverse ya. Son cincuenta cuadras andadas bajo una atmósfera plúmbea. Sólo recobra energía en las bocacalles. Allí se yergue, se multiplica en ojos y pies. De pronto el estupor lo paraliza. Una exclamación de hombre de caverna le desencaja las mandíbulas. Se palpa el lugar del bolsillo-caja y no encuentra el paquete. Petrificado no atina sino a perderse en un torbellino de ideas absurdas. La muchedumbre cruza indiferente. Cabrales aniquilado, semidesvanecido, llora. — ¡Oh! ¡Pero, no! ¡No es posible! — acierta a murmurar, buscando de nuevo. Al fin, un alarido atrae a la multitud, que le contempla, pasmada. Él reacciona y prosigue. Ya no es el brazo, sino la mano la que aprieta el mazo de billetes. El forro del bolsillo interior, cien veces recosido, se había roto... Cabrales siéntese ahora reposado, fresco, como recién salido del baño. La violenta conmoción nerviosa fué como un masaje eléctrico en sus músculos doloridos. Por fin se acerca el hogar. Revé caras conocidas. Alguien lo invita a jugar un truco.

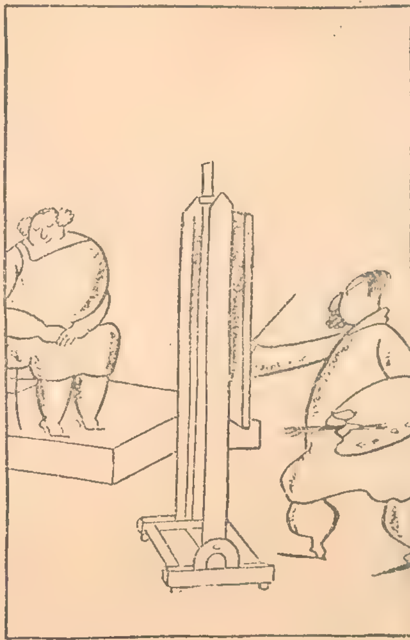
— Disculpá, che... ¡No puedo. hoy! ¡Chiao!

— ¡Hoy como nunca, amarrete zonso! — murmura el amigo, que conoce la — para él — grotesca avaricia de Cabrales. Éste redobla la marcha. Jadea, desfallece. Pero ya no es de fatiga, sino de júbilo, de felicidad. La mujer,

(Continúa en la página 63)

Las grandes historietas de SOGLOW









EL PINTOR DE PAISAJES HACE SU PRIMER RETRATO

Derechos exclusivos de reproducción adquiridos por MUNDO ARGENTINO

CUPIDO en



POEMA en CINCO PLATOS y un PASEO por el PARQUE

VIERNES. Ya era cosa sabida: Ramiro Mirmont no cenaba en el hotel.

¡Qué extraña se le hacía a Elena la regularidad de estas ausencias, tan naturales! ¿Por qué tenía él que cenar en la capital dos veces por semana... y Dios sabía con quién?

Torturada por este pensamiento, mordíase el labio inferior y clavaba en cualquier parte una mirada turbia de celos. Porque no le vendría con el cuento de que trazaba proyectos de ingeniería a aquellas horas, después de haber trabajado todo el día en el hotel, que era donde tenía su estudio... ¡Y donde la tenía a ella, además! ¡Ah, no! Aquello no podía continuar así. Al día siguiente — ¡ni más ni menos! — le pondría las peras a cuarto.

Estaba decidida, ¡decididísima! Y para demostrarse a sí misma que, por esta vez, su resolución era inquebrantable, llamaba al mozo y le decía severamente:

—Pero, ¿con qué han preparado estas "coquilles"? ¡Por Dios!...

—Señorita, han sido preparadas expresamente para usted.

—Pues se han equivocado expresamente. Llévelas.

Tras estos ensayos del carácter, sorbía con nerviosidad mal disimulada, una tacita de café; decíale a su padre cuatro palabras cualesquiera y entregábase a una distracción artificial. El ventilador, la orquesta.... ¿Por qué contratarían en el hotel orquestas tan malas? ¡Parecía mentira! Ahora mismo estaba haciendo el violín un "pizzicato" más indefinido que un revuelto de tomate. ¿Y el "chelo"? ¡Qué idiotez tocar el "chelo" cuando se maneja el arco lo mismo que si fuera una estaca!...

Pero aunque procuraba interesarse agresivamente por todos los detalles de organización, el recuerdo de Ramiro la traicionaba. ¡Sí, sí! ¡Para distracciones estaba ella! Ahora sentíase asaltada por la idea respondona, por la idea espejo, en la que veía su verdadera situación. ¡Qué terrible ira contra sí misma al darse cuenta por centésima vez de que ella no podía decirle nada a Ramiro! ¡Nada! ¿Qué peras le había de poner a cuarto, ni qué cuentas tomarle..., si no eran siquiera amigos? ¡Si sólo cruzaban, al paso, inclinaciones de cabeza en el "hall", en el comedor o en el parque!

Eso sí: aquellas reverencias en el comedor se prolongaban en juegos de miradas expresivas como conversaciones. Se contaban así las impresiones del día para halagarse, para reñirse o para reconciliarse.

—¡Vaya unas horitas de bajar al comedor! ¡Cuando yo estoy ya en el postre! Pretenderás que ahora me tome doce cafés para hacer tiempo, mientras el señor come...

Él "oía" perfectamente esta mirada. Y espiando el momento en que nadie observaba, que era siempre aquel en que observaban todos, abría mucho los ojos y enarcaba las cejas. Y ella "oía":

—No te enojes. Tuve que ir al centro, y vine un poco tarde. Ya te explicaré.

Pero Elena se enojaba. Pasado un rato, volvía furtivamente la cabeza a la mesa de Ramiro para sorprenderle, acaso, cuando un tallarín se le resistía a entrar en el abismo de la boca.

Otras veces se sentía ella mirada profundamente cuando chupaba un espárrago. ¡Vaya unas escenas de amor! — pensaba. — ¡Oh, aquello era altamente ridículo! Verdaderamente, la solteronaza Carlota y su mamá — ¡Cotorronas!, ¡Cotorronas!, insultábalas mentalmente — eran dos malas brujas; pero hacían muy bien en reírse de ella. ¿Quién le mandaba ser tan estúpida, no tener fuerza de voluntad para dejar de "afilar" con aquel ingenierete, que también se reiría con sus amigos de la capital?

Y si no, ¿por qué en tres meses de "madrigales a la "mayonesa" y de "tragedias a la provenzal" no había aprovechado ninguna oportunidad para ordenar los hilos de aquella madeja, ya tan enmarañada de celos, desaires y reclamaciones vehementes, que no había manera de encontrarle un cabo? ¿Por qué no evitarle aquellas horribles incertidumbres, que asomaban con escándalo a sus ojos y a la inquietud de sus paseos por el parque, en el que ya no podía dar un paso sin encontrarse con "pesquisas" que atisbaban sus rumbos y sus actitudes, escondidos tras las celosías o parados inexplicablemente detrás de los árboles?

Quizá en esto mismo estaba la causa que contenía los ímpetus amatorios del ingeniero Mirmont. No iban bien a su carácter las posibles incidencias del amor en un hotel de veraneantes como aquel. Abundaban allí los matrimonios semiprovectos, chafados por la vida con una irremediable esterilidad; las solteronas como la "Cotorrona",

el COMEDOR

...teje siempre las travesuras insidiosas que más pronto encienden la mordacidad de las gentes suspicaces y ansiosas de emociones pintorescas.

CUENTO

Por

MARCIAL DE LAIGLESIA

de las que no se sabe nunca si buscan a quien querer o a quien odiar; los enfermos que pretenden comprar con trescientos pesos, en un mes la vida que perdieron dando al vicio muchos miles y muchos años... Las miserias, las amarguras que se ocultan bajo sonrisas y trajes claros, y que espían la felicidad ajena como quien espía un delito... Tal vez esperaba Ramiro el retorno de Elena a la capital, y quería contentarse por el momento con cimentar un amor serio, sin exponerlo a las ferocidades sociales.

Pero las fieras tienen garras para algo. Y Ramiro, acaso excesivo en su sensatez, les dejaba atrapar la misma carne que no quería darles.

Nadie admitiría allí la hipótesis de que Elena y él no se "entendiesen". Pero, ¿dónde y cuándo se "entendían"? ¡Eso era lo que había que averiguar!

Por cierto que Elena iba también algunas veces a la capital.

—Conque de compras, ¿eh?—preguntábale cariñosamente, a su regreso, alguna fisgona.

Y otra interpolaba:

—Día de compras, por lo visto. También el señor Mirmont ha venido con muchos paquetes.

Abríase después un silencio cargado de cosas...

Y un día cualquiera suponían todas que algo grave debía haber sucedido entre los dos, porque Elena no aparecía en el comedor. ¡Qué extraño! ¡Si aún no hacía dos horas que la habían visto en la glorieta!

—Quizá por eso mismo — explicaba el padre. — Demasiado sol...

Pero, en realidad, era que Elena sentía vergüenza, dolor de sí misma, del amor que no se dice, de la ira que no se domina, de los altibajos de ansiedad por un instante que nunca llega. Y entonces se ocultaba; quería estar sola; tenía miedo de sus propios ojos, que más de una vez habían dejado salir una lágrima impertinente.

Pero esto era peor. Todas las señoras y señoritas del hotel iban a la habitación a interesarse por su salud.

—Eso es nervioso, Elenita.

—Hace mal en encerrarse. En el comedor hubiera estado más distraída.

La "Cotorrona" madre, luciendo su bondad y su experiencia, contaba de sus neurastenias de la juventud, que siempre la acometían cuando estaba enamorada en secreto. Y la "Cotorrona" hija, que andaba recorriendo con mirada solemne la figura de Elena, soltaba una carcajada estrepitosa, en complicidad con un vago reproche:

—¡Pero, mamá, por Dios!

Después, en brusca transición, acometida de un repentino enojo, salía airadamente, murmurando en su interior algo que se adivinaba en su gesto:

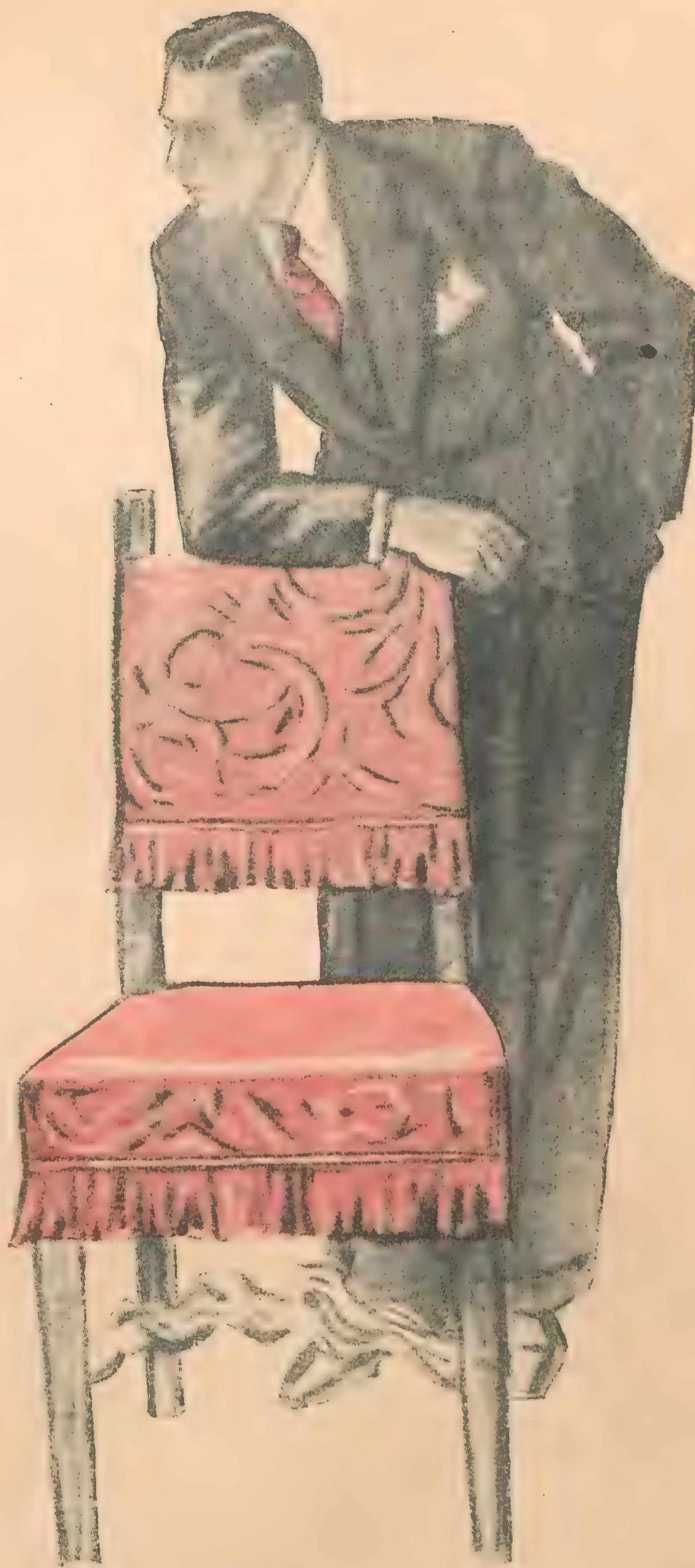
—¡Bah, bah! ¡Cosas de locos!

Aquella noche Elena estaba sedienta de sensatez. No se preocuparía más de aquel amor sin capítulos que la obligaba, que la supeditaba enteramente a Ramiro, como si algo formal hubiera entre los dos, y que no pasaba de ser un "poema en cinco platos". Aquello ni era comer ni era amar.

¡A la cama! A finiquitar en un sueño largo y reparador la enrevesada cuenta amorosa. Su voluntad, firmemente decidida, lo vencería todo. ¡Así! — Y estiraba un brazo sobre la almohada. — ¡Ajajá! Con no pensar en tonterías, con dejarse acariciar por la frescura fugaz de las sábanas tenía bastante para dormirse pronto y bien. Mañana, cuando los pájaros del parque iniciaran sus escandalosos parloteos, se despertaría con los párpados bien sueltos y la cabeza bien despejada, y allá el ingeniero con sus excursiones a la capital. ¿Qué tenían que interesarle a ella las correrías de un desconocido?

Dió otra vuelta, pegó otro manotón sobre la almohada, y se acabó. ¡A dormir!

....



—Señorita, ¿me permite una palabra?

Se despertó con deseos de saber qué hora era. Su brazo derecho hizo unos giros contorsionados, en busca de la llave de luz, y terminó tirando al suelo el reloj de la mesilla, que luego recogió parado en las dos y cuarto.

¡Esta sí que era buena! Pues, ¿no se había propuesto dormir?... ¡Oh, qué cansancio, qué terca excitación!... ¡Nada! ¡Que no era posible y que no era posible!... Buscó el pañuelo bajo la almohada. No estaba. A ver por el suelo... Tampoco. ¡Pero si ella recordaba muy bien haberlo puesto allí al acostarse! Por fin, alzó las revueltas sábanas; las sacudió... Sí; allí estaba el pañuelo. Pero ¡cómo! Arrugado, retorcido, torturado, hasta un poco roto, en incipiente rasgadura. ¡Muy bien! ¿De modo que en

vez de dormir se había entretenido en romper el pañuelo con movimientos nerviosos? ¡Habríase visto, la muy loca!

Entreabrió la ventana. ¡Que entrase la gracia de la frescura! Tras la reja, que daba al parque, en la planta baja, recortaban las frondas su irisada silueta. Allá, un poco al fondo, las columnitas de hierro de la glorieta sostenían la bóveda del emparrado. Si no le diera algo de miedo, ¡de qué buena gana iría hasta allí, se sentaría a la mesita de azulejos y leería un poco a la luz de la luna!... ¿Por qué no? El parque tenía alta cerca. La glorieta estaba rodeada de follaje. Nadie la vería...

Acomodóse su kimono, echóse al cuello una écharpe y salió. Ya en el pasillo, la puerta que se abría al parque acentuó una promisión de paz en su batahola mental. Descendió los dos escaloncitos. ¡Qué placer! ¡Y qué absurdo el obstinarse en dormir en las noches caniculares! En los muros del hotel, ni una luz. Aquellos infelices de pensionistas dormirían y sudarían. Le dejaban el dominio del parque. ¡Tanto mejor!

Las irregularidades de la fronda dejaban pasar a la glorieta rayitos de luz que se sentaban en los taburetes azules y se respaldaban en el cojín florido de las plantas trepadoras. Sobre la mesa caían también charquitos de luz. ¡Qué aguafuerte! Y aquel necio de ingeniero, tan artista, y buscando . . . ¡aguafuertes en la ciudad!

Pero... ¡qué temblor al recuerdo de Ramiro! ¡Qué locura haber ido al parque! Si Ramiro regresaba a aquella hora, y... Era una imprudencia estar allí. ¡Al dormitorio, al dormitorio!

¡Sí, sí! Al dormitorio...

Juro por mi honor de novelista que yo no tengo la culpa de que Elena hubiese adoptado esta resolución tardíamente.

Ramiro llegaba ya. Venía distraído, a paso lento. El sombrero entre las manos, cruzadas a la espalda. El bastón bajo el brazo, sesgando con su línea la verticalidad de la figura, alta y garbosamente tallada.

Se dirigía a la glorieta, precisamente. Elena le vió venir como a un enemigo que vence. El ruido de su corazón, que latía viva y fuertemente, le decía que aquello no tenía remedio... ¡Salir, salir! Pero, ¿por dónde, si sólo había una puerta en la glorieta, si el ingeniero estaba ya demasiado cerca?

De pronto resolvió. ¿Por qué dar importancia al encuentro? Se mostraría digna y correcta. Nada más. ¡Qué conflicto ni que niño muerto! Y salió.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, señor.

Ella siguió en dirección al edificio.

Él dudó al verla allí a aquellas horas, en aquel indumento, tan dueña de sí... Su casual encuentro resultaba una impertinencia... ¿No creería ella que era fruto de un espionaje?

Quiso balbucir una disculpa:

—Señorita... ¿Me permite una palabra?... Yo me retiro. Puede usted tomar tranquilamente el fresco. He venido aquí, porque tal es mi costumbre cuando regreso tarde. No sospechaba...

Volvió ella, lentamente, la cabeza. Después, el cuerpo, y toda entera se plantó ante él, casi insolente, de tan serena, mirándole a los ojos con los suyos muy abiertos: entradas de un abismo en cuyo fondo brillaba el fulgor dorado de un topacio.

Ramiro sintió el cortante filo de un fracaso abrumador. Los ojos que tantas cosas buenas le habían dicho, preguntábanle ahora:

HOJEANDO *los* ULTIMOS LIBROS

COMENTARIOS DE ANIBAL PONCE

A partir del presente número de MUNDO ARGENTINO, se hace cargo de esta sección de crítica literaria el conocido hombre de letras Aníbal Ponce, cuya versación, puesta ampliamente de relieve en el libro y en el periodismo, le da una autoridad poco común para ocuparse de nuestra producción intelectual.

Aníbal Ponce ha demostrado, sobre todo en el ensayo, que su conocimiento de las ideas generales es mucho. Ello lo capacita para juzgar la obra ajena desde las páginas de MUNDO ARGENTINO, y más si se tiene en cuenta que una de sus más frecuentes y celebradas actividades ha sido siempre la de la crítica precisamente.

MUNDO ARGENTINO se complace en anunciar esta novedad a sus lectores, en la seguridad de que ellos sabrán valorar debidamente la adquisición que con esta prestigiosa firma realiza la revista.

RICARDO ROJAS, LUCAS GODOY... Y SAN MARTIN

El viaje inesperado de Lucas Godoy nos dejó, a todos, sorprendidos. Cierto es que desde hacía algún tiempo lo venía anunciando; pero sin ese tono de convicción que acompaña en él a las resoluciones definitivas. Por otra parte, lo suponíamos tan definitivamente instalado en Buenos Aires, entre sus papeles y sus libros, que nunca hicimos mucho caso de ese extraño proyecto suyo — a lo Saint Simon o a lo Balzac, — que no se avenía para nada ni con sus hábitos ni con sus gustos. Pero en este extraño sanjuanino que un día se nos presentó tímidamente, no hay empresa, aun la más absurda, que pueda parecerle irrealizable. Y como llegó, se fué.

"No me traicionen — nos dijo el último día que pasó por la revista. — Si mis colonos llegan a saber que he sido escritor, estoy seguro de que todo se me viene abajo..." Rehusó por eso, entre risueño y contrariado, la comida cordial con que habíamos pensado despedirlo. Pero como yo no ignoraba sus deseos de confiarme esta sección — "hasta que vuelva, si es que vuelvo" — no me pude substraer a la tentación de visitarlo unas horas antes de que dejara Buenos Aires.

Lo encontré en su departamento encajonando libros. Tarea fastidiosa, sin duda alguna, pero que no deja de tener cierto aire de responsabilidad que nos agrada. Tan fastidiosa que, por eludirla, permanecemos a veces muchos años en un departamento que nos disgusta; y de tanta responsabilidad, que no se la confiaríamos a otras manos distintas de las nuestras...

Entre montañas de libros y de diccionarios, Lucas Godoy se movía ágilmente. Cuando me vió llegar salió a mi encuentro con un gesto muy suyo de desolación fingida:

—Mi querido amigo, estoy perdido. — Y como viera en mi rostro que yo no acertaba a comprenderlo, añadió en seguida: — Ricardo Rojas me ha condenado a morir. ¿No ha leído usted el número de "El Hogar" del 4 de agosto?

Antes de que yo tuviera tiempo para responder dió media vuelta, saltó por encima de una cordillera de volúmenes, alcanzó "El Hogar", lo hojeó, y me dijo:

—Escuche usted al señor Rojas. "Por una coincidencia que no puedo explicarme, los que han escrito contra mí se han muerto en seguida o han sido víctimas de lamentables desgracias." ¿Qué me dice usted? ¿No le anuncié ya que estaba perdido irremediablemente? Referirse a Rojas sin admiración resulta, por lo visto, tan terrible como tocar el velo de la diosa. Le confieso que estoy arrepentido. Nunca hubiera creído que por tan pequeño aturdimiento me estaría destinado el mismo final de Salambó. Pero siga usted escuchando: "Tengo ahora miedo de polemizar con mis detractores, máxime que la lista de las desgracias y los desgraciados es ya muy larga." ¿Se asombra usted? Pues eso no es nada. Aunque tiene miedo de enviar algunas desdichadas almas al infierno, vea usted cómo a renglón seguido el señor Rojas se encara con mi humilde persona y me fulmina. Pero tome usted "El Hogar", y léalo, que tengo todavía bastantes libros que encerrar.

Tomé la revista que me alcanzaba, me acomodé en un rincón y me puse a recorrer el párrafo que el señor Ricardo Rojas había tenido la crueldad de dedicarle. La "crueldad", he dicho, y es poco. "Asesinato consciente", sería más justo. Porque dado lo que Rojas sabe de sí mismo, debería tener la réplica prohibida.

Yo no había terminado la lectura cuando Godoy, entre martillazo y martillazo, preguntaba de nuevo sin mirarme:

—¿Conque dice Rojas que yo me he lanzado sobre su libro con "saña voraz"? ¿Que mis opiniones políticas son el móvil secreto de mis críticas? Usted que me conoce puede sonreír tan ampliamente como yo. ¿Me imagina pronunciando la frase que el autor de "Elelín" me atribuye: "Ahora lo voy a deshacer a Ricardo Rojas?" ¡Cuánta gracia me ha hecho! ¿Qué sería de mí sin Ricardo Rojas? ¡Si supiera él que cada libro suyo me hace feliz por mucho tiempo!

"Aquí tengo, precisamente, "El santo de la espada". Lo he releído no sé ya cuántas veces, pero me acompañará en el viaje como un amigo fiel. En cada nueva lectura descubro siempre alguna veta insospechada.

"¿Recuerda usted aquel libro mío, tantas veces anunciado, sobre "El estilo crespo"? Aunque hace tiempo no converso de él, no crea usted que lo he abandonado. A pesar de que el título se presta a confusiones no tiene nada de agresión racial. Crespo no quiere significar, únicamente, ensortijado o rizado. Dícese también — sentencia la Academia, — "del estilo artificioso, obscuro y difícil de entenderse". Mi libro será un estudio de estilística; de una importancia grande para la comprensión de nuestra América: de nuestra América "dionisiaca", como diría Rojas.

"Escritores crespos los hay a montones en la América tórrida: desde ese incomparable licenciado Vasconcelos hasta el menos ambicioso de los poetas pueblerinos. Pero ninguno, oiga usted bien, me parece tan representativo como Rojas.

"Desde "El país de la selva" hasta "El santo de la espada" no hay una sola de sus páginas que no la tenga yo fichada. ¡Y pensar que Rojas cree que me he propuesto "deshacerlo"! Cada libro suyo enriquece mi obra con aportes incalculables. Las breves líneas del señor Rojas que yo transcribí en el desdichado artículo de MUNDO ARGENTINO — que me traerá la muerte, — me parecen de por sí bien elocuentes.

"Pero es conveniente que conozca usted algunas otras, no menos "coruscantes" y "ecuménicas". Abra el libro por donde le parezca, y lea el primer párrafo que encuentre."

Respetuosamente me acerqué al "El santo de la espada", y con devoción lo tomé entre mi manos impuras. Hojeando aquí y allá, fuí leyendo de este modo:

—Su cuna de Yapeyú es el ombligo cósmico de su ser (página 251).

—La transición del mito épico y del pathos trágico a la soledad ascética... (página 350).

—Está palpando el cuerpo de la patria, no con ansias de amante, sino con magias de brujo. Su alma antigua y firme como la roca plutónica de los Andes busca esa roca, vértebra de América, para fundar con ella su entrevista gloria (página 148).

—San Martín se inició secretamente en la logias de Cádiz y de Londres, restos de la Atlántida misteriosa, y en posesión de la Ley Solar con sus divinas verdades vino a tener al pie del Aconcagua, en el silencio de las piedras, su sueño místico (página 493).

—Así la conciencia de este hombre perfeccionóse, dentro de sí mismo, según las pitagóricas normas de la pirámide, que es sólida realidad terrenal en la base, firme ascención en las aristas y ápice de pureza en la cúspide luminosa, con los símbolos de la eternidad en su seno y movedizas arenas en torno (página 520).

—Ambos paladines fueron, como Cástor y Pólux, los dióscuros de América, gemelos de un mismo pathos épico; y en la noche continental sus nombres alumbran como los dos héroes del mito antiguo, convertidos en epónimos siderales sobre el cielo del continente dionisiaco (página 496).

Lentamente cerré el libro. Mis fuerzas no daban para más. Un gran silencio "cósmico" llenaba nuestra estancia. Godoy, a muchas leguas ya del martillo y los cajones, me miraba con lucidez "pitagórica".

Calladamente, como quien no se atreve a romper con una complicidad que no ha buscado, dejé el libro sobre un cajón y estreché con fuerza la mano de Godoy, tan injustamente condenado a muerte.

"¡Pobre amigo mío!, me decía mientras bajaba lentamente la escalera. No es poca desgracia para un hombre como él haber nacido en esta América nuestra, cada día más crespa y "dionisiaca"...

Aníbal Ponce

—¿Quién le pide a usted explicaciones? No me interesan sus costumbres.

Bajo el mazazo, inclinó él la cabeza, definitivamente humillada. Estuvo así algún tiempo, vencido, horrorizado de haber creído en aquella mujer. Él podría haber temido el mentir de las palabras, que por primera vez conocía directamente; pero no habría podido sospechar nunca la mentira en aquellos ojos, que habían sido para su espíritu la voz clara, la palabra cierta, la caricia y la promesa.

Creyendo ya lejos a Elena, intentó recobrar el dominio de sí. Alzó la cabeza... Y aún Elena estaba allí. Ya no altiva, sino derrotada por la caballerosidad de Ramiro.

Y le preguntó, dulcemente imperiosa:

—Pero, ¿se puede saber qué haces tú en la capital hasta estas horas? ¿Cómo quieres que te diga que no puedo tolerar...?

El "poema en cinco platos" empezaba ya a cantarse en estrofas. Mañana hablarían y se lo explicarían todo. Había que evitar...

Sigilosamente, cautelosamente, dos sombras habían venido cruzando entre árboles y setos.

—¿Lo ves, mamá? — preguntaba una, con la boca al oído de la otra.

—Cuando yo te decía...

Y empezaron a hablar fuerte y a reír a carcajadas, para llamar al festín de la mordacidad a las demás gentes del hotel...

FIN

Tres mil pesos

(Continuación de la pág. 61)

muy alarmada, lo aguarda en la acera.

—¡Pero, che! ¿Cómo tardaste tanto? ¡Una aquí intranquila..., y vos perdiendo el tiempo por ahí, con esa plata!

Cabrales se desploma en la primera silla. Los chicos, sabedores del suceso, se lo disputan a besos.

—¡Agua, agua!... ¡No! ¡Cerrá, cerrá la puerta!

Cabrales forcejea para extraer del fondo del saco el caudal que condujo como un crimen esa tarde memorable.

—¡Pero, viejo! ¿Dónde lo metiste?

—¡Vieras qué susto! ¡Se ... se rompió el forro!

—¡Dios mío — salta ella, juntando las manos, helada por la sospecha del peligro. Cabrales refiere la siniestra caminata, ante los ojos atónitos de todos. La compañera, viendo ya el dinero seguro, ríe y llora abrazando a su esposo.

—¡Bueno! Ahora, a hacerse el ranchito... ¡Rápido! ¡Vida nueva!

—¿Cuándo nos vamos, papá? — cantan, ansiosas, las cinco vocecillas.

—¡Pronto, pronto, pibes! Van a ver qué carnes y qué colores echan allá!

Y dirigiéndose a la esposa:

—Pero, querida... ¡Nada de guardar en los bancos! ¡Prefiero el "colchón"! ¡Qué tardecita, vieja!

De súbito palidece y exclama:

—¡Che, che! ¿Y... y la "casita"?

Ella sonríe maliciosa, se incorpora un poco y señala... Se había sentado sobre la "casita"...

FIN

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

mas ramas que llevamos de aquí.

—Está bien — dije, — el domingo iré a hablar con tu padre; le enteraré de todo. Me ofreceré a mediar para que seáis recibidos en un colegio.

Los niños se demostraron gozosos. El colegio era para ellos una ambición.

Pero el domingo caí enferma y sólo pude ir tres semanas después.

Desde lejos nos vieron nuestros amiguitos y nos salieron al encuentro.

—Y, ¿cómo va vuestra suerte?

—Muy bien, señora; venga usted; venga usted y verá. ¡Ha ocurrido una cosa milagrosa! El haz de ramas que traía mi hermano más pequeño sobre la espalda quedó allí tirado; al día siguiente él mismo lo colocó en un tacho con agua como si fuera un ramo de flores; nadie miró más ni mi abuelita reparó en él. De pronto apareció brotado, con hojas, con hojas, señora, como si fuera un árbol; luego echó unas florecillas. Cuando si abuela las vió se quedó estática; sólo le oímos decir:

—¡Bendita naturaleza!

Desde ese día cuida las ramas con una alegría sin límites; las ha plantado en la tierra, las riega y les sonríe...

Hablé con la abuela; vi en ella despierto un nuevo amor; le estimulé en él; al día siguiente le mandé plantas, flores, semillas y gallinas, y el padre me autorizó a poner los niños en un colegio. Les llevamos cuadernos, delantales, zapatos.

Ahora pasan todas las tardes por nuestra casa a tomar el chocolate. ¡Son tan dichosos y alegres que es una gloria verlos! Ya no viven temerosos, ya no reciben castigos; la abuela se ha convertido en lo que siempre debió ser para ellos: una tierna madre.

La naturaleza es prodigiosa; convierte en bondad la maldad. Despierta el ansia de progreso y torna con su ejemplo trabajador al hombre.

Quien ame la naturaleza y se acerca a ella en el cultivo o en el respeto de un árbol, será siempre bondadoso.

(Continúa en el próximo número.)



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

LA MODA

La moda no quiere dejar de ser absurda. Impone la falda larga y amplia; es decir, embarazosa. Los cuellos vaporosos, las mangas cada día más voluminosas, los puños estrechos, que apenas dejan mover los brazos; el corpiño ceñido al talle; es decir, el traje de las abuelas, que bailaban los lanceros, que sólo salían en coche, recogiendo las faldas con las dos manos; para las mujeres de hoy, deportistas, realizadoras de grandes marchas y conductoras de automóvil, y bailarinas de tangos, es un completo absurdo la moda.

Este año no se usan las pieles para abrigo, sino para adorno. El cuello libre y la piel en el borde del tapado, o en forma de charreteras.

Pero a las mujeres, ¿qué les importa morirse de frío?; lo esencial es vivir el figurín que llega de París, donde la vida es otra para la elegante; tiendas, modistos, casas habitación, hoteles, tes, restaurantes, todo caldeado; mientras que aquí los interiores son helados y la moda impone la cara amoratada y la terrible gripe.

DOLOROSA

El telégrafo nos trae la noticia de una joven que, acompañando al esposo, cruzaba los arenales de Azí; un terrible reptil pica al compañero y éste muere allí en sus brazos, de cara al cielo, sobre la arena candente, en terrible agonía, dejando en el inmenso desamparo a su compañera.

Mujer valerosa, lleva sobre sus espaldas al muerto durante kilómetros y kilómetros; no obstante la marcha animosa de sus pies, ¡la sorprenden dos noches, y se pasan dos días!

Como una madre dolorosa, la caravana de camellos la encuentra arrodillada junto al muerto. Sin agua ni alimento alguno, la infeliz apenas vive. ¡Mas su amor la mantiene aún arrodillada!

¡Ejemplo doloroso y reconfortante de valentía y de amor!

¿Quién ha dicho que las mujeres son inútiles y cobardes? La más timorata, la más pusilánime, llegada la ocasión es una heroína.

La serenata

(Continuación de la página 11)

sereno, brillaban la luna llena y los trémulos diamantes de las estrellas. Bajo toda esa pompa de decoración astronómica iba por la calle tortuosa el perezoso transporte de madera. Iba por la calzada sin empedrar, evitando los rudos barquinazos y dejando en el silencio la huella crujiente de las ruedas. La limitada comitiva recorría con sigilo el itinerario y al llegar a una casa colonial, de balcones salientes y verjas tapizadas de madreselvas, el señor de la aventura ordenó la detención. En seguida, los peones tomaron el orejero de las bestias para evitar la huída, y en el quieto nivel del eje el piano quedó geométricamente colocado.

Inmediatamente, el pianista abrió la tapa del hermoso teclado y previo ensayo de la escala cromática inició la ternísima romanza. El eco de la música se extendió por todos los ámbitos del barrio, golpeó los muros vetustos, subió a los tejados y se alejó en el suspiro de los aires. Siguió el desarrollo armónico, y luego una voz dulce y pastosa elevó el reclamo de las rimas ardientes. El espectáculo sonoro, el rumor de concierto, provocaron en la hora dormida general curiosidad. Se abrieron tímidamente algunos balcones, la gente humilde asomó a las puertas de la calle y hasta el gendarme de la esquina dejó la ronda para contemplar la serenata. Aquel cuadro de cinematógrafo era excepcional y había que gustarlo en su armoniosa fantasía.

En medio de la calle, subido en la carreta, el músico inspirado deshojó las tres arias de convenio. El ruego melódico despertó la alcoba dichosa y la bella criatura apareció en el balcón de la esperanza. Hubo el saludo temeroso, el agradecimiento exagerado, la flor que vuela a la distancia, y nuevamente la baranda de la imagen luminosa se llenó de penumbra y soledad. El hombre del romance apasionado levantó el recuerdo de la muchacha y, por tácito contagio de lirismo, todas las almas se inundaron de alegría. Volvieron a sonar en los aires los ritmos de la despedida y, por último, los ecos se ahogaron en la inmensidad como una llorante imploración.

Por la calle melancólica y desierta, herida por las primeras luces del amanecer, la carreta de la melodía prodigiosa regresaba lentamente a su destino. Sentado en el pértigo, el conductor de los bueyes daba al viento un remedo de canción. Todos deseaban llegar pronto a la casa, descargar el piano sin que nadie los descubriera y celebrar la proeza en un almacén de las orillas. El coloquio musical tenía la rara virtud de democratizar los sentimientos. Las almas se sentían puras y embellecidas por un desconocido soplo de heroísmo. ¡Felices hombres que el amor los hace iguales, y que en la lejana noche de septiembre dieron en la calle de la ciudad provinciana la excepcional serenata del recuerdo!

Cómo se debe aclarar el pelo de los niños

El cabello de los niños nunca debe ser sometido al tratamiento de tinturas u otros procedimientos dudosos, pues se corre el riesgo de destruir en poco tiempo una hermosa cabellera o perjudicar el cuero cabelludo.

Tampoco conviene el empleo de preparaciones caseras que no pueden ser escrupulosamente preparadas. Hoy se vende en las farmacias las manzanilla verum que es una loción infalible y completamente inofensiva.

En pocos días transforma el color obscuro del cabello en otros tonos más claros hasta el rubio dorado si se desea. Se aplica con toda comodidad como cualquier loción para el pelo, y muy pronto se aprecian sus buenos resultados.

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA

LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO

—*Usted tiene la palabra, don Giácomo.*

—Entonces la usaré con discreción. Empecemos por el escándalo mayúsculo que ha producido cierta circular muy difundida a estas horas en Buenos Aires. Se trata de una actitud que está, por cierto, fuera del orden común. Resulta que un encumbrado funcionario recomienda en aquella que a fulano de tal, que es su allegado pariente, no se le permita el acceso a las oficinas de su dependencia bajo ningún concepto, y agrega que no se tengan en cuenta para nada los pedidos de las personas de ese apellido, puesto, como se ve, en el "index", a causa del uso y abuso que deben haber hecho del parentesco. Bien dice el proverbio que "no hay peor cuña que la del mismo palo". Lo que uno se pregunta es cómo ese funcionario tan experto y tan mundano en otros procedimientos, ha caído en semejante ex abrupto. Podía haber discurrido un medio más confidencial para llegar al mismo resultado. ¿Por qué habrá preferido suscribir aquella circular que, agraviando parientes que llevan su apellido, lo agravian a él mismo?...



●●●

"Cuando quise escarbar la cosa—sigue contándome don Giácomo — me encontré con que había mucha letra menuda en el avisito ese. No sería nada de raro que habiendo quienes honradamente invocaron esa formidable muñeca del parentesco para ciertas gestiones, se hubiera preferido deliberadamente la publicidad a fin de parar el golpe. Hay funcionarios que tienen la costumbre de desautorizarse a sí mismos, después de haber logrado lo que perseguían. El caso es que la circular ha puesto en solfa un apellido respetado y respetable, sin que haya a estas horas quien aplauda el procedimiento."



●●●

—*¿Hablemos de otra cosa?*

—Como guste, don Mandinga. Pero déjeme contarle, a propósito de los parientes, una anécdota conmovedora. Había en la provincia, hace muchos años, un señor Encina que era consejero escolar, hombre de sanos escrúpulos y de pobre instrucción. Un día le tocó intervenir en el nombramiento de un cuñado, y respetuoso de la delicada imparcialidad con que ejercía sus funciones, pidió la palabra, y dijo: "Hago constar que como fulano de tal es mi pariente, voto en contra."



●●●

—*Sigamos la orden del día, don Giácomo.*

—Entonces está en consideración la actitud de cierto diputado de la izquierda, en cuyo poder obraba una grave denuncia, que estuvo a punto de llevar al debate de la ley de carnes. Lo hubiera hecho nomás, según me contaba un colega de sector, pero aconteció que cuando quiso documentarse se dió de boca con más dificultades de las que se imaginaba. De no ser así, más de una sonrisa se les hubiera congelado a los defensores de aquella ley. Con todo, el legislador de que le hablo insistirá en el afán de esclarecer esta denuncia. ¡Y si lo consigue!...

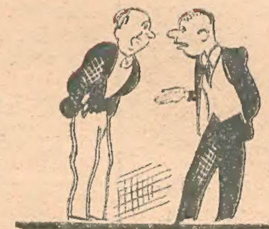
●●●

"Después de la negativa del Senado a prestarle acuerdo a un nombramiento propuesto por el Poder Ejecutivo para los Yacimientos Fiscales — dice don Giácomo, — se le ha oído asegurar a uno de los ministros más allegados al general que "el gobierno volverá a proponerlo, porque las objeciones que se formularon serán levantadas". Resulta que el candidato resistido tiene en la alta cámara excelentes padrinos, y en la gestión que éstos realicen para trabajarse el acuerdo descansaría la esperanza ministerial de que el Ejecutivo también esta vez salga con la suya."

—*He oído hablar de una "honorable enmienda" en el Consejo Nacional de Educación.*

●●●

—¡A la fuerza ahorcan, don Mandinga!... Tengo entendido que el vocal que llevó los deseos del ministro Melo al seno de aquél, lo hizo con mucho tacto y mucha altura. Que no hubiera políticos y que fueran vecinos, era la consigna. Y así se reconstituyó el Consejo Escolar de Villa Devoto, en rigurosa armonía con la ley de Educación. Esta es la "honorable enmienda" de que se ha hablado. El ingeniero habría preferido reincidir, pero... esta vuelta no hubo caso.



●●●

—*¿Le queda algo en el buche, don Giácomo?*

—Poca cosa. Una carta política que se atribuye a un ex leader conservador, dirigida a cierto jefe demócrata nacional con motivo del reciente homenaje a la memoria de Marcelino Ugarte. Parece que esta carta, llena de elevados conceptos políticos, contiene una invitación para que el gobierno de la provincia rectifique sus procedimientos en miras de su futuro provecho, tratando de hacerles comprender a los neovacunos que con los actuales se están estrechando ellos mismos un círculo de hierro. Se dijo, en principio, que esta carta se haría pública, y ese fué el propósito del autor, que luego convino en dejar librada esta determinación al criterio del destinatario.



●●●

—*El último, por no decir el que sigue.*

—Yo, como buen peluquero, digo siempre "el que sigue".

—*Hágase el gusto, don Giácomo.*

—Bueno: "el que sigue"... es el colazo matrimonial del ministerio de Hueyo. Parece que un embajador le sugirió al presidente la oportunidad de ofrecerle la cartera a nuestro representante en X, y sobre el tambor, como la sugestión había sido muy bien acogida, se puso en comunicación con aquél, para prevenirlo, comprometerlo y felicitarlo por anticipado. Nuestro representante en X, que tenía un asunto sentimental pendiente, entiende que lo mejor es apresurar su resolución por lo que pueda acontecer, se larga al registro civil y se casa. Entretanto, el ofrecimiento no se produce. La cartera sigue vacía y el atrifonado diplomático, que sigue esperando, no sale de su asombro.



... é ben trovato

La circunstancia de hallarse solo el único representante del socialismo tradicional que acudió al sepelio del doctor de Tomaso contribuyó a realzar, a juicio de los circunstantes, el significado de ese homenaje póstumo.

●●●

Con respecto al pronto regreso de la misión argentina ante el gobierno de Italia se aseguraba la semana pasada que el ministro Saavedra Lamas había declarado que "podían volver cuando lo desearan".

●●●

Han llegado a convertirse en preocupación para algunos miembros del Comité Nacional del Radicalismo las reuniones periódicas de personalistas influyentes, que se celebran promovidas por un correligionario segregado voluntariamente del partido, desde la primera reorganización después de septiembre.

Por
El Viejo Mandinga

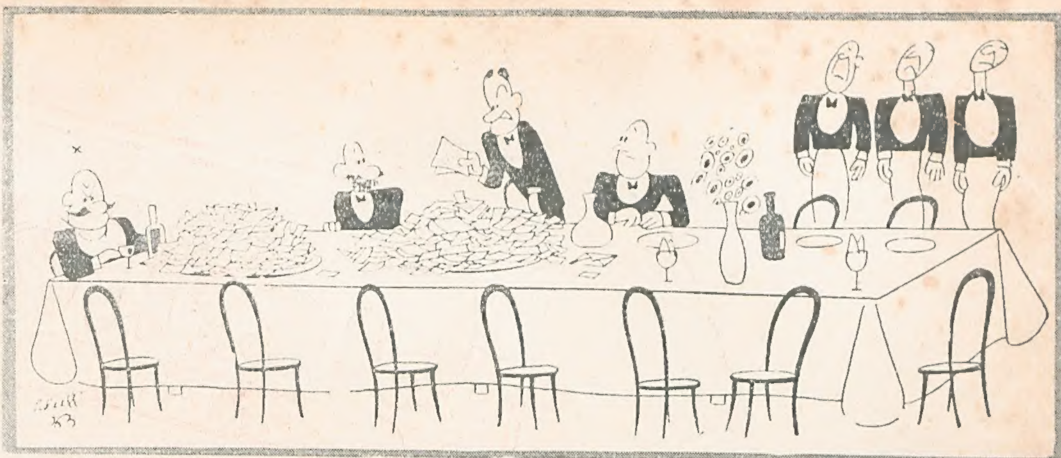
GOTITAS

Sólo conozco tres asilos inviolables contra la calumnia y la mordacidad: la mentecatez, la pobreza y la enfermedad incurable.

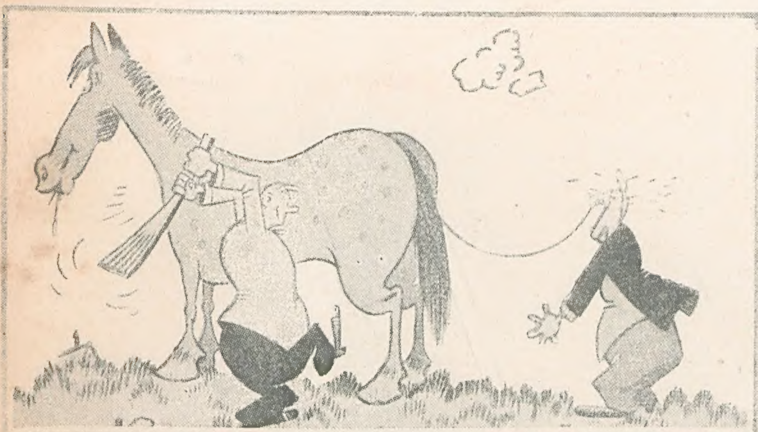
El trabajo perseverante y heroico crea la aptitud, pero no impone la comprensión y la justicia ajenas, frutos, en gran parte, del azar y del ideario dominante.

Creemos fácilmente en los errores viejos (como sean fortificantes), es decir, en aquellos suavizados y como humanizados por haber pasado por millones de corazones.

RAMON Y CAJAL.



Un banquete homenaje al señor Equis, a diez pesos el cubierto.
(De "Gutiérrez", Madrid.)



El dentista que también sintió la crisis.
(De "Saturday Evening Post", Londres.)

HUMORISMO

Restrepo no estaba enamorado, pero tenía reuma. El amor, para él, era una cosa con la que se hacían novelas, y el reuma, otra cosa con la que se hacían matrimonios. No. No carecía de buen sentido Restrepo. En vez de fundamentar su futura felicidad conyugal en una base poética, pero ficticia, como el amor, prefería cimentarla en una base prosaica, pero real, como el artritismo.

Se trataba de una dama diminuta y exangüe, pero con cara de tan mal genio, que la muerte, seguramente, no se atrevía con ella. En sus manos crispadas, las agujas de carey con que hacía crochet parecían una prolongación natural de las uñas. Indudablemente, lo que necesitaba aquella damita para recobrar sus vigores perdidos era un poco de sangre de yerno. — *JULIO CAMBA.* ("El matrimonio de Restrepo".)

SALPICON

LA ESCUELA

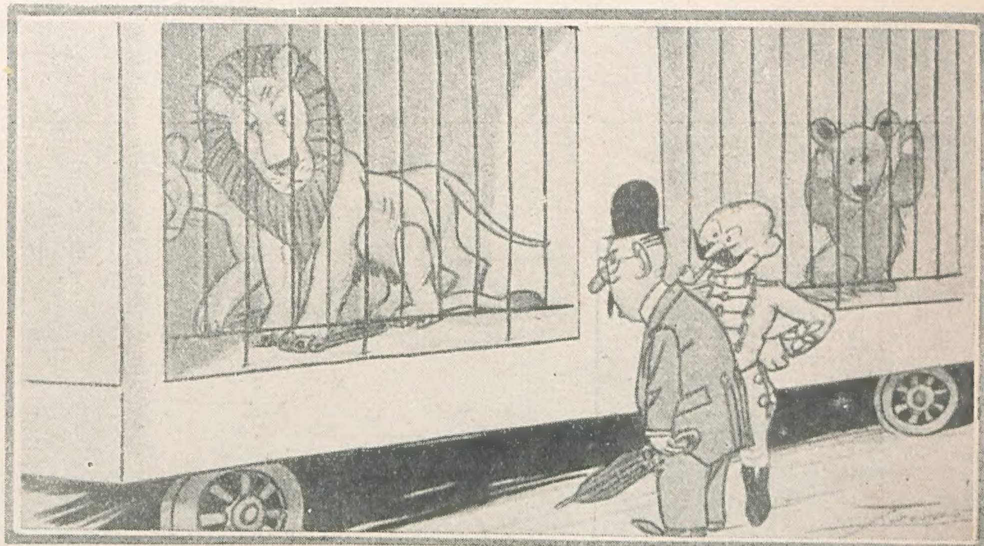
Todo hombre que abre un libro encuentra en él las alas y puede cernerse en las alturas, en las que el alma se mueve con libertad.

"La escuela es un santuario", como la capilla. El alfabeto que el niño deletrea contiene una virtud debajo de cada letra, cuyo tenue fulgor ilumina suavemente el corazón. Dad al niño libros a propósito. Caminad delante de él como un guía. Caminad delante de él con la antorcha en la mano para que pueda seguiros. La ignorancia produce el error y éste produce el atentado.

Es nuestro primer deber iluminar los espíritus, convertir en luz el sebo vil. Debemos cultivar las inteligencias: el germen tiene derecho a ser fruto, y no se puede vivir sin pensar.

Comprendamos al fin que la escuela convierte el cobre en oro y la ignorancia convierte el oro en plomo.

VICTOR HUGO.



El domador. — Pero ¿usted sería capaz de acercarse al león?
El visitante. — ¡Ah! Eso no, porque estará lleno de pulgas.
(De "Estampa", Madrid.)

Cuento judío

Oppenheim y Brissach, son dos judíos que han estado asociados mucho tiempo. Se separan. Su negocio les dejó un millón de beneficio.

—¿Cuándo me vas a dar mis quinientos mil francos?

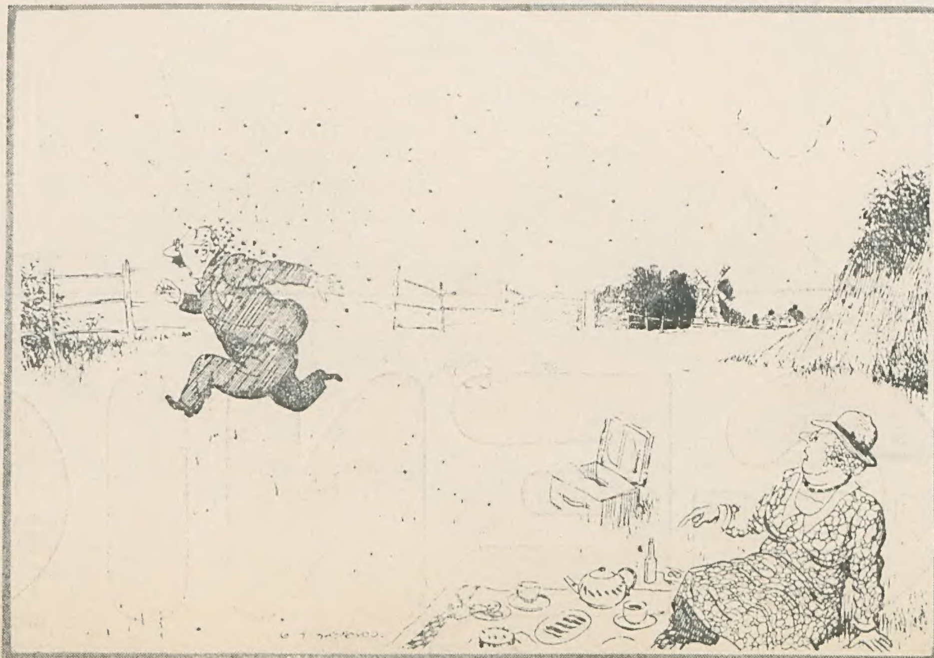
—¿Yo? ¡Nunca!

—¿Cómo que nunca? ¡El negocio era de los dos!

—Es verdad. Pero ¿quieres decirme el dinero que tú has aportado cuando constituímos el negocio?

—No aporté dinero; pero aporté mi experiencia.

—Bien; pues quédate con ella, que yo me quedo con el dinero.



— Oye, Juan. Ya que vas en esa dirección, fíjate si nos hemos olvidado la fruta en el automóvil.
(De "The Humorist", Londres.)

COPLAS

En la puerta de tu casa,
voy a poner un letrero
de seis palabras, que diga:
"Por aquí se sube al cielo".

* *

Tanto he llegado a quererte
y tan mal pago me has dado,
que ya no sé algunas veces
si te aborrezco o te amo.

* *

Prisiones de mi desgracia,
no me soltéis, que me muero;
sus brazos, son las cadenas;
sus ojos, los carceleros.

* *

De las potencias del alma,
la memoria es la más cruel,
porque causa el mayor mal
recordando el mayor bien.

Geniol
QUITA EL DOLOR

1°- Por su triple fórmula
2°- Por su triple acción
y
3°- Por su eficacia
Es el GENIOL el mejor de los medicamentos contra la

Gripe

Pués corta la fiebre, despeja la cabeza, disuelve los venenos gripales y restablece la salud.



30 cts.
EL LIBRITO
DE 4 DOSIS

Tome la pastilla entera con un buen vaso de agua.
Es mejor.

Fatma

GENIOL

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA., S. A.